

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE

LA RELIGION
DE LA
HUMANIDAD

SANTIAGO DE CHILE

FA
6231

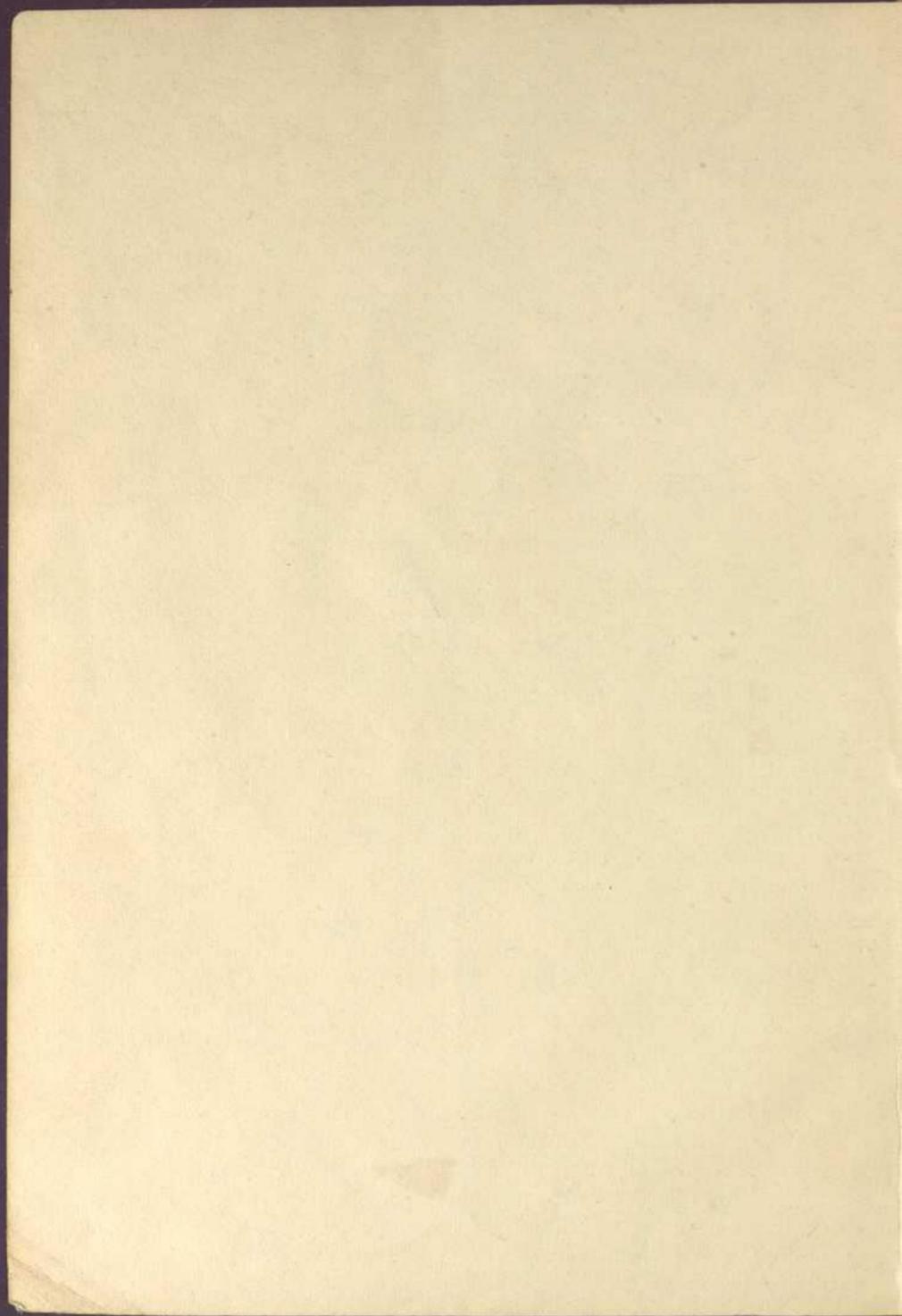
Biblioteca Pública de Teruel

Sala,

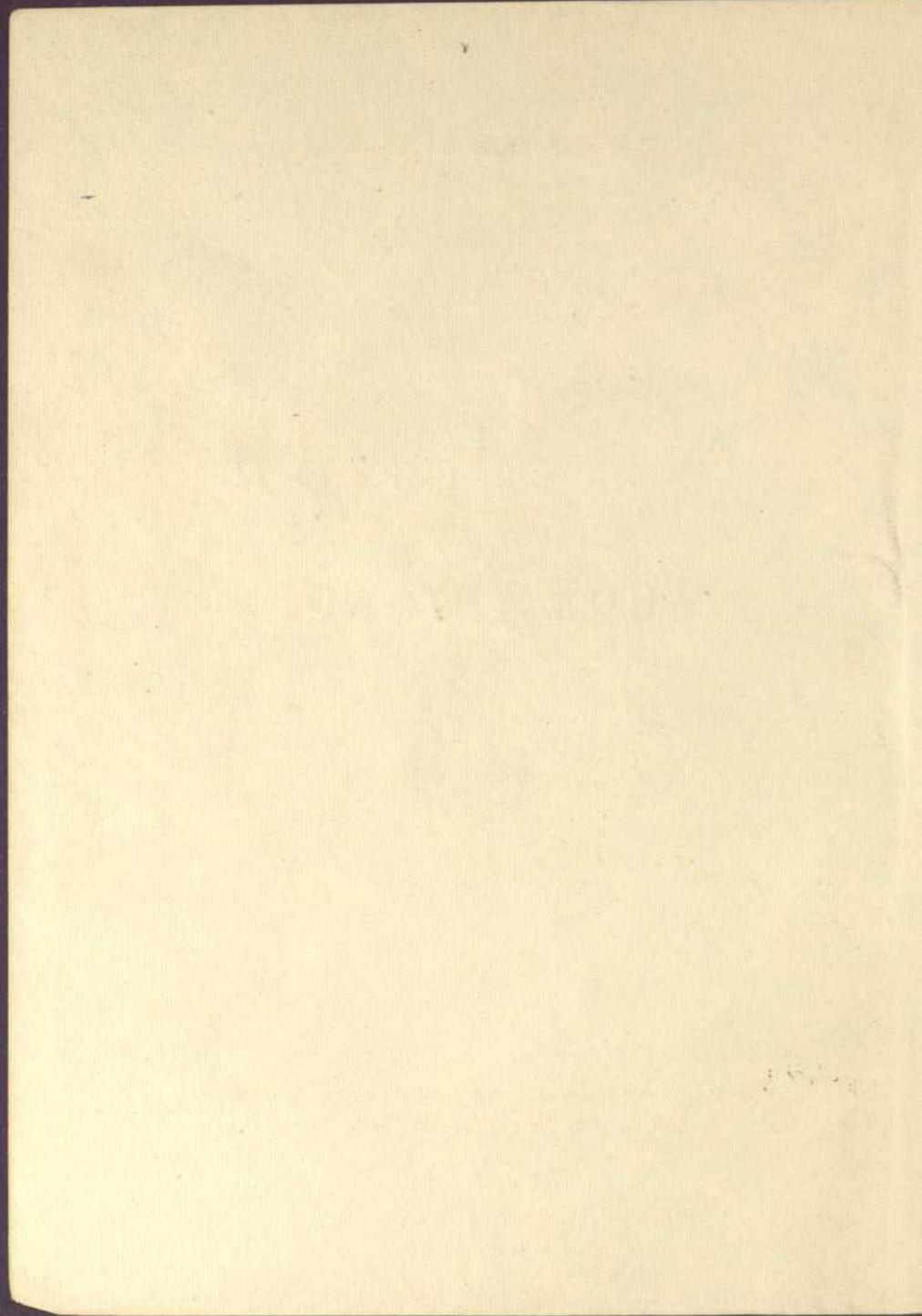
Estante

Signatura

R. 2. H. 96 FA 6031



LA RELIGION
DE LA
HUMANIDAD



FA
6.231

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE

LA RELIGION
DE LA
HUMANIDAD

MR-13595
~~R 4490~~

Editado por la «Fundación Juan Enrique Lagarrigue»
Santiago de Chile, calle San Isidro N.º 75

EDICIONES DEL AUTOR

1. ^a Edición	1884	3. ^a Edición	1907
2. ^a »	1896	4. ^a »	1917
	5. ^a Edición		1926

EDICION EN ALEMAN

Dr. H. Molenaar, Leipzig, 1902

EDICION EN CASTELLANO

Ing. Agustín Aragón. México, 1905

EDICION EN PORTUGUES

María Gloria d'Avila d'Oliveira. Río de Janeiro, 1939

(De esta edición se imprimieron 3.000 ejemplares)

Reproducción libre

FABRICACION CHILENA
IMPRENTA UNIVERSITARIA

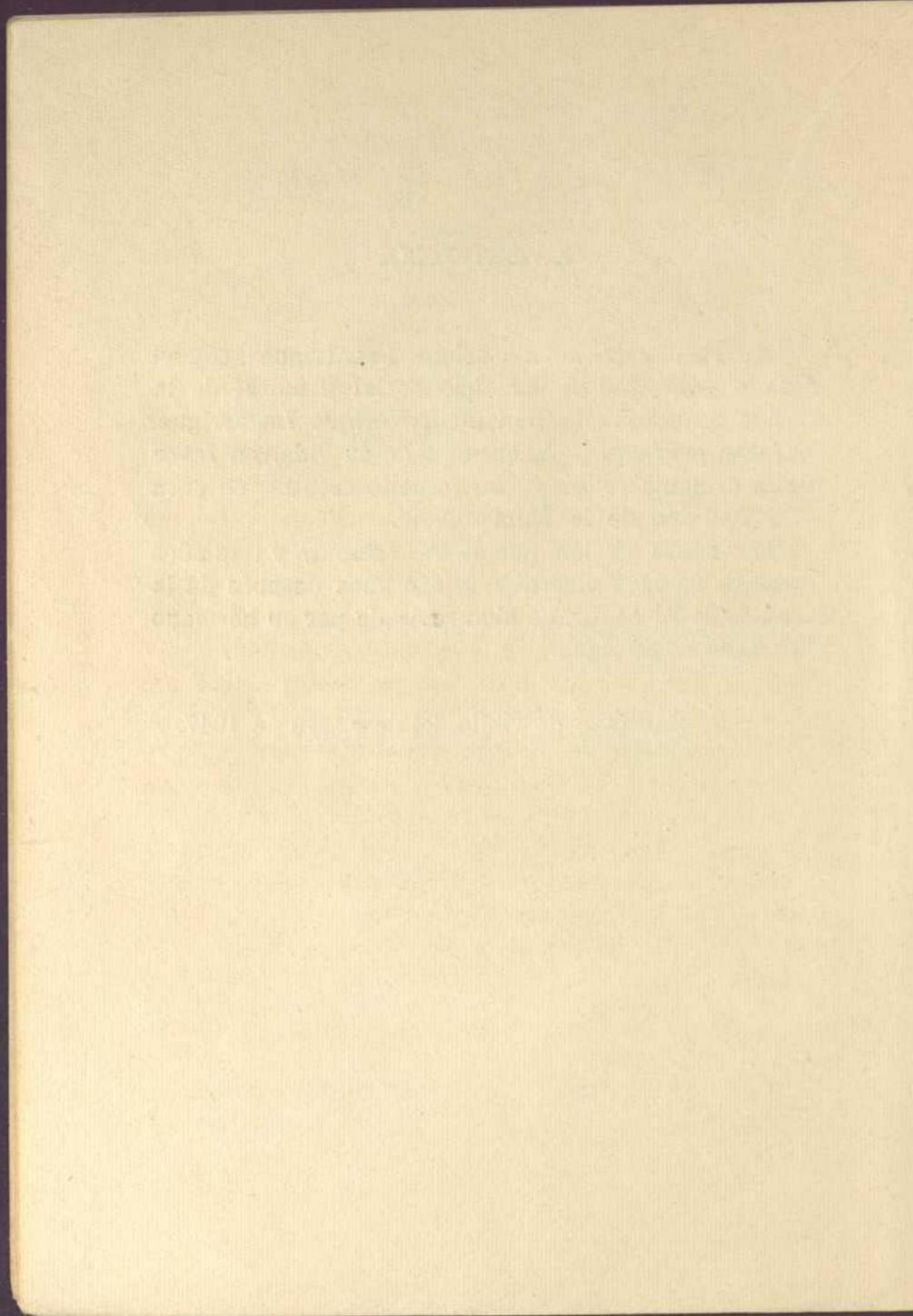
PRINTED IN CHILE
Santiago de Chile

ADVERTENCIA

La "Fundación Juan Enrique Lagarrigue" con el fin de prolongar el beneficio social y moral de la acción realizada por don Juan Enrique Lagarrigue, durante cuarenta y cinco años de su vida, en favor de la armonía religiosa, ha resuelto reeditar su obra "La Religión de la Humanidad".

Esta nueva edición, que aparece sesenta y tres años después de la Primera y veinte años después de la muerte de su Autor, ha sido revisada por su hermano don Luis Lagarrigue.

Santiago de Chile, 28 de Enero de 1947.



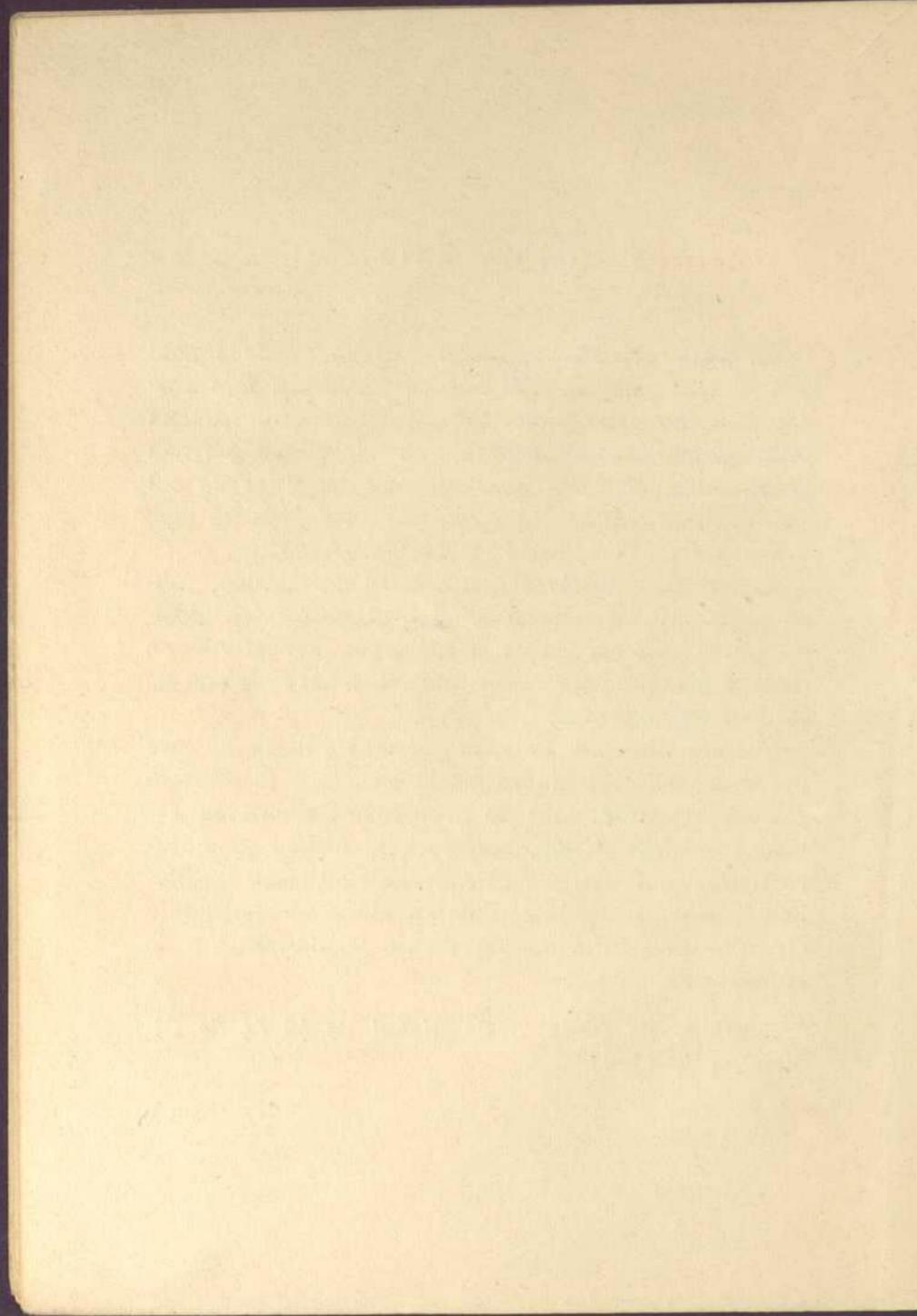
DEDICATORIA

La vida privada se halla estrechamente ligada con la vida pública. Aquélla nos prepara a ésta. Por eso inscribo aquí el nombre de mi Madre, AURORA ALESSANDRI DE LAGARRIGUE, que me educó para la Humanidad con sus santos consejos, y el de mi padre, JUAN LAGARRIGUE, que me ha dejado un tipo del deber en el ejemplo de su vida.

A esos dos nombres que venero agradecido, junto el de mi hermano JORGE LAGARRIGUE que, iniciado antes que yo en el positivismo, se esforzó en disipar las preocupaciones que me tenían alejado de la doctrina suprema.

Cuando hice, en 1884, la primera edición de este opúsculo, sólo mi Madre había pasado a la existencia del recuerdo. Ahí la acompañan ahora su esposo y su hijo JORGE, muerto este último prematuramente, en París, por el exceso de su labor apostólica. ¡Que los tres me alienten sin cesar, mediante el culto que les rindo, a servir y glorificar a la Humanidad!

Santiago de Chile, 3 de Bichat de 42 (4 de Diciembre de 1896).



PREFACIO DE LA TERCERA EDICION

Los años transcurridos desde la primera edición de este opúsculo, en 1884, han vuelto mucho más imprescindible aún, como solución única de la grave crisis de nuestra época, el triunfo de la Religión de la Humanidad. El proletariado avanza, por todas partes, resueltamente a ocupar el rango que le corresponde en el organismo social. Pero sólo conseguirá obtenerlo si renuncia al espíritu de violencia y acepta la sublime doctrina instituída por Augusto Comte, bajo la más santa inspiración femenina.

La cuestión social dista de ser una mera cuestión económica. Ella implica, además, una gran cuestión moral, o más propiamente dicho, una suprema cuestión religiosa. A la verdad, se trata ahora de fijar nuestra misión normal en el planeta que habitamos. Y bien mirado, ya es indudable que debemos converger siempre al mejor servicio de la Humanidad a través de nuestras patrias y familias respectivas.

Toda profesión de fe no es, en el fondo, otra cosa que decidirse a tomar el rumbo que se considera más eficaz para concurrir a la armonía universal. Ninguna creencia puede competir, a ese respecto, con la reli-

gión altruista. Plena justicia rinde ella al pasado, y nos encamina al porvenir, consagrando todas nuestras aptitudes a mejorar y enaltecer nuestro destino terrestre. Bajo el feliz imperio del positivismo, la discordia y la miseria dejarán de turbar y afligir la vida humana. Un bienestar creciente, en medio de la más noble actividad pacífica, iluminada por el esplendor de las más puras y excelsas emociones, constituirá entonces la gloriosa historia de nuestra especie.

Santiago de Chile, 3 de César de 53 (25 de Abril de 1907).

PREFACIO DE LA CUARTA EDICION

Hace diez años, en el prefacio de la tercera edición de este opúsculo, hablábamos de la urgencia del triunfo de la Religión de la Humanidad. La cuarta edición aparece ahora en medio de la más horrible contienda que se haya conocido. Por cierto que este cataclismo sin nombre no se habría desencadenado, si la sublime doctrina altruísta hubiera ya prevalecido.

El socialismo, que abrigaba la confianza de impedir la inaudita catástrofe, que germinaba en la funesta paz armada, ha sufrido la más tremenda decepción. Que esta experiencia tan dolorosa lo induzca a persuadirse de que necesita incorporarse en la Religión de la Humanidad, para que tengan plena eficacia sus denodados esfuerzos. La gloriosa armonía universal no se halla, indudablemente, sino dentro de esa sociológica fe suprema.

A la verdad, la redención definitiva, en que jamás se vea ni guerra, ni miseria, y en que siempre reine un feliz trabajo fraternal, sólo puede surgir como fruto bendito del más abnegado amor. De ahí que importe tanto que a la enconosa lucha de clases su-

ceda una excelsa cooperación de todas las almas en el santo servicio de la Humanidad, a través de sus respectivas patrias y familias. Trabajemos, pues, con fervoroso celo, por que la cultura altruísta, en que la más honda ciencia se junta a la más alta virtud y la más pura belleza, ilumine luego eternamente el planeta entero.

Santiago de Chile, 22 de Gutenberg de 63. (3 de Septiembre de 1917).

PREFACIO DE LA QUINTA EDICION

La quinta edición de este opúsculo sale a luz en un favorable momento de reacción pacífica sobre la Tierra. Hay ahora, dondequiera, sed profunda de concordia universal. No era ese, por cierto, el estado de los ánimos, cuando apareció, el año 1917, la cuarta edición, en tiempo aciago, durante la más horrible guerra que jamás hubiera estallado.

El triunfo de la Religión de la Humanidad es ya de extrema urgencia para garantir la paz del mundo, y fomentar el glorioso desarrollo de la civilización más culta y benéfica. Sólo así podrá verse imperar una eterna armonía entre todas las naciones, y logrará cimentarse la generosa y fecunda cooperación entre el capital y el trabajo, que todavía se mantienen en hostil desacuerdo. La guerra y la miseria habrán desaparecido entonces para siempre, y el planeta ofrecerá, por fin, el bello espectáculo de un bienestar creciente y sublime.

En verdad, mucho importa acelerar esta santa victoria de la redención suprema. ¿Por qué, pues, no han de juntarse firmemente todos los corazones de alta índole moral, en plena colaboración fraterna al

*respecto? La más feliz organización social será el
fruto sagrado de un altruismo excelso.*

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE,
(*San Isidro 75*).

Nacido, en Valparaíso, el 28 de Enero de 1852.

*Santiago de Chile, 18 de Homero de 72.
(15 de Febrero de 1926).*

I

LA CUESTION RELIGIOSA

Para todo espíritu sincero, que se preocupe de los destinos de nuestra especie, la cuestión religiosa es de capital importancia. Estímase muy difícil encontrarle una solución definitiva. Los repetidos conflictos entre la religión y la ciencia hacen desconfiar de que se pueda armonizarlas plenamente. Herbert Spencer ha creído lograrlo asignándoles dos campos distintos que se tocan por todas partes sin confundirse jamás: a la ciencia, lo conocible; a la religión, lo inconocible. Esta pretendida conciliación deja en pie la dificultad y desconoce, por otra parte, el verdadero objeto de la ciencia y de la religión. Una y otra no tienen campos distintos, sino un solo terreno que les es común: el mundo y el hombre. La religión fija nuestros sentimientos, nuestros pensamientos y nuestros actos en virtud del conocimiento adquirido sobre el hombre y el mundo. Es decir, que la religión supone la ciencia y descansa en ella.

Pero hay que tener presente que la ciencia no es

otra cosa que la interpretación que el hombre hace de la Naturaleza. Esa interpretación ha cambiado con el desarrollo de la observación y la experiencia, verificándose, de ese modo, transformaciones en el estado de la ciencia, que la ponen a menudo en pugna con la religión. Mas, esos conflictos no pueden ser eternos. La verdadera ciencia ha de servir de base a la religión verdadera. Una y otra tienen que hermanarse en la más perfecta armonía, porque su objeto es el mismo: mejorar la condición del hombre. La ciencia, con el conocimiento exacto de la realidad, echa las bases de las reglas que prescribe la religión. Aquella suministra los materiales que ésta elabora en suprema síntesis, para unificarnos en sentimientos, en ideas y en actos, haciendo converger todas las fuerzas humanas a una destinación común.

Pero la ciencia es incapaz de hacer las veces de la religión en las naturalezas afectuosas, sobre todo en la mujer. De ahí las aspiraciones más o menos vagas a una reforma religiosa que, eliminando de las doctrinas conocidas lo que tengan de opuesto a la ciencia, pueda habilitarlas para seguir dirigiendo el mundo. Las variantes de esas aspiraciones son innumerables, desde los que quieren conservar la revelación hasta los que sólo aceptan el deísmo filosófico.

Cualquiera de esas formas que se tomara por base, nada de estable habría de conseguirse. Ninguna de ellas podría reunir las condiciones que la hicieran capaz de asociar a todos los hombres en una creencia

común. Y eso debe tenerse especialmente en vista al intentar una renovación religiosa.

La necesidad de esa renovación no puede ser desconocida por nadie que esté al cabo de la grave crisis en que nos encontramos.

Todo el mundo en el Occidente, que marcha a la cabeza de la civilización, es educado en el teologismo católico o protestante. El desarrollo del espíritu bajo el influjo de la ciencia aleja a la mayor parte de los hombres del teologismo de su infancia. Se establece entonces la separación de ideas entre el hombre y la mujer, entre hermanos y hermanas, entre esposos y esposas, entre padres e hijos. Ese desacuerdo rompe la armonía moral de la familia e impide la verdadera educación, que consiste en la cultura tranquila y sin solución de continuidad del sentimiento, de la inteligencia y del carácter, los tres atributos constitutivos de nuestra alma.

Donde el padre piensa de un modo y la madre de otro, no es dable formar hombres de convicciones. Por eso vemos a tantas personas que no son ya dobles, sino triples, cuádruples, víctimas obligadas de una educación fatal. Además, participando la mujer de ideas que el hombre rechaza, ella no ejerce sobre él todo el influjo moral que debiera. La vida pública es la que más se resiente entonces de la falta de inspiración femenina que tanto la dignificaría.

Pero la educación normal no sólo supone la comunidad de ideas dentro de la familia, sino también fuera

de ella. Es preciso que las diversas familias que forman la patria estén ligadas por la misma doctrina. La verdadera cooperación cívica no es posible cuando existe una multitud de sectas que se odian recíprocamente. No debe haber separación efectiva sino entre las almas honradas y las que rehuyan serlo por infeliz extravío.

La comunidad de ideas dentro de la patria no es suficiente aún para que la educación del hombre sea completa. Se necesita, además, que todas las naciones estén ligadas por una doctrina común que las haga mirarse como miembros diversos de una existencia superior a cada una de ellas: la Humanidad. Sólo en ese caso podrá imperar la educación verdaderamente armoniosa. Entonces el hombre se elevaría por grados del amor de la Familia, al de la Patria y al de la Humanidad, debiendo esos tres seres regir toda nuestra existencia. Y si entre ellos surgiere algún conflicto, tendríamos un criterio seguro para guiarnos, en la subordinación de la Familia a la Patria, y en la subordinación de la Patria a la Humanidad, cuyo interés supremo ha de triunfar siempre.

Ciertos espíritus miran con horror la plena comunidad de ideas. Creen que el choque de las opiniones encontradas es el tipo que debe prevalecer. Los que así piensan desconocen por completo las verdaderas condiciones del bienestar social que depende, en el fondo, de la unidad doctrinaria. Sin duda que para poder alcanzarla, es indispensable que haya completa

libertad espiritual, puesto que las ideas no se consolidan sino por medio de la persuasión. La unidad doctrinaria sólo podría ser un peligro cuando se la quisiera fundar por la violencia. Fuera de ese caso, ella debe constituir el hondo anhelo de todo digno miembro del género humano.

El individualismo de opiniones es un signo inequívoco de imperfección moral. Tener ideas para uno mismo, sin experimentar el deseo de comunicárselas a nuestros semejantes, revela demasiado egoísmo: es romper ingratamente los lazos morales que nos ligan a la Humanidad. Como todo se lo debemos a Ella, no es dable sentir, pensar, ni actuar sino teniendo en vista lo que pueda contribuir a perfeccionarla. Ningún corazón bien formado se encerrará jamás en sí mismo, pues sabrá cumplir con la obligación sagrada de vivir para los demás.

A causa del conflicto con las antiguas creencias, muchas personas carecen hoy de sentimiento social. Su manera de pensar es sólo negativa. Ponen en duda las ideas teológicas, pero no tienen con qué reemplazarlas, ni se preocupan de ello. Así es que no poseen el menor espíritu de proselitismo y se admiran de que haya quienes se dediquen al apostolado. Si en vez de negaciones tuvieran convicciones, su actitud sería muy diversa. Entonces tratarían de persuadir a los demás, llenando de ese modo un deber ineludible.

¡Cuántos no tachan de inconveniente la propaganda de ideas nuevas en la sociedad! Burlarse de las

ideas antiguas lo encuentran muy natural, pero afirmar ideas nuevas, por verdaderas y santas que sean, les parece intolerable. La conversación puede bajar hasta el último grado de la inepticia y de la inmoralidad, aún en presencia de la mujer, sin que hagan el menor reparo. Mas si se llega a hablar de ideas que tiendan a levantar el espíritu y a perfeccionar el corazón, entonces se peca contra la urbanidad. Esto comprueba la gravísima dolencia moral que se ha apoderado de una gran parte de los hombres. Se vive al día, sin ideas, sin propósitos, bajo el imperio del capricho o de las pasiones. Los grandes intereses de la Humanidad son completamente desatendidos. El egoísmo se arraiga cada vez más. Y se caerá en el envilecimiento, si no se cambia luego de rumbo. Pero abrigamos la confianza de que las nobles aspiraciones que han salvado siempre a nuestra especie en los momentos críticos, la salven también en el caso actual.

Las nobles aspiraciones se hallan hoy condensadas en el positivismo o Religión de la Humanidad, grandiosa creencia fundada por Augusto Comte. En ella están unidas y armonizadas para siempre, la ciencia y la moral. La cuestión religiosa ha sido resuelta de una manera definitiva con esa doctrina verdaderamente sublime por la solidez y la elevación de sus principios. Ya pueden fraternizar, en efecto, todos los hombres y todos los pueblos en la misma fe demostrable.

Si los espíritus levantados que se preocupan siempre de los intereses morales le prestaran su ayuda al positivismo, la regeneración humana no se haría esperar. Por desgracia, muchas naturalezas ardientes y enérgicas se reducen a sostener el catolicismo, creyendo erróneamente que en él se encuentra la salvaguardia de la sociedad. Los positivistas somos los primeros en reconocer los grandes servicios hechos por esa doctrina a la Humanidad. Pero ante la decadencia de la fe teológica, de Maistre, el más ilustre de los pensadores católicos modernos, decía a principios del siglo XIX, en sus *Consideraciones sobre la Francia*: "Estoy tan persuadido de las verdades que defiendo, que cuando considero el debilitamiento general de los principios morales, la divergencia de las opiniones, el quebrantamiento de las soberanías que carecen de base, la inmensidad de nuestras necesidades y la insuficiencia de nuestros recursos, me parece que todo verdadero filósofo debe optar entre estas dos hipótesis, o que se va a formar una nueva religión o que el cristianismo será rejuvenecido de una manera extraordinaria. Es menester elegir entre estas dos suposiciones, según la opinión que se tenga sobre la verdad del cristianismo". "Esta conjetura no puede ser rechazada desdeñosamente más que por esas personas de cortos alcances que no creen posible sino lo que ven. ¿Qué hombre de la antigüedad habría podido prever el cristianismo? ¿Y qué hombre extraño a esa religión hubiera podido en sus comienzos

prever sus triunfos? ¿Cómo sabemos si no ha principiado ya una gran revolución moral? Plinio, como se ha probado por su famosa carta, no tenía la menor idea de ese gigante del que sólo veía la infancia”.

Ahora bien, el cristianismo no ha sido rejuvenecido, y, en cambio, una nueva religión se ha formado. La revolución moral prevista por de Maistre, ha comenzado con el positivismo. El nuevo gigante, que será mucho más grande que el antiguo, porque viene a tomar posesión de toda la Tierra, está aún en su infancia. Que no se engañen, como Plinio, los que deseen cooperar al mejoramiento de nuestra especie.

Pero mucho más deplorable que el error de las personas que apoyan el catolicismo, en vez de apoyar el positivismo, es la indiferencia por la cuestión religiosa. Los que padecen de esa anemia moral, viven entregados al funesto escepticismo, sin preocuparse absolutamente de doctrina alguna, por grande que sea. Salvo que se regeneren, de ellos nada puede esperarse para la Humanidad, sino que obstruyan su glorioso y feliz reinado que, por desgracia, tarda demasiado en instalarse sobre nuestro planeta.

II

AUGUSTO COMTE Y LA RELIGION DE LA HUMANIDAD

La Filosofía Positiva es bastante conocida, pero no sucede lo mismo con la Religión Positiva. Sin embargo, aquélla no es más que el preámbulo de ésta, y todas las personas que se interesen por los destinos de nuestra especie, todas las que tengan un corazón dispuesto a la generosidad, todas las que sientan la pasión por lo bueno, han de profesar con ardor una doctrina tan llena de verdad como de grandeza moral. En cuanto cesen las prevenciones anárquicas que la mantienen todavía oculta, vendrán a ella las naturalezas dignamente viriles, y, en particular, las naturalezas amantes.

Esa religión es la obra de Augusto Comte, felizmente inspirado por una mujer sublime. Nadie ha tenido más inteligencia, más energía, y, sobre todo, más amor que él. Su vida entera la consagró, desde la infancia, en el seno de la desgracia, al servicio continuo del género humano, anticipando así con su

conducta el precepto fundamental de su doctrina: *vivir para los demás.*

Acababa de tener lugar la revolución francesa. El espíritu metafísico de Voltaire y de Rousseau había prevalecido en ella sobre el espíritu positivo de Hume, Diderot y Condorcet. Toda reorganización se hizo por consiguiente imposible. El partido católico comprobaba entonces por el más eminente de sus órganos, de Maistre, la impotencia de las doctrinas negativas para dirigir la sociedad, y demostraba, por otra parte, la grandeza del régimen que había imperado en la Edad Media. Pero al indicar como remedio del desquiciamiento social y moral de nuestro tiempo, la reinstalación de ese antiguo régimen, desconocía de Maistre la verdadera causa del mal. El catolicismo había decaído. Los preceptos impuestos por razones teológicas cayeron junto con las razones que los motivaban. De ahí que la reconstitución del orden social no fuera posible en la forma que deseaba de Maistre.

En esos momentos principió Comte sus meditaciones. Profundamente versado en todas las ciencias, discípulo de la escuela orgánica de Hume, Diderot y Condorcet, rectificada por la apreciación de la Edad Media, debida a de Maistre, consagróse a la tarea de la reorganización intelectual y moral. Con ese espíritu, publica una serie de estudios que anuncian al fundador de la religión definitiva. Pero, queriendo edificar el orden moral sobre bases inconvencibles, se

puso a elaborar su *Sistema de Filosofía Positiva*, tarea que duró doce años. Terminado ese monumento del verdadero saber, que bastaría por sí solo a su inmortalidad, se entregó de lleno a la cuestión moral que, en la grandeza de su alma, había sido siempre el fin de sus meditaciones. Y como Dante encontrara a Beatriz que le inspiró su gran poema, Comte tuvo entonces la feliz ocasión de conocer a Clotilde, que, despertando las fibras más delicadas de su corazón, le hizo concebir la excelsa Religión de la Humanidad. En su *Sistema de Política Positiva* está contenida esa suprema creación que, sucediendo a las diversas doctrinas que en el curso del pasado habían dirigido nuestra vida, perfeccionándola cada vez más, viene a llenar la primera necesidad de nuestra época, como lo es, en efecto, la aparición de una creencia capaz de unir para siempre a todas las almas en un mismo y santo espíritu.

Si bien se mira, a pesar del gran desarrollo intelectual y material contemporáneo, nótase un profundo desorden moral. El corazón del hombre está enfermo. La falta de cultura altruísta hace prevalecer por todas partes el egoísmo. Los que dejan el catolicismo por el escepticismo no saben cómo educar a sus hijos. La mujer, que es la parte selecta de nuestra especie, como que tiene más sentimiento que el hombre, sigue afecta al catolicismo, que ofrece satisfacciones a su corazón. Pero si viera algo moralmente superior al catolicismo, sería la primera en

aceptarlo, porque ella obedece siempre al amor del bien, y vive anhelando el ideal.

Cuando la mayoría de los espíritus que se dicen progresistas se ocupan en atacar al catolicismo, Augusto Comte sabe reconocer la necesidad de esa doctrina fundada por el gran San Pablo, y siente por el sacerdocio de la Edad Media el respeto más profundo, la mayor admiración. Más aún, cree que hoy mismo el sacerdocio católico llena una noble tarea, manteniendo el punto de vista de la moralidad, predicando la cultura del corazón. Pero como él ha conseguido armonizar la ciencia y la religión, que parecían condenadas a eterna lucha, cesa el cisma que nos tenía separados de nuestras madres, de nuestras esposas y de nuestras hijas, y una misma creencia ha de ser profesada por todos. Su fe en el triunfo de la gran doctrina es tal, que abriga la esperanza de que las naturalezas realmente sacerdotales del catolicismo, es decir, aquellas que comprenden que el fin de la religión es perfeccionar moralmente al hombre para hacer más feliz la vida privada y la vida pública, han de convertirse al positivismo.

Y en verdad, si algo del excelso espíritu que animaba a los San Pablo, los San Agustín, los San Bernardo queda aún en el corazón de los sacerdotes católicos, si están dotados de un alma sinceramente religiosa, si se duelen del penoso malestar que nos agobia y de la honda inmoralidad que nos devora, no podrán menos de aceptar la sola doctrina llamada a

regenerar altruístamente el mundo entero. Es el amor puro y abnegado, es el interés ferviente por el destino de los hombres lo que ha formado a los grandes apóstoles. Es ese fuego sagrado el que inspiraba a los egregios místicos y el que dictaba el más sublime de los poemas, *La Imitación*, que resume el catolicismo. Todos esos seres superiores estarían hoy con la Religión de la Humanidad, que considera el amor universal como el centro de todos nuestros pensamientos y de todos nuestros actos. Ella subordina la ciencia y la industria a la moral, la vida privada a la vida pública, la personalidad a la sociabilidad, e impone el deber por altruísmo.

Los que aspiren con energía al perfeccionamiento espiritual y reconozcan que la verdadera felicidad consiste en el predominio de nuestros sentimientos de apego, de veneración y de bondad vendrán muy pronto a la más santa de las religiones. Y como, a pesar de todas las demoras, la doctrina que más conmueve el corazón del hombre, la que le despierta anhelos más generosos, la que lo lleva a actos más sublimes concluye por triunfar, la suerte de la Religión de la Humanidad no es dudosa. Tarde o temprano la hemos de ver uniéndonos a todos con los indisolubles lazos de unas mismas ideas y unos mismos afectos.

Esa tendencia a la unidad humana que se ha manifestado en el curso de la historia a través de tantas luchas y que el catolicismo quiso realizar, sin poder

conseguirlo, ha de verificarse bajo el positivismo, que llena todas las condiciones de una religión definitiva y universal: santidad del culto, verdad del dogma, utilidad del régimen.

III

TEORIA POSITIVA DEL ALMA

Tratemos primero de la teoría positiva del alma, fundada por Augusto Comte, que es como la clave de su gran doctrina. El buen sentido universal ha reconocido, desde la más remota antigüedad, la división del alma en sus tres atributos fundamentales: el sentimiento, la inteligencia y la actividad. El sentimiento inspira, la inteligencia guía, la actividad ejecuta.

Pero, como el sentimiento llevara, sea al mal, sea al bien, establecióse la diferencia entre los buenos y los malos sentimientos. Estos son más fuertes que aquéllos, y en la perpetua lucha que traban dentro de cada persona, a menudo los malos sentimientos prevalecen. Esta lucha fué formulada por el gran San Pablo en su célebre teoría de la naturaleza y la gracia. El hombre, decía ese incomparable apóstol, es inclinado al mal por su propia naturaleza; todos sus sentimientos son bajos, viles, y si ama, por ventura, si practica el bien, es merced a la gracia de

Dios, que se digna concederle buenas inspiraciones. Así concebidas las cosas, debía pedirse incesantemente a Dios la gracia para triunfar de la naturaleza.

Esa concepción teológica de la parte esencial del alma ha influido mucho bajo el catolicismo en el perfeccionamiento moral del mundo, despertando mediante las prácticas religiosas de ella derivadas, nuestras más nobles y delicadas afecciones. Basta para comprobarlo el considerar a la mujer que está fuera del negativismo. El recuerdo de la ternura y la bondad de nuestras madres católicas convencerá, en verdad, a los más escépticos.

A la teoría de la naturaleza y la gracia de San Pablo, substituye Augusto Comte la teoría del egoísmo y el altruísmo. El egoísmo significa nuestras inclinaciones al mal, nuestros instintos personales; el altruísmo, nuestras inclinaciones al bien, nuestros instintos sociales. Uno y otro, egoísmo y altruísmo, están en nuestra naturaleza, los lleva consigo cada uno de nosotros.

El egoísmo lo componen siete instintos, a saber: *nutritivo, sexual, maternal, destructor, constructor, el orgullo y la vanidad*. El altruísmo lo forman tres: *el apego, la veneración y la bondad*. Esta descomposición del sentimiento en diez funciones distintas, siete egoístas y tres altruístas, la puede comprobar en sí mismo cada cual, si se examina con sinceridad. Todos los hombres poseen esas diez funciones afectivas irreductibles, que corresponden a otros tantos

órganos, si bien están desigualmente dotados de cada una de ellas.

En cuanto al egoísmo, el instinto *nutritivo* es el más fuerte de todos, y sirve directamente a la conservación del individuo. Viene luego el *sexual*, el más perturbador, que preside a la conservación de la especie. Le sucede el *maternal*, que provee también a la conservación de la especie y que, a primera vista, no parece egoísta, porque se junta casi siempre con la bondad; pero es fácil verlo bajo su verdadero aspecto en ciertas naturalezas desprovistas de altruísmo, que miran a sus hijos como una propiedad de la que pueden sacar provecho. Se siguen el *destructor*, que ha producido las guerras, y el *constructor*, que ha creado la industria. Y los últimos, los menos egoístas, son el *orgullo* o necesidad de dominación, y la *vanidad* o necesidad de aprobación. Todos esos instintos van decreciendo en vigor y tornándose más dignos, según el orden en que los hemos enumerado.

Por lo que hace al altruísmo, el *apego* forma los lazos entre iguales, la amistad, la fraternidad y el más íntimo de todos, el matrimonio. Después la *veneración* nos inspira profundo respeto por nuestros padres, por nuestros maestros y por todos nuestros benefactores. En fin, el más sublime de todos nuestros sentimientos, la *bondad*, nos despierta el amor más grato y generoso por nuestros hijos, por nuestros discípulos, por nuestros conciudadanos, por todos los hombres en general, y haciéndonos gozar con la felici-

dad de los demás, nos impulsa a trabajar por ella. Estas tres funciones altruístas van siendo menos fuertes y más dignas, conforme al orden de su enumeración.

Tenemos, pues, siete funciones egoístas contra tres altruístas, y como las primeras no sólo son más numerosas, sino también más enérgicas, parece imposible que pueda predominar el bien sobre el mal. Antes de examinar esta gran cuestión, completaremos la teoría positiva del alma. Conocemos ya el sentimiento, pero nos quedan por estudiar la inteligencia y la actividad.

Respecto de la inteligencia, se ha divagado mucho en todos los tiempos, hasta que Augusto Comte logra hacer su verdadero análisis, descomponiendo ese atributo medio de nuestra alma en cinco funciones irreductibles, a saber, la *contemplación concreta*, la *contemplación abstracta*, la *meditación inductiva*, la *meditación deductiva* y el *lenguaje*. La *contemplación concreta* o relativa a los seres es la más elemental de nuestras funciones intelectuales. Ella es la que nos da la noción de los diversos objetos. La *contemplación abstracta* o relativa a los acontecimientos es más complicada. Ella es la que nos suministra la noción de las propiedades, independientemente de objetos dados. Esas dos funciones acumulan los materiales que elaboran en seguida la *meditación inductiva*, que procede por comparación, de donde generalización, y la *meditación deductiva*, la más alta de nuestras funciones intelectuales, que procede por

coordinación, de donde sistematización. Al lenguaje le toca en seguida manifestar nuestras concepciones. De esas cinco funciones derivan todos los fenómenos del mundo intelectual.

En cuanto a la actividad, el tercer elemento de nuestra alma, la forman, según Augusto Comte, tres funciones muy fáciles de comprobar, que ya había reconocido el buen sentido universal: el *valor*, la *prudencia* y la *perseverancia*.

Se ve, pues, que nuestra alma se compone de dieciocho funciones: diez afectivas, cinco intelectuales y tres activas. Dichas funciones corresponden a otros tantos órganos, que forman el conjunto del cerebro. Esto fija de una manera positiva la relación entre lo moral y lo físico, la cabeza y el cuerpo, lo que producirá, en bien del hombre, una revolución en la medicina. La combinación de esas funciones de varias maneras y sus diversos grados de actividad, determinan todos los estados del alma y todas sus operaciones.

Vengamos, ahora, a la gran cuestión del egoísmo y el altruísmo, esos eternos enemigos que tratan de apoderarse de nosotros, pareciendo que el triunfo ha de corresponder al más fuerte. Desde luego haremos notar que los elementos que forman el egoísmo no son susceptibles de armonizarse entre sí, sucediendo que el predominio del uno excluye, de ordinario, a los otros. Y, por otra parte, el egoísmo de cada cual está limitado, en la sociedad, por el egoísmo de los

demás. No pasa eso con el altruismo. Los diversos elementos que lo forman, en vez de excluirse, se ayudan y fortifican recíprocamente. Y la sociedad, lejos de limitarlo, no hace sino extenderlo, pues el altruismo de cada uno reacciona favorablemente sobre el de los demás.

Tenemos también, en nuestra naturaleza, un atributo que de suyo es neutral y que puede servir así al egoísmo como al altruismo: el carácter, constituido por el valor, la prudencia y la perseverancia. Lo mismo sucede con la inteligencia, que despliega aún su mayor energía y sus mejores cualidades cuando obedece a los buenos sentimientos. Si empleamos el carácter en servicio del altruismo, ayudándonos también de la inteligencia que ilumina, no nos será difícil aplastar el instinto egoísta que pretenda dominarnos. Y ello nos costará tanto menos, cuanto mayor sea nuestro altruismo. En efecto, mucho mejor se triunfa de las tendencias inmorales, antes que violentándolas de frente, fomentando las morales. Ya la *Imitación* había dicho con profunda verdad que el mal hábito se vence con el buen hábito y que el amor todo lo facilita, velando aún durante el sueño.

Además, cuando el altruismo comienza a predominar, es tal su propio encanto, nos inunda de satisfacciones tan vivas y generosas, que buscamos continuamente esos placeres puros que derraman el bien por todas partes. El apego, la veneración y la bondad son la fuente eterna de los verdaderos goces del hom-

bre. De ahí brotaron las grandes poesías de todos los tiempos, que han despertado las más sublimes emociones e inspirado las más nobles acciones. Al influjo del altruismo se deben también todos esos seres superiores que, comenzando por perfeccionarse a sí mismos, perfeccionaron en seguida a los demás.

Muchos de ellos fueron primero esclavos del egoísmo, pero despertados al fin por el altruismo, experimentaron una transformación completa, mirando con horror su vida pasada y subiendo en el amor del bien a alturas casi inaccesibles. Citaremos entre innumerables a San Agustín, que tuvo durante varios años una conducta licenciosa, y que, después de su reforma, se veía perseguido por los malos recuerdos de su antigua vida, hasta que, a fuerza de perseverancia, logró purificar su alma. El caso de Santa Teresa es más singular aún. Su constitución era sumamente enfermiza, y pasó mucho tiempo postrada por un mal gravísimo. Pero, cuando se verificó en ella la transformación moral que la hizo vivir sólo del amor, sus dolencias se disiparon y adquirió una energía extraordinaria. El alma cambió al cuerpo, y aquella naturaleza, que parecía destinada a ser inútil para los demás, hizo una de las vidas más puras y benéficas, y sembró la virtud a manos llenas. Jamás cuidaba de sí misma, aunque se viera calumniada. Su solicitud estaba siempre fija en el prójimo. Si sabía a alguien en desgracia, luego acudía en su auxilio. Hasta el monarca español recibió cartas de la Santa,

en que intercedía por hombres perseguidos. Su purificación moral fué tan íntima que llegó a eliminar el egoísmo, viviendo sólo bajo la inspiración del más sublime altruísmo. Podía pasar en medio del mal sin contagiarse. La elevación de su alma era tal, que todo lo veía bajo el aspecto del bien. En las efusiones de su ardiente corazón, soñaba a veces despierta un mundo de afecciones que la solía llevar hasta el éxtasis. De ahí venía más dispuesta a amar y servir a sus semejantes, y sin perder nunca su profundo buen sentido que se revela a cada paso en sus inimitables escritos, y se halla como cincelado en esta advertencia a sus monjas: "La única manera de saber que amáis a Dios es amando al prójimo".

El predominio del altruísmo sobre el egoísmo es, pues, muy posible. Muchos lo han conseguido en el pasado, muchos lo consiguen hoy a nuestra vista. Nuestras madres son un ejemplo viviente de ello. La mujer lo realiza, en general, con más facilidad que el hombre, porque es de suyo más tierna, más venerante, más bondadosa. Velando por tener siempre vivo y ardiente el fuego del altruísmo, llegaremos a enfrenar nuestro egoísmo por rebelde que sea. Y si, desgraciadamente, éste se hubiere apoderado ya de nosotros, habituándonos al mal, haciéndonos esclavos de alguno de sus siete instintos, no debe perderse la esperanza mientras nos quede un fondo de altruísmo. Despiértesele, cultívesele con energía, prudencia y perseverancia, y se transformará como por encanto

todo nuestro sér. Nos sentiremos atraídos por la virtud y huiremos del vicio. Y una nueva vida consagrada al bien, nos dará la paz y la felicidad de que antes nunca gozábamos.

Conviene familiarizarse con la teoría positiva del alma para conocernos, a fin de perfeccionarnos. Ella nos permite apreciar la triste enfermedad moral que reina ahora, caracterizada por una profunda excitación del orgullo y la vanidad y una falta completa de veneración. Cada cual se cree superior a todos los demás. Nadie respeta a nadie. El hijo es irreverente para con el padre, el discípulo para con el maestro, el ciudadano para con el magistrado, los vivos para con los muertos, todos para con todos. Y lo más grave es que, en medio de la más honda inmoralidad, nos creemos muy morales. No es raro ver individuos que, llevando una vida licenciosa, andan muy satisfechos de su conducta. Como se juzguen con el criterio del egoísmo, nada encuentran que reprocharse. Nunca había pasado el mundo por una situación tan funesta. Es verdad que en todos los tiempos ha habido hombres corrompidos, pero al menos sabían que lo eran. Hoy, cosa increíble, se hace la vida más inmoral, creyéndola de buena fe, muy moral. Somos viciosos y nos creemos virtuosos. Estamos engreídos de nuestra inmoralidad.

Felizmente, la Religión de la Humanidad viene a librarnos del peligroso marasmo que nos aqueja. Ella despertará nuestro dormido altruísmo y, transforman-

do nuestro extraviado corazón, nos guiará por la vía del perfeccionamiento moral, que constituye nuestro supremo destino. En efecto, la verdadera grandeza del género humano, su más alto título de gloria consiste en su íntimo anhelo de hacer triunfar el altruísmo sobre el egoísmo. La inteligencia ha servido esa aspiración santa, conociendo cada vez más nuestra naturaleza individual y social; y la actividad, partiendo de ese conocimiento, ha tratado de satisfacerla en el mayor grado posible. Tal es, en el fondo, la historia de la Humanidad. De ella ha extraído Comte la fórmula sagrada del positivismo: *“El amor por principio, y el orden por base; el progreso por fin”*.

IV

EL VERDADERO SER SUPREMO

Todos nuestros progresos en moral, en arte, en ciencia e industria se deben a nuestra verdadera Providencia. Ella es formada por la mujer, nuestra providencia moral; por el sacerdocio (que abarca los sacerdotes propiamente dichos, los sabios y los poetas), nuestra providencia intelectual; por el patriado (compuesto de los estadistas y los jefes industriales), nuestra providencia material; y por el proletariado, nuestra providencia general. Esos cuatro elementos, que constituyen el orden social entero, han efectuado exclusivamente, a través del tiempo, la cultura del género humano.

La mujer, en su función maternal, echa los gérmenes en nuestra alma del amor al bien, y los cultiva con tal prudencia y asiduidad, que llegan a florecer hasta en los caracteres más rudos. El recuerdo de una madre basta, a menudo, para detenernos en el camino del mal. Su imagen es una divinidad que vela constantemente a nuestro lado, reprimiendo nuestras bajas inclinaciones e inspirándonos los más nobles

deseos. Si realizamos, en la vida, algo bueno, ahí está su mano. Todas las grandes almas son producto de madres santas.

Pero si la mujer como madre forma el corazón del hombre, como esposa lo perfecciona en alto grado. A la verdad, en el matrimonio es donde se completa nuestra educación moral. Bajo esa sagrada institución, la influencia afectuosa de la mujer sobre el hombre es más íntima aún. Cuando las labores teóricas o prácticas han secado su corazón, cuando el egoísmo lo domina, encuentra en la compañera de su hogar la fuente viva del sentimiento que lo inunda de las más puras y gratas emociones. Y si se aparta del camino del deber, nadie sabe volverlo a él como una esposa.

En su condición filial, la mujer educa también al hombre. Una bondad inefable brota en el corazón del padre ante el dulce afecto de la hija. Sus delicados cariños conmueven a los seres más indiferentes. Y la ternura insinuante de una hija suele apoderarse de naturalezas que no habían sabido amar ni a la madre, ni a la esposa. Tócale así a la mujer despertar, al fin, nuestro dormido altruísmo.

La madre, la esposa y la hija son tres verdaderos ángeles que acompañan al hombre, guiándolo por el camino del bien. En los peligros morales, alguno de los tres nos salva. Cuando no es la madre, es la esposa o la hija. Sus imágenes acuden, de ordinario, juntas a nuestra alma, para inspirarnos la virtud.

Y es tal su poderoso influjo, que consiguen, a veces, arrancarnos de lo más hondo del vicio.

La mujer ha cumplido esa gran misión desde los primeros pasos del género humano. Todos nuestros buenos sentimientos son obra suya. A ella es debido el mundo de los santos afectos, que se desenvolviera con el tiempo. Siempre se halla en la mujer el origen de cuanto el hombre ha hecho de benéfico y de sublime en la Tierra.

Pasemos a nuestra providencia intelectual. Absteiniéndonos de toda prevención anti-teológica, no se puede desconocer que los sacerdotes de todas las religiones, y en especial los teócratas, sean los maestros del género humano. Ellos han reglamentado, con relación al tiempo y al lugar, nuestros sentimientos, nuestros pensamientos y nuestros actos, llenando así las condiciones de una verdadera enseñanza.

Pero, además de los sacerdotes que ejercían ese magisterio indispensable, hay una serie de sabios, a contar desde Tales y Pitágoras hasta Bichat y Gall, que elaboraron poco a poco las ciencias positivas. Mientras estas ciencias se hallaban más o menos dispersas, no podían hacer las veces de una verdadera doctrina y, si servían a la industria, la dirección social correspondía siempre a las creencias sobrenaturales. Ese estado de cosas ha cesado hoy; pues las ciencias fueron coordinadas por Comte en su célebre clasificación de matemática, astronomía, física, química, biología y sociología, que ya es popular.

Las cinco primeras las encontró constituídas, quedándole, sin embargo, la gloria de disponerlas en orden jerárquico y de enlazarlas entre sí. Mas la última, la sociología, la más difícil de todas, hubo de constituirla él mismo. Y ello le ha permitido reemplazar después la religión teológica con la religión sociológica. En su *Sistema de Política Positiva* completó esa clasificación con un término último, la moral, la ciencia de las ciencias, a la cual deben subordinarse todas las demás.

Así las cosas, las ciencias llenan las condiciones de una verdadera doctrina, pudiendo reglamentar nuestros sentimientos, nuestros pensamientos y nuestros actos.

A pesar del extremado indiferentismo actual, la gran creación de Augusto Comte se abre camino, convirtiendo poco a poco a las naturalezas que saben ir de los sentimientos generosos a las concepciones generales o, recíprocamente, de las concepciones generales a los sentimientos generosos. La religión definitiva ha sido elaborada por los continuos esfuerzos de la inmensa serie de nuestros antepasados, encargándose nuestro Maestro sólo de formularla, como él mismo lo manifiesta, con ese espíritu de profunda veneración por los servidores de nuestra especie, que le es característico. Según él, no existe más que una religión, la que ha recorrido las fases del fetichismo, del politeísmo y del monoteísmo para llegar al positivismo.

Ella presidió siempre los destinos del hombre, y siempre seguirá presidiéndolos. De tiempo en tiempo algunos espíritus eminentes, constituyéndose intérpretes de las aspiraciones sociales, y resumiendo los trabajos anteriores, formulaban la religión del modo más apropiado a las necesidades del progreso humano. Eso hicieron Moisés, San Pablo. Eso mismo ha hecho Augusto Comte, a nuestra vista, cuando el mundo salía del catolicismo sin tener dónde refugiarse.

Consideremos ahora la providencia material. Encárnala el patriciado que, dirigiendo la política y la industria, ha contribuído a mejorar las condiciones físicas de nuestra existencia. No es raro que se desconozca hoy esta providencia, a causa de la falta completa de sanas nociones sociales. Se mira con antipatía a todo jefe político o industrial, en el pasado y en el presente. Por el hecho de ser jefe, se le cree, comúnmente, un enemigo del género humano. Hay quienes llegan aún a considerar el anarquismo, como un ideal de gobierno. No obstante, sin el elemento directivo seríamos hoy salvajes, viviendo en una tierra inculta. Como toda labor política o industrial depende de la cooperación social, es incuestionable que esa cooperación tiene que ser presidida por alguien. Lo que sí debe exigirse es que quien presida no pierda de vista el interés de la comunidad, y eso es lo que constituye a los verdaderos estadistas y a los dignos industriales. Y son ellos los que han

velado a través de la historia por nuestro bienestar.

Examinemos, por fin, la providencia general. Esta la constituye el proletariado que, bien mirado, comprende toda la población humana, y del cual salen los patricios para presidir el orden material, y los sacerdotes para presidir el orden espiritual. De hecho, todos somos obreros, todos somos funcionarios sociales, es decir, cooperadores naturales en la vida pública, desde el más humilde artesano hasta el jefe de Estado. Todos somos responsables de nuestra conducta ante la sociedad, en el desempeño de nuestra función respectiva. Pero aquí consideramos el proletariado en el sentido de los que trabajan, dirigidos por empresarios, en toda la industria humana. La tarea incesante de ese proletariado a través del tiempo y del espacio, es lo que realiza todas las cosas. Si la mujer nos educa moralmente, si el sacerdocio nos instruye, si el patriciado nos gobierna, el proletariado ejecuta siempre. El los sirve a todos y todos deben servirlo a él.

Las cuatro providencias que acabamos de examinar forman para cada hombre un verdadero Sér Supremo, (la Humanidad), del cual todo lo recibe, al cual todo se lo debe. El ha velado hasta aquí por nosotros, vela hoy y velará en lo sucesivo. Definida por Comte, la Humanidad es el conjunto continuo de los seres convergentes. Al decir seres convergentes, quiere significar que Ella es compuesta, no de todos los

hombres, sino de aquellos que cooperan con sus sentimientos, sus pensamientos y sus actos a la obra común del progreso. Y si con ese término se elimina de la Humanidad a las personas inútiles o perjudiciales, se le incorporan, en cambio, los animales domésticos, fieles servidores y compañeros del hombre. Concebida así, la Humanidad es nuestro Sér Supremo. Ella se cierne sobre nuestro espíritu y nuestro corazón. Ella nos envuelve por todas partes con su pasado, con su porvenir y con su presente. No podemos movernos sino en su seno. Ella es la expresión sublime que condensa en sí todas las nobles emociones, todos los grandes pensamientos, todos los actos benéficos de que es susceptible nuestra naturaleza. Sér real e ideal a la vez, que nos inspira la más viva simpatía, el más profundo respeto, la más inefable bondad. Su existencia es innegable. No podemos desconocerla sin la más negra ingratitud. La mano de la Humanidad está en todas partes. No hay nada en la Tierra de verdaderamente individual, todo es colectivo. Y la cooperación sucesiva de las generaciones es cada vez mayor que la cooperación contemporánea.

Por mucho tiempo se había supuesto que todo lo recibíamos de los dioses o de Dios, y el hombre, agradecido, edificaba los templos, para rendir homenaje a esos seres que miraba como sus benefactores. En esos recintos augustos han tenido lugar las más nobles efusiones del alma humana. Ahí se desarrollaban los más santos y sublimes sentimientos. Esa ha sido

la grande escuela del corazón, en que se ponían los hombres en comunión de afectos, olvidando sus odios.

Si seres ideales han podido despertar emociones tan vivas y profundas, ¿qué no sucederá con el Gran Sér real? Cuando entremos al templo de la Humanidad, nuestro verdadero Sér Supremo, cuando escuchemos la voz del sacerdote que nos habla en nombre del pasado y del porvenir, para aconsejarnos en el presente, cuando oigamos los acordes solemnes de la música religiosa que nos llama a las más generosas efusiones, cuando nos veamos rodeados de seres animados de un mismo sentimiento, entonces brotará en nuestra alma el más sublime entusiasmo. Se apagarán nuestras malas pasiones y seremos elevados a un santo ideal de amor y de virtud. Saldremos del templo purificados, fortalecidos y llenos de benevolencia para con nuestros semejantes. Asistiremos a él a menudo, para despertar nuestro débil altruísmo. Y en vez de ir al teatro a buscar emociones que muchas veces corrompen el alma, iremos al templo, donde la música, desplegando todo su poder, todo su encanto, producirá sólo sentimientos puros, generosos, excelsos.

Las verdaderas fiestas públicas deben efectuarse en los templos. Sólo allí se realiza la fusión de las almas en la unidad del amor. Las grandes reuniones han de tener por objeto el levantarnos a las santas inspiraciones, a los bellos ideales, avivando en común el altruísmo de todos. Cuando nos juntamos con un

mismo sentimiento de simpatía, se vigorizan nuestros corazones extraordinariamente. La reacción del amor es increíble. El pasa de uno a otro con rapidez extrema y nos enciende a todos en su sagrado fuego, produciendo las sublimes emociones que son nuestra mayor felicidad y santa gloria.

A esas grandes manifestaciones contribuirán todas las artes. La arquitectura, la escultura, la pintura, la música y la poesía, que andan hoy tan descaminadas, vendrán bajo la dirección de la Religión de la Humanidad a formar, embellecer y santificar los augustos edificios donde acudiremos siempre a perfeccionarnos en el verdadero amor. Todo concurrirá entonces a purificar y elevar nuestra alma: el grandioso aspecto del templo, las estatuas animadas de nuestros benefactores, las escenas conmovedoras de los cuadros, los acentos inefables de la música, la voz solemne del sacerdote.

El culto del verdadero Sér Supremo, que la Religión de la Humanidad viene hoy a instituir sistemáticamente, ha sido practicado siempre espontáneamente. El homenaje tributado a los muertos en todos los tiempos y países, y la apoteosis de los grandes hombres, son los antecedentes naturales del culto de la Humanidad. Pero el catolicismo es todavía un precursor más decisivo de este culto. Desde luego, comienza por humanizar a Dios, substituyendo al tipo divino el tipo humano. En seguida, establece la comunión de los santos, transformando así más aún la

concepción teológica en concepción humana. Y, por último, crea bajo la inspiración de los caballeros de la Edad Media, el admirable tipo de la Virgen Madre, resumen de todas las perfecciones, verdadero emblema de la Humanidad, tan bien caracterizado por el Dante, en este sublime terceto del Paraíso:

In te misericordia, in te pietate,
In te magnificenza; in te s'aduna
Quantunque in creatura è di bontate.

Era que el verdadero Sér Supremo iba presentándose al hombre como su único benefactor, su solo ideal positivo. Aparece Comte y formula netamente la concepción de la Humanidad, mostrándonos en Ella al Gran Sér que todos debemos adorar, para agradecerle sus servicios e identificarnos con sus virtudes. Rindamos, pues, a la Humanidad el culto que le corresponde.

Medítese con serenidad la gran doctrina que viene a reconstituir definitivamente el orden social. El momento es solemne. Todo está en peligro. No hay educación, no hay opinión, no hay deberes. El más funesto individualismo se ostenta por todas partes como el verdadero ideal. Que cada cual consulte su corazón, poniendo atento oído a la voz inextinguible

de todas las grandes almas que, resonando a través de los siglos, nos llama al punto de vista supremo de la moral. Lléguese hasta él en alas del altruísmo, y se comprenderá entonces que la Religión de la Humanidad tiene el secreto del porvenir.

V

TEORIA POSITIVA DE LA RELIGION

La palabra *religión* no implica de suyo la idea de teología, como se cree en general. Ella viene, etimológicamente, de *religare* (atar dos veces), significando, en el fondo, doctrina que regla al hombre individualmente y lo liga socialmente. Esa doctrina puede ser teológica, y entonces la religión será teológica, y puede ser sociológica, y entonces la religión será sociológica. Religión, no es, pues, lo mismo que teología, aunque aparezcan de ordinario identificadas una y otra por la circunstancia de que la religión se ha basado durante siglos en la teología. Más todavía, religión indica, en último análisis, el estado de completa unidad que caracteriza al individuo y a la sociedad cuando todos sus atributos —sentimiento, inteligencia y actividad— convergen hacia un destino común. Se ha tratado de alcanzar esa unidad por diversos medios, y ellos han sido confundidos equivocadamente con el fin. De ahí que, a juicio de Comte, no haya sino una sola religión, a la cual nos hemos acercado cada vez más, viendo de armonizar

nuestros afectos, nuestros pensamientos y nuestros actos. Ese ha sido el objeto supremo de todas las creencias teológicas. Nada hay por eso más respetable, más augusto, nada que interese más al hombre que la religión. Ella está sobre todo, lo abarca todo; fuera de su dominio no existe nada.

Si estudiamos las antiguas creencias con ánimo sereno, colocándonos en el punto de vista del progreso moral, no podremos menos de reconocer que todas ellas han tenido la excelsa tarea de velar siempre por nuestra conducta, llamándonos a los sentimientos generosos, a las buenas acciones. Se invocaba con ese propósito a los seres superiores que se creía gobernaban el mundo. Ya eran los fetiches, ya los astros, ya los dioses, ya Dios, lo que servía para educarnos. De ese modo se nos iba disponiendo sin cesar a la benevolencia y a la abnegación. Con el transcurso de los siglos se han alcanzado perfeccionamientos notables. Pero hay ciertas épocas muy dolorosas para la sociedad, cuando las creencias que la dirigen se agotan, teniendo que formarse otras que las reemplacen. Así fué con el paso del politeísmo al monoteísmo, y así es ahora, con el paso del monoteísmo al positivismo.

Todas las doctrinas religiosas han versado sobre dos dominios, el orden exterior y el orden interior, el material y el moral. Queremos decir que todas ellas han tenido una concepción dada sobre el mundo y el hombre, siendo eso lo que forma el dogma.

Sobre él se basaba el culto, es decir, el sistema de prácticas destinadas a perfeccionarnos moralmente. Del dogma y del culto se desprendía el régimen correspondiente. He ahí los tres elementos que abraza toda religión. Mejorar el dogma y el culto para mejorar el régimen, esa es la historia fundamental de nuestra especie, lo que ha hecho formular a Comte el axioma sociológico de que *“el hombre se vuelve cada vez más religioso”*.

La religión nos civiliza a través de la historia por obra exclusiva de la Humanidad, fuente única de todos nuestros perfeccionamientos. Los fundadores y los adeptos de las diversas religiones teológicas procedían ciertamente de buena fe. Pero como no poseyeron la teoría positiva del alma, ni la concepción científica del mundo, atribuían entonces las grandes inspiraciones morales a seres extraños a la Humanidad. Así el gran San Pablo se creyó tocado de la mano de Dios en el camino de Damasco. ¿Qué había pasado en realidad? Carácter fuerte, pero dotado a la vez de una sensibilidad profunda, empeñóse en la persecución de los cristianos, creyéndolos corrompidos y perniciosos. Mas, como hubiera visto perecer a muchos, entre ellos ancianos y débiles mujeres, firmes en su creencia, serenos, alegres aún, sin proferir una sola queja, operóse en su alma un trabajo latente, que produjo al fin la gran crisis moral, que de enemigo lo convirtió en apóstol. Identificóse con la creencia cristiana, dióle toda su energía, todo su amor, la

transformó, la engrandeció, e hizo de ella una gran doctrina que ha presidido durante siglos los destinos de la vanguardia de nuestra especie.

Lo que aconteciera a San Pablo ha sucedido también, en grados diversos, a muchos seres que estuvieron obstinados en el mal por falsos conceptos o hábitos viciosos, hasta que experimentaron la gran transformación. Y como quiera que se realicen las profundas reformas morales del hombre, ellas proceden del altruísmo que cada cual lleva consigo. Suele ese altruísmo tardar a veces en despertar del marasmo con que lo abrumba el egoísmo. Pero, si llega a sobreponerse por un momento, son tan vivas y tan gratas las emociones de que nos llena, nos sentimos animados de una voluntad tan poderosa, que nos lanzamos por el camino del bien sin que nada pueda detenernos. Y cuando estamos, así, bajo el imperio del amor, somos felices, aún en medio de la desgracia. El gran San Pablo era todo alegría entre las cadenas de su prisión. *La Imitación*, que contiene el análisis más profundo que se haya hecho del corazón humano, se expresa así: "El amor no tiene límites. Nada le pesa, nada le cuesta, emprende más de lo que puede, y jamás se excusa con lo imposible, porque todo le parece posible. Y por eso mismo todo lo consigue, y realiza muchas cosas que fatigan y agotan en vano al que no ama. El amor siempre vela; en el sueño mismo está despierto. No hay fatiga que lo canse, ni lazos que lo amarren, ni miedos que lo

turben; sino que a la manera de viva y ardiente llama sube a lo alto y se remonta seguramente. Nada hay más grande ni en el cielo, ni en la tierra, que el amor". El libro del *Amor de Dios* de San Bernardo es toda una demostración admirable de que debemos amar a Dios, no por esperanza del premio, ni por temor del castigo, sino por agradecimiento a sus beneficios y por el profundo placer del mismo amor. Y si el gran San Bernardo volviera a la vida diría del amor a la Humanidad lo que decía del amor a Dios.

Se ve, pues, que en medio de la teología, ha sido el altruismo inherente al hombre, lo que verificaba en realidad los perfeccionamientos morales. De ahí que nuestro Maestro tenga el más profundo respeto por los nobles creyentes de todas las religiones, y los mire como fieles anticipados de su doctrina, que ellos profesaron espontáneamente, pues obraban a impulso del amor.

Las diferencias que dividen a los buenos en el espacio y en el tiempo desaparecen, en efecto, con la Religión de la Humanidad, que los hace fraternizar a todos en la unidad del mismo santo propósito: el triunfo del altruismo sobre el egoísmo.

El más grande de los mortales ha sabido encontrar, en fin, la doctrina capaz de producir la verdadera comunión del género humano. Con la teoría positiva del alma demostró que el altruismo debe prevalecer sobre el egoísmo para conseguir la armonía individual y social. Y, en verdad, la experiencia nos

manifiesta que, sin el amor, no es posible obtener la paz ni dentro, ni fuera de nosotros. De manera que el perfeccionamiento de los hombres y de los pueblos depende, en el fondo, de la cultura del altruísmo. En virtud de ese hecho incontestable, Comte establece el amor como principio fundamental de su doctrina. Pero, para unir realmente a los hombres no basta la comunidad de sentimientos, se necesita también la de ideas. Tenía, pues, que hallarse una concepción del mundo, que pudiera ser aceptada por todos. Ya el mismo Comte lo había obtenido, fundando la filosofía positiva, que constituye el dogma de la Religión de la Humanidad. Con la inspiración del altruísmo y el criterio de la filosofía positiva, era dable encontrar el régimen que más conviniera a nuestra especie, lo que también se debe a Comte.

El régimen que él formula es contrario a las preocupaciones democráticas del presente. Mas, no se vaya a creer por eso que miraba en menos al proletariado, que nadie lo ha amado como nuestro Maestro. Pero, con la profundidad de su espíritu, comprendió luego que la anarquía democrática no hace más que empeorar la situación del pueblo. El verdadero remedio está, a su juicio, en la regeneración moral de todas las clases sociales. Fija como tipo político, no la aristocracia, ni la democracia, sino la sociocracia. En este régimen, todos los individuos son considerados como miembros de la sociedad, teniendo cada cual su función en ella. Y la teoría de los dere-

chos, que hoy prevalece, es reemplazada por la teoría de los deberes. Para Comte, nadie tiene otro derecho que el de cumplir con su deber.

A medida que se estudia su gran doctrina, más se arraiga la persuasión de que ese genio sublime es el fundador de la religión definitiva. La ciencia, la moral y la política que se elaboraran en el curso de los siglos, por los trabajos de mil y mil generaciones, fueron formuladas, al fin, normalmente por el órgano supremo de la Humanidad. Todo lo que se ha hecho de bueno y de grande en el pasado está encerrado en el positivismo, como todo lo que se haga en el presente y en el porvenir.

Más que nunca se siente ahora la necesidad de una doctrina que venga a armonizar el sentimiento, la inteligencia y la actividad, sumidas en completa discordia. El genio sublime de Comte resolvió a mediados del siglo XIX, el gran problema. La solución está viva, inmortal, en su *Sistema de Política Positiva*, el libro de los libros, que regirá eternamente los destinos de la Humanidad.

Cuando habla Comte, parece que se escucha la voz de todos los seres virtuosos, inteligentes y enérgicos que han vivido. Y ello proviene de que esa naturaleza, la más ricamente dotada que haya existido jamás, se identificó con todos los grandes hombres del pasado, recibiendo de cada uno de ellos sus mejores inspiraciones. Más aún, identificóse también con todos los seres superiores que viven y han de

vivir, concibiendo lo que podrán hacer en bien de la Humanidad. Y por seres superiores, entiéndase, no sólo los que descuellan por la inteligencia y la actividad, sino, sobre todo, por el sentimiento.

La Religión de la Humanidad, que viene a tomar posesión formal del porvenir, es también dueña del pasado y del presente. Ella ha sido practicada siempre por las naturalezas verdaderamente virtuosas, que sacaban de su propia alma ese ardiente amor que lo abarcaba todo. Dondequiera que hubiera algo digno de nuestro afecto, eso entraba a formar parte de nuestro corazón. Así en todos los tiempos y lugares se ha tenido la más viva simpatía por la Tierra, patria común del género humano, por el país de que fuéramos ciudadanos, por la casa en que nacióramos, por la esposa, por los padres, por los hijos, por los hermanos, por los amigos, por los sirvientes, y, en fin, por el perro, el caballo, el elefante, el camello que han cooperado en la obra humana más que muchos hombres venidos al mundo para hacer daño. Es decir, que han sentido y sienten de esa manera las personas naturalmente amantes. En el campo de los afectos todo se liga, así en bien como en mal. Cuando el odio domina, todo es malevolencia; cuando el amor, todo benevolencia.

VI

HISTORIA DE LA RELIGION

Para estudiar las cuestiones sociales y morales, es indispensable estar animado de altruísmo. Con el criterio del individualismo no se llegará jamás a ninguna solución razonable. Se podrá, con ese espíritu, conocer el mundo exterior, el orden físico, pero nunca el orden moral. Desgraciadamente, domina, por ahora, de tal suerte el individualismo, que hasta espíritus distinguidos se extravían, tornándose incapaces de abordar los grandes problemas sociales. Nótase una profunda perversión del sentido moral, que induce a vivir de negaciones, de crítica, de maledicencia y que inhabilita para los nobles sentimientos, para las grandes ideas. Cada cual dictamina con pasmosa suficiencia sobre las más graves cuestiones, y hace burla y escarnio de las cosas más santas, de los afectos más puros y delicados.

Sería de perder la esperanza en los destinos de nuestra especie si el mal no fuese pasajero. Pero la Religión de la Humanidad está fundada, y ella ha

de reunir, al fin, a todas las almas virtuosas, y a las que, a pesar de sus vicios, sean susceptibles de convertirse al bien. Sólo falta que haya espíritus bastante persuasivos para difundir la gran doctrina, sobreponiéndose a la triste situación actual. En efecto, las mejores naturalezas, aquéllas que podrían prestar tan buenos servicios a la causa suprema, con su corazón, con su talento, con su energía, se hallan de tal modo contagiadas por las malas tendencias de nuestra época, que tienen vergüenza del sentimiento y huyen de la santidad.

Trataremos, ahora, de completar la teoría positiva de la religión, indicando su historia. Augusto Comte comienza el capítulo primero del tomo segundo de su "Sistema de Política Positiva" con esta frase: "Espontánea al principio, después inspirada, luego revelada, la religión se hace, en fin, demostrable". Ahí está resumida toda la historia de la religión.

Que la Humanidad ha empezado por el fetichismo, es un hecho fuera de duda. Las primeras explicaciones del mundo han tenido que ser tomadas de nuestra propia naturaleza, suponiéndolo, por lo tanto, animado de sentimientos análogos a los nuestros. No había otro medio de interpretar el orden exterior, y no se puede vivir sin una concepción cualquiera sobre ese orden que nos circunda por completo. Ese modo de ver el mundo, cuando no se le conoce suficientemente aún, es tan espontáneo que se reproduce siempre en la infancia individual, pues todos pasamos por

un período de fetichismo. Más todavía, cuando nos hallamos en presencia de fenómenos cuyas leyes no conocemos, nos sentimos naturalmente dispuestos a interpretarlos a la manera fetichista. Por eso, a los principios, todo el orden material ha sido identificado con la naturaleza humana, o, mejor dicho, ha sido concebido a nuestra imagen y semejanza. Así, para nuestros primeros padres, no había diferencia entre el hombre y el mundo: el mismo espíritu los animaba a ambos, los mismos sentimientos, las mismas pasiones, los mismos móviles. Y en esa manera de concebir el mundo, cada objeto era considerado como un sér distinto que tenía vida propia.

Pero si el hombre explicaba el mundo atribuyéndole una naturaleza idéntica a la suya propia, no por eso dejaba de sentir respeto por él, teniéndolo por una existencia superior que lo dominaba. De ahí que los primeros deberes que se hayan practicado dependan del fetichismo. En su nombre se formaron las más antiguas asociaciones humanas, caracterizadas sobre todo por la constitución del hogar. La domesticación de los animales, que nos ha sido tan útil, corresponde además por entero al fetichismo, que nos hacía simpatizar con todos los seres del mundo. Bajo el imperio de esa creencia no había sacerdocio, pues cada cual se ponía directamente en relación con su fetiche.

Vióse después suceder gradualmente a los fetiches especiales, los fetiches generales, es decir, que los ob-

jetos múltiples de la naturaleza, con los cuales podía tener comunicación todo el mundo, fueron substituídos por los astros, que requerían la existencia de un sacerdocio para interpretar sus voluntades. Bajo el imperio de la astrolatría, la asociación humana toma más extensión y consistencia. Puede decirse que sólo entonces se organiza la sociedad en un pie de verdadera armonía; pues la teocracia, que resultó de la astrolatría, es el *régimen social* más perfecto que haya existido hasta aquí, y sólo ha de ser superado por la sociocracia. Todos los atributos de la naturaleza humana, sentimiento, inteligencia y actividad, convergían en ese régimen hacia un fin dado. Las diversas clases sociales tenían marcados sus deberes y eran juzgadas por una ley común.

En nuestra época se mira con horror a la teocracia, y se considera como el mayor de los progresos el completo desorden actual, en que no hay dos personas que piensen de la misma manera. Está bien que hayamos salido de la teocracia, porque el sentimiento, la inteligencia y la actividad que ella armonizara, requerían una cultura superior. Pero después no se ha visto que hayan vuelto a hermanarse estos tres elementos. Así, los griegos cultivaron la inteligencia con menoscabo del sentimiento y la actividad; los romanos se dieron a la actividad, descuidando la inteligencia y el sentimiento; y la Edad Media perfeccionó el sentimiento, menospreciando la inteligencia y la actividad. Toca a la sociocracia armoni-

zarlos de nuevo, realizando en mejores condiciones la empresa de la teocracia.

Tal vez parecerá extraño que tomemos por modelo ese régimen tan condenado por la anarquía moderna. Pero cuando se considera el orden social desde el punto de vista de nuestro verdadero bienestar, que sólo puede provenir del acuerdo de los hombres en sentimientos, en ideas y en actos, es fácil convencerse de que estamos en transición desde hace treinta siglos. Reconocemos, sí, que esta transición era indispensable, y por eso tenemos el mayor respeto por Grecia, Roma y la Edad Media. Pero sentimos la más profunda gratitud por el antiguo Egipto, esa venerable madre de la civilización occidental.

Sigamos la marcha de la religión. De la astrolatría se pasó al politeísmo, como lo indica el nombre de los dioses tomados de los astros. Es decir, que los atributos humanos, que se daban a los fetiches y a los astros, se pusieron en seres separados del mundo; y los dioses fueron así considerados como directores del orden material y del orden moral. Entonces la religión toma el carácter de inspirada, pues se suponía que esos dioses estaban en comunicación continua con el hombre, y que eran la causa de todos sus sentimientos. Se crearon tantos dioses como afectos había en el hombre.

Del politeísmo se pasó al monoteísmo, y esta religión la califica Augusto Comte de revelada, porque siempre se ha presentado bajo la forma de revela-

ción en Moisés, en San Pablo, en Mahoma. El mono-teísmo colocaba en un solo sér todos los atributos humanos, sentimiento, inteligencia y actividad, pero en un grado ilimitado. Ciertos hombres privilegiados se imaginaron recibir de ese sér, sus grandes inspi-raciones. En su nombre se dictaron, pues, los precep-tos morales que debían dirigirnos por largo tiempo.

La religión se torna en fin demostrable gracias a Augusto Comte; y los deberes que se habían impues-to en nombre de los fetiches, de los astros, de los dioses y de Dios, se imponen, en adelante, en nombre de la Humanidad. Pero, ¿cómo pasa esto? Desde Tales y Pitágoras principia el conocimiento científico del mundo, que sujeta a leyes inmutables toda la Na-turaleza, que se creyera antes al arbitrio de volun-tades caprichosas. Ese conocimiento avanza poco a poco, y se halla escalonado a través de los siglos. Se constituye primero la matemática, en seguida la as-tronomía, después la física, luego la química. Con esto queda establecido el orden material. Pero ello no basta para formar la religión demostrable; y, por lo tanto, la religión revelada sigue dirigiendo a los hombres. Mas, el conocimiento científico no se detie-ne, y funda luego la biología y, en fin, la sociología. El orden vital y el social salen así de la arbitrariedad y se someten al imperio de la ley.

Con todos esos elementos puede ya instituirse la religión demostrable, que ha de dirigir a todos los hombres. El mundo moral, que, hasta entonces, ha-

bía sido un misterio, se explica naturalmente. Examínesele, en el pasado y en el presente, con la teoría positiva del alma, y toda dificultad desaparece. Los grandes buscadores del bien, que vivieron en diversos países y en diversos tiempos, recibían sólo de la Humanidad todas sus inspiraciones. Eran sus padres los que les habían dado el sér físico y moral; eran sus contemporáneos los que reaccionaban afectuosamente sobre su corazón; era el recuerdo de sus antepasados, de sus palabras, de sus acciones, lo que les infundía los más nobles y santos anhelos.

Pero, la religión demostrable que hoy se establece ha sido preparada por la religión espontánea, la inspirada y la revelada. Hemos sido fetichistas, politeístas y monoteístas para llegar a ser positivistas. La Humanidad alcanza al fin su madurez, después de inmenso aprendizaje. No vacilemos; reunámonos los hombres de buena voluntad en el seno de la gran doctrina. Todos los que aspiren al verdadero perfeccionamiento del alma encontrarán en la religión demostrable su más seguro guía. Ella nos forma el sentimiento, la inteligencia y el carácter, desarrollando armónicamente todas nuestras facultades.

Es menester persuadirse de que los hombres necesitan de una misma educación. La deplorable situación actual en que se educa de mil modos, debe ser mirada como una gran crisis que no ha de durar. A pesar de lo que se nombra a la opinión pública, ésta no se halla en parte alguna. Ella sólo puede for-

marse bajo la dirección de una misma doctrina, que sea aceptada por todos. La doctrina existe, pero, muchos temen acercársele y parece que hubiera empeño en mantener la anarquía actual. Ya concluyó el tiempo de la religión, se dice a menudo. Sin embargo, nunca ha sido ella más necesaria que ahora. El hombre vive separado de la mujer en sentimientos y en ideas, y, por consiguiente, no existe la verdadera familia. La vida privada se halla aislada de la vida pública. La política y la moral están reñidas. Las ciencias, las artes y la industria andan fuera de camino. El desconcierto está en todas partes.

Ante esa triste situación, no es dable permanecer indiferente. El mal es inmenso y exige un gran remedio. Con reformas políticas nada se conseguirá. Se necesita de una profunda regeneración social. Es preciso reorganizar la familia, uniendo al hombre y la mujer con la misma creencia. Es preciso ligar la vida privada a la vida pública, preconizando lo que decía hace tantos siglos el gran Confucio de que, para ser buen magistrado, hay que ser buen padre de familia. Es preciso subordinar la política a la moral. Es preciso, en fin, que las ciencias, las artes y la industria se sujeten a la religión, para no descarriarse.

Sólo la doctrina altruísta puede realizar todo eso. Pero, ella no producirá efectos apreciables sino cuando sea aceptada por la generalidad. Por ahora, va ganando adeptos paso a paso. Ha hecho ya trans-

formaciones profundas. Naturalezas muy revolucionarias se le han adherido. Algunos han venido del comunismo y del nihilismo. Los hay también llegados del catolicismo. Y los adeptos son de todos los países: franceses, ingleses, holandeses, alemanes, italianos, suecos, rusos, españoles, norteamericanos, japoneses, brasileños, mejicanos, argentinos, peruanos, chilenos.

Además, la mujer empieza a convertirse al positivismo guiada por su corazón. Ella había permanecido ajena al movimiento científico moderno, que, a causa de su lucha contra el catolicismo, se resentía de inmoralidad. Fué tachada de pobre de inteligencia, porque el hombre era pobre de afección. La mujer no se ha engañado: lo que habla al sentimiento, lo que educa para el bien, eso es la verdad. Sin la moral, la ciencia nada vale. Pero ambas han sido reunidas por Augusto Comte en la Religión de la Humanidad, sublime doctrina hecha sobre todo para la mujer. A ella le corresponde ablandar más de un corazón de hombre, petrificado por el egoísmo, y educar altruístamente a las nuevas generaciones.

VII

NECESIDAD DEL CULTO

El perfeccionamiento moral se halla hoy tan desatendido que nunca se le podrá recomendar demasiado. Se cree que basta con cultivar la inteligencia y la actividad, mirándose en menos todo lo que tiende a purificar y ennoblecer el sentimiento. De ahí esa situación tan funesta en que somos egoístas sin que nos demos cuenta de ello. Vivimos satisfechos de nosotros mismos, contentos, alegres, bebiendo la inmoralidad por todas partes y difundiéndola impunemente. Si nos reunimos, se establece como una rivalidad indecorosa. Nadie quiere ser menos que otro en las palabras impuras, la maledicencia y demás atropellos de la moral. Es una verdadera emulación malsana en que nos corrompemos recíprocamente. Y si alguien está animado de buenos sentimientos, se avergüenza de ellos con la compañía, los oculta y sigue el mal ejemplo de los otros, llegando a veces a sobrepujarlos. De modo que al separarnos, cada uno saca muy aumentada su dosis de egoísmo.

La misma indiferencia con que se mira todo lo que

se refiere al sentimiento, indica la gravedad del mal. No se quiere oír hablar de moral, ni de religión. Se desea vivir libremente, para no tener que preocuparse del deber. Pero las cosas han llegado a tal punto, que es de esperar una gran reacción. El altruismo, por muy adormecido que esté, no puede haber muerto en el hombre. Tarde o temprano lo hemos de ver despertar vigoroso, para efectuar la más profunda regeneración.

Veamos en qué consiste el culto. Considerado positivamente, él es un conjunto de prácticas que perfeccionan el corazón humano. Ellas se establecieron al principio en nombre de los seres que se creía gobernaban el mundo, pero hoy se establecen en nombre de la Humanidad, nuestro verdadero Sér Supremo. Si hemos podido ligarnos a seres ideales, si les hemos rendido ferviente culto, si nos hemos mejorado tratando de asemejarnos a ellos, ¿qué no sucederá con el Gran Sér real, cuya providencia bendita se extiende a todo?

Pero, prescindamos, por ahora, de lo que debemos a la Humanidad, y observemos el culto con relación a nuestro propio perfeccionamiento. Dada la teoría positiva del alma, de que dimos cuenta en el capítulo tercero, el egoísmo es mayor que el altruismo en cada uno de nosotros, y si no estamos constantemente en guardia, si no comprimimos aquél y cultivamos éste, no podremos lograr que prevalezcan los buenos sentimientos. Más aún, hay que empeñarse en for-

talecer el altruismo por un cuidado asiduo de todos los días, de todos los momentos, si no queremos ser esclavos del egoísmo que es tan poderoso. Y ¿cuál será el medio más adecuado para conseguirlo? Ya la Humanidad lo había hallado espontáneamente, fundando el rezo. Algunos dirán tal vez ¿se quiere entonces que nos pongamos a rezar como los católicos? Precisamente; con esta única diferencia, que el rezo positivista es enteramente altruista; pues sólo pedimos a la Humanidad más veneración, más bondad, más coraje para practicar la virtud. Al establecer el rezo, como manera de desarrollar el altruismo, no ignora Augusto Comte que las obras son más eficaces que las palabras para perfeccionarnos. Pero las buenas obras no se pueden practicar cuando se quiere, sino en ocasiones dadas. Y ellas dependen, además, de nuestros sentimientos preexistentes. Conviene, pues, disponer de un medio adecuado para mejorar incesantemente nuestro corazón, excitándolo siempre al bien.

Se critica mucho a Augusto Comte porque ha tomado por modelo al catolicismo en lo que se refiere al culto. Ello proviene de que con el espíritu de odio que hay contra esa doctrina no se sabe reconocerle nada de bueno. Son tantas las preocupaciones a este respecto, que basta que el catolicismo haya prescrito algo, para que sea ello considerado como perjudicial. Convendría deshacerse ya de esa monomanía, que inhabilita para toda contemplación profunda del or-

den social. El catolicismo ha sido elaborado por una serie de hombres superiores, eternos modelos de servidores de nuestra especie.

El genio de Comte, sobreponiéndose a las miras superficiales que hoy desconocen la obra de nuestros antepasados, comprendió que había ahí mucho que aprender y mucho que imitar. Libre de las preocupaciones anti-teológicas y anti-históricas que ciegan a tantos, pudo apreciar la tarea esencialmente humana que realizara el catolicismo, por el intermedio de su gran sacerdocio. Este llevó a cabo, gracias a su profundo conocimiento de nuestra naturaleza, el perfeccionamiento moral más grande que se haya efectuado hasta la fecha.

Para convencerse de eso, bastaría examinar *La Imitación*, que resume en cierto modo el catolicismo. Nunca se había hecho una pintura más fiel y exacta del corazón humano; nunca se habían sondeado tan bien todas sus dolencias y amarguras; y nunca se había indicado con tanta verdad y profundidad la manera de aliviarlo. *La Imitación* es un libro de una bondad infinita, que no tiene igual en la antigüedad, ni en los tiempos modernos.

Augusto Comte, en la alteza de su espíritu, ha comprendido que necesitamos continuar la obra del perfeccionamiento moral. Y por eso el positivismo no teme presentarse como digno heredero de esa doctrina. Las almas verdaderamente virtuosas, que le pertenezcan aún, vendrán al fin a la Religión de la

Humanidad. Y la mujer, que pasó del politeísmo al monoteísmo, pasará con seguridad del monoteísmo al positivismo, porque ella se deja llevar siempre de los mejores sentimientos.

El positivismo está dotado de todos los caracteres de una creencia suprema. Nada de odios para con el pasado. Lejos de maldecir a las otras religiones, como el catolicismo lo hizo con el politeísmo, tiene por todas ellas, sean fetichistas, politeístas o monoteístas, el más profundo respeto, y las considera como sus precursores indispensables, reconociendo los servicios que han hecho a la Humanidad, conforme al tiempo y al lugar. Las mira, en verdad, como diversas tentativas para edificar la obra eterna, que sólo él podía realizar al fin: hermanar a todos los hombres con los mismos sentimientos, con las mismas ideas, con los mismos propósitos.

Es preciso convencerse de que ya no se debe demoler sino edificar. Todavía hay muchos que se ocupan en imitar erróneamente al siglo dieciocho. Lo que tiene de grande ese siglo no es su escepticismo, sino el espíritu de renovación social simbolizado por Diderot y Condorcet. Ese espíritu es el que ha recibido Comte, purificado aún de todo sentimiento destructor respecto del pasado, cerrando el negativismo con su gran doctrina.

Examinemos ahora el rezo. Su esencia es la manifestación de nuestro amor al bien. Por lo tanto, cuando rezamos se perfecciona nuestro corazón, dismi-

nuyéndose su egoísmo y aumentándose su altruísmo. El catolicismo, prescribiendo el uso constante del rezo, ha mejorado notablemente nuestros sentimientos. La gracia, que se pedía a Dios, era obtenida muchas veces, porque con el incesante anhelo de ser virtuoso, se conseguía despertar el propio altruísmo. Y cuando las nobles y santas afecciones llegaban a apoderarse del alma, después de largo ejercicio en el rezo, se creía, a causa del dogma sobrenatural, que ello era efecto de un don de Dios. Tan cierto es que el rezo ha perfeccionado espontáneamente nuestros sentimientos, que, todas las grandes naturalezas del catolicismo recomendaban que no se le diera de mano ni por un momento, aunque nos halláramos en las peores disposiciones, dominados por el más profundo egoísmo. Sabían perfectamente que el rezo había de sacarnos, al fin, de ese marasmo moral en que se cae de vez en cuando.

Pero si el rezo ha mejorado nuestro corazón bajo el catolicismo, lo mejorará más aún bajo el positivismo. Para nosotros, él consiste en la cultura especial de nuestros afectos de apego, veneración y bondad. Nadie ignora que el ejercicio fortifica la inteligencia y el carácter; pero como el orden moral sea hoy tan desconocido, no se quiere convenir que lo mismo ha de pasar con el sentimiento. Y, todavía, si no se cultiva asiduamente nuestro escaso y débil altruísmo nativo, éste desaparece, en cierto modo, bajo el peso del abrumador egoísmo siempre en actividad.

Según nuestro Maestro, "el rezo constituye el ideal de la vida. Pues rezar es a la vez amar, pensar y aún actuar, porque la expresión es una verdadera acción. Jamás pueden hallarse los tres aspectos de la existencia humana tan profundamente unidos como en esas admirables expansiones de reconocimiento hacia nuestra gran Diosa (la Humanidad) o sus dignos representantes y órganos. Ningún motivo interesado vendrá a manchar, de hoy en adelante, la pureza de nuestras efusiones".

Suele decirse que el rezo positivista tiene algo de facticio. Únicamente es facticio lo que carece de raíces en nuestra alma, lo que no corresponde a sentimientos reales. Pero si experimentamos un afecto, es natural que se le manifieste, y esa manifestación reacciona, a su vez, sobre el afecto mismo avivándolo. Tal es la ley de nuestra naturaleza. En ella está basado todo el arte moral, que se empeña en reprimir nuestros malos sentimientos y en estimular los buenos.

Ahora bien, ¿cómo dudar del amor que nos inspira todo lo que es digno de ser amado? ¿Quién no ama a su familia? ¿Quién no ama a su patria? ¿Quién no ama a la Humanidad? ¿Es por ventura facticio ese amor? Y si es un sentimiento real, ¿cómo no hemos de manifestarlo y cultivarlo? Toda la poesía que idealiza a la Familia, a la Patria y a la Humanidad, no es más que la efusión de almas tiernas, generosas, sublimes. Cuando su lectura nos conmueve, rezamos,

en verdad, y nuestro corazón se perfecciona. La música, la pintura y la escultura, siempre que interpreten sentimientos elevados, son también una especie de oración. Reza el compositor que vierte su alma noble en bellas notas, reza el pintor que crea cuadros llenos de dulzura y bondad, reza el escultor que anima el mármol con sus emociones puras y enérgicas. Y todos rezamos cuando oímos esa música y cuando contemplamos esos cuadros y esas estatuas.

Los sentimientos de apego, veneración y bondad que hemos de manifestar por medio del rezo positivista, además de ser reales, exigen una cultura muy esmerada, para poder elevarnos a la verdadera virtud. Esos sentimientos pertenecen a todos los tiempos, como inherentes a nuestra naturaleza, pero están hoy tan descuidados, que la situación actual ofrece el tipo de la más completa inmoralidad. El examen de la poesía, que según Augusto Comte, abarca la arquitectura, la escultura, la pintura, la música y lo que se llama comúnmente poesía, (que comprende la novela, el drama y la epopeya), puesto que todo eso es el reflejo de nuestras emociones, ese examen, digo, bastaría para persuadirnos de que al presente la decadencia moral es extrema. De ahí que se tarde en aceptar la Religión de la Humanidad, que viene a imponer deberes ineludibles. Pero muchos de los obstáculos que encuentra esa sublime doctrina provienen de la falta de verdadero espíritu filosófico en la instrucción actual. Absorbidas por los detalles, las

inteligencias se inhabilitan para las concepciones generales y llegan aún a perder el buen sentido. De ahí que se note hoy a menudo más cordura en las personas incultas que en las letradas. Sin embargo, para comprender bien la Religión de la Humanidad no bastan ni el talento, ni el saber, por grandes que sean: hay que recurrir al corazón, que todo lo penetra.

VIII

INMORTALIDAD POSITIVA DEL ALMA

Desde los tiempos más remotos, los muertos han quedado en la memoria de los vivos. El amor, supremo guía de todas las buenas naturalezas, inmortaliza así el alma humana. Siempre que alguien cumple dignamente su tarea en la Tierra, su nombre, su imagen, sus sentimientos, su espíritu, en una palabra, no muere con su cuerpo. Vive en el recuerdo de todos los que lo han conocido, de todos los que lo han amado, y la misión benéfica que llenara en su vida, se perpetúa después de su muerte. Más aún, la muerte aumenta, en cierto modo, la existencia del hombre. Como que desaparecen con ella las imperfecciones posibles, resaltando sólo las buenas cualidades, que se aprecian entonces mejor que nunca. Todos los rasgos de virtud, de grandeza de alma, todos los méritos, en fin, repartidos en el curso de la vida, se reúnen para embellecer al muerto, que se nos hace más querido todavía que antes, y nos impulsa con más eficacia hacia el bien. Los muertos dirigen así a los vivos.

El que ha amado está seguro de la inmortalidad.

Su alma se transfunde en otras almas. Por eso los padres viven siempre en la memoria de sus hijos, y todos los seres virtuosos en la de los que les sobreviven. La muerte, en vez de matar a los buenos, no hace sino enaltecer su vida. Y cuando los hombres se han distinguido por grandes trabajos, por intentos heroicos, por actos sublimes, sus almas pasan entonces de siglo en siglo, enseñando, aconsejando, inspirando a todas las generaciones. El recuerdo de esas almas durará lo que la Humanidad.

Desgraciadamente, puede acontecer que echemos en olvido la memoria de los muertos; pero entonces estamos gravemente enfermos de la peor de las enfermedades. Nuestro corazón se encuentra, en este caso, profundamente pervertido. Nos hallamos enteramente privados de veneración, el sentimiento moral por excelencia. A nadie respetamos, ni al padre, ni al maestro, ni al magistrado, ni al anciano. El más desmedido orgullo nos devora. La insolencia y el sarcasmo son nuestra regla de conducta. Y como reaccionemos los unos sobre los otros, esa funesta condición moral se propaga rápidamente y toma proporciones inmensas. Ahora pesa sobre la sociedad esa especie de epidemia.

Sin embargo, la mujer se ha visto exenta del contagio; y si el altruísmo se conserva en el mundo, es porque ella lo guarda. Pero no contentos con nuestro propio egoísmo, quisiéramos arrastrar también a la mujer. Bajo el pretexto de emanciparla de su esclavitud

vitud doméstica, la incitamos a que entre en la vida pública, lo que sería poner término a la santa misión de las madres. Desde entonces ya no recibiríamos de nadie esa preciosa educación moral de todos los instantes, que sólo la mujer sabe dar en el santuario del hogar. Por otra parte, se quiere también hacer disoluble el matrimonio, para armonizar mejor, según se dice, la familia. Y ello no conseguiría sino destruirla. Felizmente, el corazón de la mujer se resiste a esas aberraciones, por más que se empeñe el hombre en persuadirla. La increpa de falta de inteligencia, y así ha logrado seducir a las que carecen de ternura. Pero las almas delicadas, nobles, puras, la verdadera mujer, jamás seguirá al hombre en ese camino.

Comencemos por regenerarnos nosotros mismos, saquemos de nuestra alma todas las nociones estrechas, todos los malos hábitos, que nos tienen sumidos en el egoísmo, llenémosla, en cambio, de altos conceptos, de prácticas virtuosas y, entonces, la mujer se juntará con nosotros para no separarse nunca. Ella nos seguirá siempre a un mundo moral superior. Si se mantiene aún en el catolicismo, es porque le repugna la ciencia que sofoca los anhelos del corazón. Pero con la Religión de la Humanidad la situación cambia por completo. Ninguna doctrina ha comprendido mejor el alma humana. Las más elevadas aspiraciones del corazón y las más profundas necesidades de la inteligencia, encuentran bajo su amparo una plena satisfacción.

Sólo el altruismo puede asociarnos, el egoísmo no sabe sino separarnos. No olvidemos que el sentimiento es nuestro único motor, y que los pensamientos y los actos revisten el carácter que él les da. Son pequeños o grandes, bajos o sublimes como el sentimiento que los inspira. Sacudamos el letargo que nos inhabilita para las vastas contemplaciones. Purifiquemos nuestro corrompido corazón, que ya no late para las emociones nobles y santas. Empleemos todas las fuerzas que nos quedan, en reconstituir nuestro sér moral, y librándonos del estrecho egoísmo que hoy nos domina, penetremos animados del más generoso altruismo en la Religión de la Humanidad.

Esta religión afirma la inmortalidad subjetiva del alma, en vez de la objetiva. Y aquí haremos notar lo sobrio que ha sido Augusto Comte de voces nuevas al exponer su gran doctrina. Puede decirse que fuera de las palabras *sociología* y *altruismo*, inventadas por él, y que ya son populares; de los términos *estática* y *dinámica* que ha aplicado a la sociología; y de las expresiones *subjetivo* y *objetivo* de uso frecuente en el positivismo, y que responden a puntos de vista bien reales y muy diferentes, no existe tal vez ninguna voz nueva en la más alta de las creaciones. Ello proviene de que la Religión de la Humanidad, como lo dice su fundador, no es más que el buen sentido generalizado. Pero no nos engañemos; el buen sentido que constituye el verdadero talento,

es muy distinto de la instrucción. Se puede ser relativamente inculto y poseer, sin embargo, esa vista penetrante que hace abarcar las cosas en su conjunto y bajo su aspecto positivo. Las mujeres en su buen sentido, fruto de su altruísmo —pues el corazón ilumina el espíritu— comprenden a menudo profundamente las verdades morales, que son las más difíciles de apreciar. Muchos hombres, con toda su instrucción, no saben percibir las.

Examinemos las palabras *subjetivo* y *objetivo*. Subjetivo, quiere decir, lo que se refiere a la Humanidad; objetivo, lo que responde al mundo exterior. Si bien se mira, existe para nosotros, un gran dualismo, la Humanidad y el mundo; aquélla, el sujeto, éste, el objeto. En ese dualismo, la supremacía corresponde moralmente a la Humanidad, debiendo estudiarse el mundo sólo para servirla. Nuestras meditaciones objetivas han de tener siempre una destinación subjetiva. Por eso el positivismo condena con energía el espíritu enteramente objetivo, que prevalece hoy en el campo científico. La mayor parte de los pretendidos sabios están empeñados en conocer cada vez más el mundo exterior, hasta en sus más nimios detalles, olvidándose por completo de la Humanidad, a la que miran en menos, como una de las tantas producciones de la Naturaleza. Se quisiera llegar a la síntesis objetiva que es imposible, además de antisocial, en vez de ceñirse a la síntesis subjetiva, la sola posible, moral, fecunda. Y casi no se piensa

en lo que nunca debiera perderse de vista, que el conocimiento del hombre es la sola ciencia verdadera, no siendo todas las otras más que su prefacio.

Entiende el positivismo por inmortalidad subjetiva, el recuerdo imperecedero que dejan en el seno de la Humanidad todos sus benefactores. Anda el tiempo, transcurren los siglos, y nunca mueren las grandes naturalezas. Vivas están subjetivamente, y pasan de una generación a otra, en medio de la admiración y el respeto de todos. ¿Quién no conoce a Homero, el Dante, Aristóteles, San Pablo y tantos otros? ¿Qué de millares de personas no conversan con ellos a través de las edades! Y ¿cuántos nobles pensamientos, cuántas grandes resoluciones no han inspirado e inspirarán todavía! Esa existencia, en el seno de la Humanidad, fué siempre la aspiración de todas las almas superiores. Y si preguntamos a cualquiera naturaleza generosa y amante, que se halle al borde de la tumba, cuál es su más íntimo anhelo: "vivir, nos dirá, en el recuerdo de todas las personas que me son queridas, para estimularlas constantemente a la virtud".

He ahí la sola inmortalidad positiva del alma. Ella satisface a los corazones más tiernos, más puros, más elevados. El amor la ha producido como todas las grandes cosas, él enlaza a los hombres entre sí a través del espacio y del tiempo, él forma de todos los pueblos y de todas las generaciones un solo sér, él es, en una palabra, el corazón de nuestra especie.

No es sólo el egoísmo lo que nos impulsa sino también el altruísmo, del cual emanan todos nuestros esfuerzos hacia el bien.

Puestos en suprema contemplación, veremos formarse del conjunto de los seres convergentes en el amor, que han existido, que existen y que existirán, la más grande de las realidades: la Humanidad. En Ella se funden en uno, no sólo todas las naturalezas privilegiadas que cooperan de una manera visible en los destinos de nuestra especie, sino también, la multitud de almas virtuosas que producen silenciosamente tantos bienes. Despiértasenos la más viva gratitud, el más profundo afecto, por ese Sér inmenso y eterno que nos rodea por todas partes. Nos unimos a El, en todo el pasado, en todo el porvenir, en todo el presente. Y penetrados de su inefable bondad, de su providencia infinita, lo glorificamos con el más sublime cántico que haya salido del corazón humano. Helo aquí, adaptado a la fe altruísta.

(IMITACIÓN. Libro III. Cap. V).

—Bendita seas, Humanidad santa, porque me has concedido un poco de bondad, en medio de mi egoísmo, indicándome, así, el camino de la perfección.

Te doy gracias de todo corazón, porque a pesar de mi indignidad, me prestas siempre auxilio y consuelo. Y te glorifico en los siglos de los siglos por tu providencia infinita.

¡Tú eres el sublime objeto de mi amor! Cuando

ocupas mi alma, me siento inundado de las más serenas y profundas emociones.

¡Tú eres la gloria y la alegría de mi corazón!

¡Tú eres mi esperanza y mi refugio en los días de tribulación!

Pero como mi amor es débil todavía, y mi virtud vacilante, necesito ser fortificado y consolado por Tí; visítame, pues, a menudo, y dirígeme con tus divinas instrucciones.

Líbrame de las malas pasiones, y arranca de mi corazón todas sus afecciones indebidas, a fin de que, curado y purificado interiormente, me haga apto para amarte, fuerte para sufrir, firme para perseverar.

Es algo muy grande el amor y un bien superior a todos los bienes. El solo aligera la más pesada carga y hace que se soporten con alma igual todas las vicisitudes de la vida. Más aún, vuelve dulce lo que hay de más amargo.

El amor de la Humanidad es generoso, hace emprender grandes cosas, y excita siempre a lo más perfecto.

El amor quiere estar libre y desprendido de todo sentimiento egoísta, para alcanzar ese grado de suprema virtud en que se transforma en bien el mal mismo.

Nada es más dulce que el amor, nada más fuerte, más elevado, más inmenso, más delicioso; no existe en la tierra nada mejor que el amor, pues él inspira

todas las buenas obras y en él se encuentra el único reposo verdadero de nuestra alma.

El que ama, corre, vuela, siempre está alegre, dispuesto, nada le detiene. Todo lo da porque lo posee todo, y nunca se empobrece, pues el amor se acrecienta con el uso.

El amor carece de límites. Nada le pesa, nada le cuesta, emprende más de lo que puede; y jamás se excusa con lo imposible, porque todo le parece posible.

Y por eso mismo todo lo consigue, y realiza muchas cosas que fatigan y agotan inútilmente al que no ama.

El amor vela sin cesar; durante el sueño mismo está despierto aún.

No hay trabajo que lo canse, ni lazos que lo amarran, ni miedos que lo turben; sino que a manera de viva y ardiente llama sube a lo alto y se remonta seguramente.

El amor es pronto, sincero, piadoso, dulce, fuerte, paciente, fiel, constante, magnánimo y jamás se busca a sí mismo; pues en cuanto se busca uno a sí mismo, deja de amar.

El amor es circunspecto, humilde, justo, sin negligencia ni ligereza, no se ocupa en cosas vanas; es sobrio, casto, firme, tranquilo y siempre vigila los malos instintos.

El que ama de veras, admira y respeta lo ajeno, humilla y desprecia lo propio. Consagrado a la Hu-

manidad sin reserva y lleno de reconocimiento, no cesa de confiar en Ella, aún cuando parezca que se halla abandonado, porque no se vive sin dolor en el amor.

¡Humanidad santa, mi amor! ¡Tú eres toda mía como yo soy todo tuyo! ¡Dilátame en el altruísmo a fin de que yo sepa gustar en el fondo de mi corazón, cuán dulce es amar y fundirse en ese inefable afecto!

¡Que el amor me levante y me arrebate por encima de mi egoísmo con la vivacidad de sus transportes!

¡Que yo te cante el cántico del amor, que yo te siga, Humanidad santa, hasta las alturas de tu gloria, que todas las fuerzas de mi alma se empleen en alabanza tuya y en servirte con el placer más íntimo!

¡Que yo te ame a Tí más que nada, y no por mí sino por causa de Tí, por tus perfecciones sublimes, por tus méritos inapreciables!

¡Y que yo ame en Tí a todos tus hijos que forman parte de Tí por sus virtudes!

IX

CULTO PRIVADO

La obra de perfeccionamiento moral que ha realizado el catolicismo en el pasado y que todavía realiza en el presente, es debida, por completo, a su culto y de ninguna manera a su dogma. Son sus preceptos, sus oraciones y sus sacramentos, lo que ha concurrido a santificar las almas y lo que aún influye en la mujer y el niño. Este es el lado verdaderamente grande del catolicismo, y el que ha preocupado siempre a las naturalezas sacerdotales. Hoy mismo es muy fácil conocer a las mejores almas del catolicismo, en las que prefieren la moral a la teología. A ese respecto, descuellan todas las madres que crían a sus hijos en la virtud, dándoles nobles ejemplos y santos consejos. Y los buenos predicadores, apenas si hablan de teología y se dilatan en la moral.

Ese modo de apreciar el catolicismo, que responde a la realidad de las cosas, ha surgido por vez primera en el genio incomparable de Augusto Comte. Antes de él, a nadie se le había ocurrido semejante interpretación. Pero si ya tenemos la clave de los bene-

ficios del catolicismo, no se debe olvidar que es preciso reemplazarlo. Se objetará tal vez a nuestro Maestro: "si reconocéis que el catolicismo es capaz de moralizarnos, ¿por qué no lo mantenéis? ¿A qué empeñaros en formar una nueva religión?" Por la razón evidente de que si la moral del catolicismo es buena, el dogma es indemostrable, y cuando se rechaza éste, se suele rechazar también aquélla. Esto se ve casi todos los días. Al dejar el dogma del catolicismo, dejamos comúnmente su moral.

Nuestra educación debe ser armoniosa. Los sentimientos y las ideas de la infancia han de constituir los gérmenes, los antecedentes de los sentimientos y las ideas de la edad madura. No ha de haber contradicciones en el curso de nuestra vida moral e intelectual. La esposa debe participar de la misma creencia que el esposo, el hijo de la misma que el padre. Una sola religión ha de reunir a las diversas familias dentro de la Patria y a las diversas patrias dentro de la Humanidad. Y como bajo el catolicismo eso era irrealizable, Augusto Comte ha fundado el positivismo.

Entremos ahora al culto privado. Este se divide en culto personal y en culto doméstico. El culto personal se refiere a nuestro propio perfeccionamiento íntimo, que consiste en el predominio del altruísmo sobre el egoísmo. Desde Pitágoras hasta Franklin, todas las almas superiores han practicado espontáneamente el riguroso examen diario de conciencia,

para mejorarse moralmente. Pero hoy se halla tan desatendido lo que se refiere al sentimiento, que son muy pocos los que se miran por dentro. Ese descuido engendra las más graves consecuencias. Como el egoísmo sea naturalmente más fuerte que el altruísmo, sin un esfuerzo diario para poner a éste sobre aquél, nuestros sentimientos, nuestros pensamientos y nuestros actos seguirán el rumbo del mal. Y desde que se toma ese camino, es muy difícil retroceder. La fuerza de nuestros instintos egoístas, robustecida por el hábito, nos arrastra, siendo desoída la voz del altruísmo que de vez en cuando resuena en el fondo del alma. Se llega a perder así, por grados, todo criterio moral, y, completamente pervertidos, amamos el vicio y odiamos la virtud.

Sin embargo, el examen diario de conciencia no basta, por sí solo, para nuestro perfeccionamiento moral. Fuera de que podría tal vez excitarnos la vanidad, él no consigue encender nuestro altruísmo, que requiere una cultura especial. De ahí que Comte establezca los *ángeles guardianes*, a fin de despertar constantemente nuestros sentimientos de apego, veneración y bondad. Se ha dicho, con ese motivo, que nuestro Maestro había vuelto a la teología. Pero tal cargo sólo puede partir de los que no han estudiado bien la gran doctrina. Comprendemos que se le hiciera semejante reproche, si Augusto Comte hubiera supuesto la existencia real de esos ángeles en un mundo distinto del nuestro. Mas, él dice, terminan-

temente, que los ángeles guardianes, en la Religión de la Humanidad, son la madre, la esposa y la hija. Esos tres seres, verdaderos tipos de perfección moral, rodean a cada hombre, formándole una especie de mundo ideal. Ahí surgen las más puras, las más bellas emociones de nuestra alma, que nos impulsan después a las cosas grandes, sublimes. Nada inspira tanta veneración como el recuerdo de una madre, nada tanta ternura como el recuerdo de una esposa, nada tanta bondad como el recuerdo de una hija. Por eso debemos adorar cotidianamente, en nuestro altar doméstico, a esos tres ángeles; y es sabido que ni la muerte puede privarnos de ellos, pues quedan vivos subjetivamente en nuestra alma, y nos son aún más queridos que antes.

Para elevarnos al amor de la Humanidad, es menester pasar por el amor de la familia. La madre, la esposa y la hija personifican, en cierto modo, el pasado, el presente y el porvenir de la Humanidad. No es posible respetar el pasado, si no se ha venerado a la madre; ni querer al presente, si no se ha amado a la esposa; ni trabajar generosamente, por el porvenir, si no se ha idolatrado a la hija. Nuestro corazón se forma, pues, en el culto personal. Y si queremos trabajar con eficacia en nuestro perfeccionamiento moral, tarea primordial de toda alma noble, debemos rezar tres veces cada día, según el consejo de Augusto Comte. El rezo de la mañana tiene por objeto prepararnos a nuestra función social, disponiendo nues-

tro corazón a la virtud, con el recuerdo y la adoración de los ángeles guardianes. El rezo de la noche, que se acompaña con el examen de la conducta observada en el día, debe ser una manifestación de gratitud a esos mismos ángeles y un generoso anhelo de que el altruísmo prevalezca en el sueño. Por lo que hace al que se practica entre los dos, será más corto que ellos, y tiene por objeto reconcentrarnos un momento, en medio de nuestra labor, a fin de despertar los buenos sentimientos que suelen dormirse bajo el peso de los esfuerzos teóricos o prácticos.

Una vez que se comprende el culto personal, es fácil darse cuenta del culto doméstico, que liga la vida privada a la vida pública. Este culto tan exento de teología como el culto personal, se compone de nueve sacramentos sociales, a saber: *la presentación, la iniciación, la admisión, la destinación, el matrimonio, la madurez, el retiro, la transformación y la incorporación.* El primero, *la presentación*, ha sido practicado por todas las religiones. Su objeto, en el positivismo, es que los padres contraigan, ante el sacerdocio, el compromiso formal de educar al recién nacido en la Religión de la Humanidad. En este sacramento, el positivismo toma del catolicismo la noble institución de los padrinos, que deben suplir a los padres si llegaren a faltar. Hasta los catorce años el niño será educado por los padres, y, en especial, por la madre. A esa edad tiene lugar *la iniciación*, en virtud de la cual el hijo es confiado al sacerdocio

para que reciba de él la enseñanza teórica, que comprenderá las siete ciencias fundamentales: matemática, astronomía, física, química, biología, sociología y moral. Esa enseñanza durará hasta los veintiún años. Entonces se administra el sacramento de la *admisión*, a los que estén suficientemente preparados. Desde los veintiún años se ensaya el joven en la vida, con el objeto de encontrar su verdadera vocación; y a los veintiocho recibe el sacramento de la *destinación*. Este sacramento sólo se había administrado hasta aquí, a los que desempeñaban ciertas funciones superiores, en la ordenación de los sacerdotes y en la consagración de los reyes; pero bajo el positivismo, en que todas las funciones son sociales, todas ellas, desde las más humildes hasta las más altas, son dignas de la *destinación*. Después de la *destinación* viene el *matrimonio*, entre los veintiuno y los veintiocho años para la mujer, y entre los veintiocho y los treinta y cinco para el hombre, como regla general.

El objeto de esta institución, según el positivismo, es el perfeccionamiento recíproco de los esposos. Si el matrimonio comenzó por la poligamia para llegar a la monogamia, que fué sancionada por el catolicismo, el positivismo avanza todavía más, estableciendo la indisolubilidad, aún después de la muerte de uno de los cónyuges.

Esta modificación, introducida por el positivismo en el matrimonio, ha sido realizada siempre espon-

táneamente por las naturalezas amantes, mereciendo la simpatía, el respeto y la admiración de todo el mundo. Y, en verdad, las personas que bien se quieren no pueden pasar a segundas nupcias. El vivo guardará la memoria del muerto; y la sola idea de un segundo matrimonio le parecerá una infidelidad. La promesa de viudez eterna, que harán los novios positivistas al contraer su enlace sacramental, será precedida un mes antes del matrimonio civil por la promesa de la castidad durante los tres meses que lo separan del matrimonio religioso. La consagración del acto más importante de nuestra vida doméstica, toma así un carácter imponente de grandeza moral. El más elevado altruísmo viene, pues, a embellecer, en la Religión de la Humanidad, una institución que se había considerado, sobre todo desde el punto de vista material.

Después del matrimonio viene la *madurez*, a los cuarenta y dos años. Hasta aquí se pueden perdonar muchos yerros, que no serían excusables en adelante. El hombre entra, a esa edad, en el período de la plena responsabilidad, en que debe tratar de cumplir su misión, de modo que merezca después de su muerte la incorporación en la Humanidad. A los sesenta y tres años se administra el *retiro*. Es muy justo que el hombre descanse en su vejez, cuando ha llenado dignamente su función social. Libre entonces del trabajo activo, se consagra al consejo, a que lo tienen predispuerto su edad, su experiencia y sus servicios.

Ya eso se ha realizado, por influjo de espontáneo sentimiento social, en las funciones que dependen del Gobierno, donde se practica la jubilación, bosquejo del sacramento positivista. Pero la religión final, que subordina sistemáticamente todo el orden humano a la moral, extiende el *retiro* a las diversas funciones sociales, sean o no gubernativas.

Al *retiro* sucede la *transformación*. Este sacramento viene a reemplazar la extraña ceremonia de la extremaunción, en que el catolicismo, obedeciendo al carácter antisocial de su dogma, aparta al moribundo de todas las afecciones humanas, para llevarlo al tribunal de Dios. En la *transformación*, el sacerdocio de la Humanidad, "mezclando" —son palabras de Comte— "los pesares de la sociedad a las lágrimas de la familia, aprecia dignamente el conjunto de la existencia que se acaba. Como haya obtenido las reparaciones posibles, hace esperar, a menudo, la incorporación subjetiva, pero sin comprometer jamás un juicio que no está maduro todavía".

Siete años después de la muerte, tiene lugar la *incorporación*. Este, que es el último de los sacramentos, consiste en un juicio solemne, cuyo bosquejo suministra la teocracia a la sociocracia. Cuando el muerto fuere considerado digno de ser incorporado en la Humanidad, sus restos serán conducidos del cementerio civil al bosque sagrado, que ha de rodear cada templo del verdadero Sér Supremo.

Los nueve sacramentos positivistas tienen, pues,

todos un carácter profundamente social, sin mezcla alguna de teologismo. Ellos nos llevan desde la cuna a la tumba y forman la serie de etapas que hemos de recorrer en la vida para incorporarnos en la Humanidad.

X

CULTO PUBLICO

Entre los varios defectos morales que ha producido la lucha contra el catolicismo, no es el menos grave ese espíritu de ironía, tan común hoy, que se mofa de todo lo que es noble y grande, a tal punto, que se podría pensar que hay empeño en acabar con la virtud. Creemos, sin embargo, que muchos se extravían inconscientemente; pues, no es posible suponer que abriguen el propósito de pervertir a sus hijos. Y, en verdad, nada corrompe tanto el corazón de un niño, como el oír de la persona que más respeta, de la que es su modelo necesario, esa perpetua burla que todo lo denigra. Pero el daño que se hace con la ironía transpone los límites de la familia. Como ella parta del instinto destructor, que es tan fuerte en cada uno de nosotros, encuentra eco en los demás, excitándolos a la imitación. La ironía pasa así de alma en alma, secando los sentimientos dignos y generosos. Si algunos los conservan, tratan de disimularlos, para no ser blanco de bromas; sucediendo, al fin, que llegan a perderlos por falta de expansión.

Los hombres no se reúnen entonces para comunicarse su altruísmo; las grandes manifestaciones sociales que tanto realzan la naturaleza humana, son imposibles; y sólo se ve el triste espectáculo de la asociación del odio, de partido a partido y de nación a nación.

La Religión de la Humanidad viene a remediar ese funesto estado de cosas. Con el culto personal nos reprime el egoísmo y nos dispone al altruísmo; con el culto doméstico nos liga dignamente a la vida social. Ya tratamos de uno y otro en el capítulo anterior. Preparados por el culto personal y el doméstico nos eleva, en seguida, la Religión de la Humanidad al culto público que examinaremos ahora.

Pero hagamos primero algunas consideraciones sobre el calendario. A nadie se le puede ocultar que los beneficios de esa institución son incalculables. Ella importa la medida del tiempo y nos permite fijar nuestros trabajos, nuestros proyectos, nuestros recuerdos y nuestras esperanzas. El calendario actual se ha establecido después de muchos siglos de ensayos. Al principio se contaba el tiempo por días, en seguida se imaginó la semana, luego se empleó el período lunar, en fin, el período solar. Este último período ha pasado por varias modificaciones, hasta llegar al calendario gregoriano, en que los años ordinarios se componen de trescientos sesenta y cinco días, y los bisiestos de trescientos sesenta y seis. En este calendario, como es sabido, el año se divide en meses, que recuerdan los antiguos períodos lunares,

el mes en semanas, y éstas, en días. Pero los meses son desiguales, como que unos constan de treinta días, otros de treinta y uno, y el mes de Febrero ya de veintiocho, ya de veintinueve días. Además, las semanas no coinciden con los meses.

Esa irregularidad de los meses y esa falta de correspondencia con las semanas, que no dejan de tener sus inconvenientes, se hallan salvadas con el año positivista, introducido por Augusto Comte. En vez de dividir el período solar en doce meses, nuestro Maestro lo divide en trece, compuestos todos de veintiocho días, distribuídos en cuatro semanas exactas. Al día que sobra en los años ordinarios, le da la denominación de *día de los muertos*, y lo consagra a su recuerdo solemne. Y al que le sigue en los años bisiestos lo llama *el día de las Santas Mujeres*, y lo dedica expresamente a su memoria. Esos dos días, ajenos a los trece meses, finalizarán el año, en calidad de días extraordinarios. Con el año positivista queda, pues, perfectamente regularizado el tiempo.

Augusto Comte conserva la denominación de los días de la semana del antiguo calendario, porque recuerdan el fetichismo, el politeísmo y el monoteísmo, las tres fases religiosas que ha recorrido la Humanidad, antes de llegar al positivismo. Pero en cuanto a los nombres de los meses, que son completamente arbitrarios y que nada significan, los reemplaza con los nombres de las consagraciones religiosas propias de cada uno de ellos, conforme al culto público.

Esas consagraciones son: *a la Humanidad, al matrimonio, a la paternidad, a la filiación, a la fraternidad, a la domesticidad*, que forman los lazos fundamentales del hombre y que ocupan los seis primeros meses, según el orden de enumeración: *al fetichismo, al politeísmo, al monoteísmo*, que representan el desenvolvimiento fundamental de nuestra especie, hasta llegar al positivismo, y que llenan el séptimo, el octavo y el noveno mes; *a la mujer, al sacerdocio, al patriciado, y al proletariado*, que constituyen las funciones de providencia moral, intelectual, material y general, y que corresponden a los cuatro últimos meses. He ahí el culto sociolátrico del positivismo.

Dejemos hablar al Maestro: "El año se abrirá con la más augusta de las solemnidades, adorando directamente al Gran Sér (la Humanidad) del cual somos hijos y servidores. Su naturaleza compuesta y subjetiva, su existencia fundada en el amor, y su sumisión al orden que mejora, se hallarán estéticamente caracterizadas en esa fiesta inicial, en que todas las almas renovarán dignamente su activa consagración al perfeccionamiento universal. Este comienzo sintético, que no dejará de honrar convenientemente las especies auxiliares, se desenvolverá por la celebración especial de los diversos modos o grados propios de la unión humana en los cuatro domingos del primer mes. Se comienza glorificando la asociación universal, fundada sobre la fe demostrable, única ple-

namente religiosa, pero salida de una preparación a la cual concurrieron todas las creencias. Se celebra en seguida, la más vasta de las uniones parciales, la que, vuelta esencialmente subjetiva, queda objetivamente caracterizada por una lengua común, entre naciones sujetas en otro tiempo al mismo gobierno. El tercer domingo, la fiesta de la patria glorifica la plenitud del lazo político a fin de cultivar mejor la afección cívica. En fin, el último día del mes de la Humanidad, honra la asociación elemental de las familias en la comuna propiamente dicha, cuya feliz denominación expresa el grado más íntimo de la unión activa”.

“Durante el segundo mes, donde se concentrará el quinto sacramento, el lazo conyugal será celebrado en todos sus modos. El primer domingo honrará el matrimonio completo, haciendo apreciar cuán consolidada y desenvuelta se halla la armonía de los esposos por su digno concurso a la santa función que les está confiada respecto del hijo de la Humanidad. Pero la fiesta siguiente caracterizará mejor la verdadera naturaleza de la unión conyugal, glorificando la perfección superior del casto lazo en que la pura identificación de las almas reservará la procreación humana a las parejas más aptas para efectuarla... El tercer domingo se consagrará a la unión, verdaderamente excepcional, que no es susceptible sino de una imperfecta armonía, en virtud de la falta de conformidad, que será más relativa a la edad que al ran-

go, y nunca a la riqueza, dada la supresión de toda dote para la mujer (que en la sociocracia debe ser alimentada siempre por el hombre). El mes del matrimonio se terminará con la celebración especial del lazo subjetivo procedente del compromiso de la viudez, en que se hará apreciar lo indispensable de esa perpetuidad del matrimonio para la adoración sincera del Gran Sér, compuesto esencialmente de muertos. Quien fuere incapaz de vivir idealmente con el mejor objeto de su ternura, sería con mayor razón inapto para sentir y aún para comprender el conjunto de los predecesores y de los sucesores”.

“Una explicación común puede bastar aquí respecto de los tres meses siguientes, dada la conformidad natural de las relaciones paternas, filiales y fraternales, a las cuales están respectivamente consagrados. Me limito, pues, a especificar la descomposición del primer caso, el más importante y el mejor caracterizado, pero invitando al lector a transportar convenientemente al cuarto y quinto mes las subdivisiones del tercero. La celebración del primer domingo se refiere a la paternidad completa y natural, única enteramente normal, en que la afección por el hijo reposa, por decirlo así, en la ternura hacia la madre, dada la insuficiencia de semejante instinto en el sexo activo. El segundo domingo glorifica el lazo voluntario, si bien completo, procedente de una digna adopción aún respecto de un adulto, enteramente extraño a la familia ... En el tercer domingo

se celebra la paternidad voluntaria, pero incompleta, que resulta de los lazos espirituales, cuyo desarrollo decisivo pertenece al régimen en que cada cual ha de verse iniciado durante siete años por un mismo sacerdote de la Humanidad. A pesar de la menor plenitud del patronato temporal, su digna glorificación terminará este mes . . .”

“Consagrando a la domesticidad el conjunto del sexto mes, el culto de la Humanidad hará resaltar convenientemente una institución que, destinada a completar la familia ligándola a la sociedad, no podía adquirir su verdadero carácter mientras persistió la servidumbre. Desde la liberación personal, la anarquía occidental no ha permitido nunca una digna apreciación de ese lazo necesario (la domesticidad) igualmente desconocido por el orgullo de los grandes y la insubordinación de los pequeños. Pero el conjunto de una existencia en que todos se honren de *servir* (como que todos somos sirvientes unos de otros, salvo los seres inútiles y perjudiciales) debe hacer respetar las familias, que para concurrir mejor a la conservación y al perfeccionamiento del Gran Sér (la Humanidad) se consagran de buen grado a secundar personalmente a sus intérpretes o a sus ministros”.

Cortamos aquí la palabra del Maestro, porque lo transcrito basta para tener una idea del culto público del positivismo. El genio incomparable de Augusto Comte nunca estuvo mejor inspirado que cuando se

elevó a la concepción religiosa. El ha fundado una doctrina perfectamente demostrable. Pero, para comprenderla, no basta estudiarla con la inteligencia, sino también con el corazón. Entonces no podrá menos de reconocerse que el culto privado y el culto público de la Religión de la Humanidad corresponden a un propósito tan real como sublime: idealizar la existencia humana para mejorarnos moralmente y armonizar cada vez más el orden social.

Como preparación del calendario definitivo que se usará en el régimen normal, Augusto Comte ha hecho un calendario provisional, en que los trece meses llevan los nombres de los más ilustres representantes de la Humanidad. *Moisés*, simbolizando la teocracia, inicia el año, y le siguen: *Homero*, la poesía antigua; *Aristóteles*, la filosofía antigua; *Arquímedes*, la ciencia antigua; *César*, la civilización militar; *San Pablo*, el catolicismo; *Carlomagno*, la civilización feudal; *Dante*, la epopeya moderna; *Gutenberg*, la industria moderna; *Shakespeare*, el drama moderno; *Descartes*, la filosofía moderna; *Federico*, la política moderna; *Bichat*, la ciencia moderna. A cada uno de esos hombres ilustres, le están subordinados en su respectivo mes, cuatro que le suceden en mérito, jefes de las cuatro semanas, cuyos días son dedicados a personas menos notables. Así el mes de Aristóteles tiene de jefes de semana, a Tales, Pitágoras, Sócrates y Platón. La era para el calendario provisional es la revolución francesa de

mil setecientos ochenta y nueve. Cuando prevalezca el calendario definitivo, la éra será el año de 1855, indicado por el Maestro como el de la plena fundación de la Religión de la Humanidad.

El culto público que el positivismo establece puede reunir a todos los hombres y a todos los pueblos con las mismas aspiraciones, con el mismo ideal. Es menester conservar la religión, a fin de salvar la moral. La honda inmoralidad que se ha extendido por el mundo reviste hoy proporciones inauditas. La vida privada y la vida pública están minadas por el más incalificable egoísmo. Se ha llegado a proclamar, como el verdadero ideal, la lucha por la existencia, en que el más fuerte tiene que destruir al más débil. ¡Tan extraviado se halla el corazón del hombre por la falta de religión!

Felizmente, Augusto Comte ha construido la Religión de la Humanidad. Esta doctrina viene a regenerar profundamente el orden social y moral. La vida privada y la vida pública, a influjo de su santo aliento, aparecerán purificadas y engrandecidas. El triunfo de la fe altruísta es seguro, porque los sentimientos generosos de que está dotado el hombre, si suelen amortiguarse, nunca pueden extinguirse. Son esos sentimientos los que han realizado en el mundo todas las grandes cosas; y bajo su inspiración se llegó a imaginar la Ciudad de Dios.

Esos mismos sentimientos generosos mejor guiados, nos hacen concebir ahora la Ciudad de la Hu-

manidad, en que todos los habitantes del planeta estarán ligados por el altruismo. Corresponde a las almas puras, nobles y enérgicas dedicarse a su edificación, profesando la doctrina fundada por Augusto Comte y esparciéndola con el ejemplo y la palabra. Así serán convertidas todas las naturalezas susceptibles de altruismo, pues el contagio de la virtud vence al fin los mayores obstáculos. Y cuando la gran doctrina predomine en la Tierra, la ciudad de la Humanidad se habrá realizado. Entonces, terminadas las diferencias y las guerras entre los pueblos, unidos ya por la misma religión, el culto público del positivismo será la expresión común del amor universal.

XI

DOGMA POSITIVO

El positivismo subordina la actividad y la inteligencia al sentimiento. Justo es que se desarrolle el espíritu y el carácter, pero que sea con el objeto de auxiliar al corazón. ¿Qué destino más funesto que el vernos activos e inteligentes si fuéramos inmORALES? La energía y el talento han de ser, pues, los servidores del bien. La moral debe regirlo todo.

Augusto Comte dió el nombre de *positivismo* a la primera parte de su doctrina, para significar la realidad que la caracteriza. La palabra, que se creyó infeliz en un principio, hizo luego su camino, y se halla ahora en alto honor, como sinónimo de verdadera filosofía. Cuando el Maestro completó después su obra, fundando la Religión de la Humanidad, le mantuvo el nombre de *positivismo*, agregando así a esta palabra el sentido de moralidad. A medida que se extienda y se arraigue la doctrina definitiva, se hará la palabra *positivismo* cada vez más respetable, como expresión característica de verdad y de bondad.

Hoy desagradan mucho los términos de que se ha

servido la teología, y, en especial, la palabra *religión*. Ese espíritu anti-teológico manifiesta claramente que son pocas las personas que se dan cuenta exacta de lo que ha sido en el fondo la teología. No se sabe aún comprender lo que Augusto Comte ha demostrado incontestablemente, que ella es un producto espontáneo del hombre. Lejos de indignarnos contra la teología, debemos mirarla con simpatía respetuosa por los servicios que ha prestado. Y en cuanto a las voces que ella empleara en noble sentido, ¿por qué había de rechazarlas el positivismo, que, como doctrina demostrable y definitiva, sabe servirse sin prevención alguna de toda la experiencia de la Humanidad? Nuestro Maestro se apropia, pues, entre varias otras, la palabra *religión*, que los negativistas quisieran ver abolida. Esa palabra, a juicio de Comte, es tal vez el mejor formado de todos los términos humanos, como que ella indica el doble lazo que requiere el estado de completa unidad a que debemos aspirar. Eso lo han tratado de realizar todas las religiones, *ligando* el interior por el amor y *religándolo* al exterior por la fe. Y eso mismo viene a hacer de una manera más completa todavía el positivismo, por lo que toma con justicia el nombre de religión. El lazo interior, según esta doctrina, es la subordinación del egoísmo al altruísmo, y el lazo exterior es el orden de la Naturaleza al que todos estamos sometidos.

Nos hallamos, en general, tan mal dispuestos pa-

ra cuanto importe una disciplina de nuestros sentimientos, de nuestros pensamientos y de nuestros actos, que desatendemos la Religión de la Humanidad. Antes que someternos a esta doctrina, preferimos que el trastorno y la inmoralidad se extiendan por el mundo. Más todavía, queremos a toda costa llevar vida independiente, sin lazos de ningún género; y miramos el orden, sea individual, sea colectivo, como una esclavitud. Con semejante estado de ánimo no es posible llegar a una buena educación personal, ni a una verdadera organización social. Pero eso desaparecerá, tarde o temprano, bajo el benéfico influjo de la misma Religión de la Humanidad.

Pasemos a tratar del dogma de esta Religión. El es formado por el conjunto de las siete ciencias fundamentales, a saber: matemática, astronomía, física, química, biología, sociología y moral, que abarcan todo el orden de la Naturaleza. Nada existe fuera de ellas. Augusto Comte hizo en su Sistema de Filosofía Positiva una primera clasificación de las ciencias, que no comprendía la moral. Esa es la forma en que se la conoce generalmente. Pero a esa clasificación le faltaba un elemento capital, y el genio de Comte, que iba siempre ascendiendo, no tardó en agregarle la moral, la ciencia de los deberes, la más importante de todas.

Los positivistas incompletos sólo aceptan la primera clasificación, sin fijarse en que la doctrina de Comte sería, en esa forma, insuficiente. Es cierto

que con esa clasificación prestó Comte un gran servicio, sacando la ciencia de la especialidad en que se hallaba y elevándola a la generalidad, lo que la convirtió en filosofía. Pero ello no basta y en el último tomo del Sistema de Filosofía Positiva ya aparece la idea de la supremacía de la moral, que preocupaba al más ilustre de los maestros, aunque todavía no la hubiera formulado de un modo preciso. Meditando cada vez más sobre la cuestión, llegó a constituir la moral en ciencia distinta, y le dió la supremacía. Fué entonces cuando declaró que la Síntesis del saber humano debe ser subjetiva, lo que no ha podido ser comprendido por algunos discípulos de la primera hora.

¿Qué entiende Comte por Síntesis Subjetiva? Aquella que hace centro a la Humanidad de todos nuestros conocimientos, es decir, que los refiere a Ella todos. Esa síntesis es la única que debe prevalecer. Si hubiéramos de empeñarnos en formar una síntesis puramente objetiva, nunca llegaríamos por una parte a conseguirlo, y, por otra, nos alejaríamos de mejorar la suerte del hombre, que ha de ser el fin de nuestras meditaciones. De ahí que Comte establezca que la matemática, la astronomía, la física, la química, la biología y la sociología han de estudiarse con el objeto de llegar a la moral; lo que importa una verdadera destinación para cada una de esas ciencias. Todas ellas deben cultivarse bajo la disciplina subjetiva, que fija a cada una su campo de

acción. En una palabra, la moral absorbe todas las demás ciencias, reglándolas.

La teoría positiva de la naturaleza humana sirve de apoyo a la síntesis subjetiva. Según esa teoría, nuestra alma se compone de sentimiento, inteligencia y actividad. El sentimiento es formado de egoísmo y altruísmo. La inteligencia y la actividad pueden servir al uno o al otro. Los pensadores, que desconocen esa teoría, preconizan el móvil del interés personal. Pero Augusto Comte establece, basado en ella, que el egoísmo debe subordinarse al altruísmo, y que éste ha de ser servido por la inteligencia y la actividad. Y eso lo establece no sólo en nombre del deber, sino también en nombre de la felicidad. En efecto, la verdadera felicidad sólo nace de los sentimientos de apego, veneración y bondad. Los placeres puros son extraños al egoísmo. Ello es un hecho comprobado por la historia entera del género humano. El deber y la felicidad están, pues, de acuerdo.

Desde el punto de vista subjetivo, nuestro Maestro formuló una trinidad positiva, que ha suscitado grandes protestas de parte de algunos espíritus, que lo tachan de haberse lanzado en plena teología. Eso no es, dicen, más que una copia del catolicismo. Desde luego, la trinidad católica nada tiene de repugnante para Augusto Comte, que sabe penetrar hasta el fondo de las cosas, y que ve en ella una idealización espontánea de la naturaleza humana. Lo que determina el carácter erróneo de esa trinidad, es la su-

posición de la existencia extraña y misteriosa de los atributos afectivo, intelectual y activo que pertenecen de hecho a la Humanidad. En cuanto a la trinidad positiva que establece Comte, la constituyen el Gran Medio, el Gran Fetiche y el Gran Sér. Nada hay de arbitrario en esa creación del Maestro. A la verdad, el Gran Medio no es más que el espacio, concepción subjetiva de nuestro espíritu, donde se verifican todos los fenómenos; el Gran Fetiche es la Tierra, verdadero hogar del género humano, en el que han vivido nuestros antepasados y en el que vivirán nuestros descendientes; y el Gran Sér es la Humanidad. Esa trinidad no hace sino coordinar los sentimientos, los pensamientos y los actos del hombre, tomando en cuenta su propia naturaleza y las condiciones en que vive. El amor, base indispensable de toda existencia feliz, debe extenderse al Espacio, a la Tierra y a la Humanidad, que forman el conjunto de nuestras verdaderas relaciones.

Refiriéndose a la trinidad positiva, Comte ha convertido la clasificación de las ciencias de septena en ternaria. A la matemática le dió el nombre de LÓGICA; a la astronomía, la física y la química juntas, las llamó FÍSICA; a la biología, la sociología y la moral, las reunió bajo el solo término de MORAL. La Lógica se aplica al Espacio, la Física a la Tierra y la Moral a la Humanidad. Pero lo que hay de más notable en esta nueva labor del Maestro, es la transformación de la matemática en la lógica, que él define así en

su SÍNTESIS SUBJETIVA (1): *El conjunto normal de los sentimientos, de las imágenes y de los signos para inspirarnos las concepciones que convengan a nuestras necesidades morales, intelectuales y físicas.* ¿Cómo, se dirá, puede llenar esas condiciones la matemática, que es enteramente ajena al sentimiento? Tal cual se encontraba hasta Augusto Comte, así era en efecto. Más él la ha regenerado por completo. Se creía que la matemática sólo servía para ejercitar la deducción, pero el Maestro le incorporó los métodos surgidos en las ciencias superiores, a saber, la clasificación, la comparación y la filiación. Hizo notar, además, que las primeras nociones de la matemática son necesariamente inductivas. Y teniendo especialmente en vista la sencillez de sus operaciones, la convirtió en el tipo del verdadero trabajo mental, que estriba en *inducir para deducir a fin de construir*. Con eso le quita su sequedad a la matemática y la dignifica. Pero animando de simpatía el Espacio, en que se ejercita esa ciencia, el Maestro ha hecho aún más nobles y fáciles sus operaciones.

Los que se empeñan en sostener que la Religión

(1) SÍNTESIS SUBJETIVA o *Sistema universal de las concepciones propias al estado normal de la Humanidad*. Desgraciadamente esta obra de Augusto Comte ha quedado inconclusa. Ella debía constar de tres partes: "Sistema de Lógica Positiva"; "Sistema de Moral Positiva"; y "Sistema de Industria Positiva". El Maestro no pudo terminar más que el Sistema de Lógica Positiva o tratado de filosofía matemática.

de la Humanidad es teológica, aducen como la prueba más decisiva, la *utopía de la Virgen Madre*, de la que ha hecho Augusto Comte el resumen ideal de su gran doctrina. Pero no prestan atención a la circunstancia capital de que nuestro Maestro ha transformado en posibilidad humana lo que se había creído una realidad teológica. Si se supiera leer la historia de nuestra especie, se comprendería lo bien inspirado que ha estado Augusto Comte al resumir su doctrina en la utopía de la Virgen Madre. En todos los tiempos se ha puesto en la virginidad el más alto grado de perfección, mirándosela con sumo respeto y admiración. La mejor imagen que haya podido concebir el hombre de la belleza moral, es la de una mujer virgen. Condensando ese sentimiento universal del género humano, la Edad Media creó la dulce Diosa de los caballeros. Al recibir la herencia de todas las nobles aspiraciones del pasado, establece el positivismo la *utopía de la Virgen Madre* como el límite ideal de nuestro perfeccionamiento. Y esa utopía, además de sintetizar felizmente nuestra doctrina, que hace del altruísmo el gran fin de la vida, constituye una verdadera personificación de la Humanidad, que sólo puede ser dignamente representada bajo la más pura y santa forma femenina.

Completaremos ahora la idea que hemos dado del dogma positivo, transcribiendo las quince leyes, instituidas unas y generalizadas otras por Comte, y que sirven de preámbulo sistemático a la jerarquía

de las ciencias. Esas quince leyes vienen a llenar el desideratum de Bacon, de una filosofía primera, que pudiera ser como la clave de todos nuestros conocimientos. Ellas se distribuyen en tres grupos. El primero se compone de las siguientes: 1.^a formar la hipótesis más sencilla y más simpática que admita el conjunto de los datos por representar; 2.^a concebir como inmutables las leyes cualesquiera que rigen los seres según los acontecimientos; 3.^a todas las modificaciones del orden universal se reducen a la intensidad de los fenómenos, permaneciendo inalterable su arreglo. El segundo grupo se subdivide en dos, de tres leyes cada uno, que, siguiendo el orden de las anteriores, son: 4.^a subordinar las construcciones subjetivas a los materiales objetivos; 5.^a las imágenes interiores son siempre menos vivas y menos netas que las impresiones exteriores; 6.^a toda imagen normal debe ser preponderante sobre las que la agitación cerebral hace surgir simultáneamente. Ese es el primer subgrupo. He aquí el segundo: 7.^a Cada entendimiento presenta la sucesión de tres estados: ficticio, abstracto y positivo, respecto de las concepciones cualesquiera, con una velocidad proporcionada a la generalidad de los fenómenos correspondientes; 8.^a la actividad es primero conquistadora, después defensiva y, por último, industrial; 9.^a la sociabilidad es primero doméstica, después cívica y, por último, universal, según la naturaleza propia de cada uno de los tres instintos simpáticos. El tercer

grupo se subdivide a su vez, como el anterior, en dos, de tres leyes también cada uno, que son, siguiendo la enumeración: 10.^a todo estado estático o dinámico tiende a persistir espontáneamente sin ninguna alteración, resistiendo a las perturbaciones exteriores; 11.^a un sistema cualquiera mantiene su constitución activa o pasiva cuando sus elementos experimentan mutaciones simultáneas, con tal que ellas sean exactamente comunes; 12.^a hay siempre equivalencia entre la reacción y la acción, si su intensidad se mide conforme a la naturaleza de cada conflicto. Ese es el primer subgrupo. He aquí el segundo: 13.^a subordinar siempre la teoría del movimiento a la de la existencia, concibiendo todo progreso como el desenvolvimiento del orden correspondiente, cuyas condiciones cualesquiera rigen las mutaciones que constituyen la evolución; 14.^a toda clasificación positiva debe proceder, según la generalidad creciente desde el punto de vista subjetivo, y decreciente desde el punto de vista objetivo; 15.^a todo intermediario debe estar normalmente subordinado a los dos extremos que enlaza. Esas quince leyes son tan profundas como verdaderas y presiden el dogma positivo, elevándolo a la categoría de síntesis definitiva. Ellas resumen el desarrollo del espíritu humano y han de ser en adelante nuestra segura norma.

Pero entiéndase bien que la concepción capital del dogma positivo es la de la Humanidad. Olvídense por una elevada contemplación las estrechas considera-

ciones de todo momento, y se verá brillar radioso, velando sobre cada uno de nosotros, a ese verdadero Sér Supremo que debe suspendernos el alma. Implícitamente todo el mundo asiente a ello, cuando acata la moral, aunque más no sea de palabra. En efecto, ¿qué cosa es en el fondo la moral? Es la expresión del altruísmo inherente al hombre, que le ha hecho alabar los actos dictados por el amor a los demás y censurar los dictados por el olvido de ese amor. ¿Cómo dudar, entonces, de la realidad del conjunto de los seres que encarnan la moral por sus disposiciones al bien? ¿Quién puede concebir la virtud sin el hombre virtuoso? La moral supone, pues, la Humanidad.

La concepción de la Humanidad fué preparada por la concepción de Dios, que resumiera durante mucho tiempo el ideal moral del hombre. Esta última concepción ha presidido al mejoramiento del corazón humano. Pero hoy es insuficiente para dirigir el mundo.

Bajo esa concepción que coloca el ideal fuera de nuestro planeta, las guerras y demás calamidades son por lo menos toleradas cuando no se las sanciona. Con el deísmo, nos desentendemos de las imperfecciones de esta vida, y guardamos nuestros más elevados anhelos para otra supuesta vida. ¡Cuántas nobles naturalezas no se esterilizan con ese modo de ver! La mejor parte del tesoro de bondad con que podrían embellecer la Tierra, se pierde en miras ilusorias.

Pero la concepción de Dios tiene además el inconveniente de que no es demostrable, lo que la inhabilita para servir de base sólida a la moral. Sin embargo, ésta se hubo de apoyar ahí antes que surgiera la concepción de la Humanidad que es, por el contrario, demostrable. Nadie puede negar, en efecto, que todo se lo debemos a la Humanidad. Gracias a su sola providencia hemos llegado por grados, del estado salvaje a la civilización, del egoísmo al altruísmo. Por otra parte, bajo la concepción de la Humanidad el deber del hombre es perfeccionarse a sí mismo, para servir a los demás. Entonces ya no se miran con indiferencia los males de esta vida, sino que se trata de remediarlos. Indudablemente hemos de ver un día abolidas en nombre de la Humanidad, la guerra y la miseria.

El dogma de la Humanidad abarca las siete ciencias fundamentales: matemática, astronomía, física, química, biología, sociología y moral. Así es que para servir eficazmente a nuestra augusta Madre, debemos tratar de iniciarnos en esas siete ciencias. Es verdad que bastaría con la moral. Pero para conocer a fondo la moral, hay que conocer antes la sociología, y para conocer ésta es preciso conocer la biología, y así sucesivamente hasta llegar a la matemática, que es la ciencia inicial. De modo que la moral resume todas las ciencias. Y como se baja de la moral hasta la matemática, se sube de ésta hasta aquélla. Debemos, pues, estudiar la matemática para llegar a la

astronomía y ésta para llegar a la física, y así sucesivamente hasta elevarnos a la moral, que es el término de nuestros conocimientos y los domina todos.

Esta manera de considerar los estudios, que es el alma del positivismo, corta de raíz la cuestión tan debatida de si la instrucción moraliza o nó. Sin duda que una instrucción deficiente no moralizará, y será antes perjudicial, desarrollando la vanidad, como se observa a menudo. Pero dada en la forma prescrita por el positivismo, no podrá menos de ser profundamente moralizadora. Entonces se sabe, que los conocimientos se adquieren para practicar los deberes; y desde las más sencillas nociones matemáticas hasta las más difíciles cuestiones sociales, todo penetra en el espíritu como elemento indispensable de la moral, que es nuestra verdadera ciencia. Por lo demás nadie se detendrá en ninguna de las seis ciencias preliminares, creyendo que ha llegado al término de la jornada, como acontece ahora, cuando él sólo se encuentra en la moral.

Para los incrédulos esa subordinación de la matemática, la astronomía, la física, la química, la biología y la sociología a la moral, es una vuelta a la Edad Media, que subordinaba la filosofía a la teología. Desde luego, el catolicismo, anteponiendo la teología a la filosofía, no hacía sino colocar los deberes por encima de todo, llenando así una misión social muy benéfica. La teología trataba, en efecto, de las relacio-

nes del hombre con Dios, las cuales constituían, en esa época, la única base de la moral.

Si los incrédulos se emanciparan de las preocupaciones anti-históricas que los ofuscan, no podrían menos de apreciar la grandeza del sacerdocio católico de la Edad Media, que, animado del más profundo sentimiento social, subordinaba el espíritu al corazón. Es cierto que ese sacerdocio fracasó en su empresa de hacer predominar la moral; mas ello fué debido a la insuficiencia de la doctrina teológica, la única de que podía disponer. Ahora bien, para salir de la anarquía actual, tenemos que proclamar de nuevo la subordinación del espíritu al corazón, como lo hace la fe altruísta, poniendo la matemática, la astronomía, la física, la química, la biología y la sociología al servicio de la moral.

Se ha sostenido, además, que el Maestro había caído en el misticismo, por la importancia que da al sentimiento. Pero eso supone un desconocimiento de la Religión de la Humanidad, dentro de la cual no cabe el misticismo, como que el deber, según esta doctrina, consiste en vivir para los demás. Ella nos prescribe, sí, la cultura asidua del sentimiento, para que podamos llenar nuestra misión social. Los que se extrañan de esto, no se fijan en que, después de todo, el sentimiento es la verdadera causa de nuestros pensamientos y de nuestros actos, sucediendo sólo que unas veces se obedece al egoísmo y otras al altruísmo. Y nadie puede substraer su alma a esa

alternativa. O recibimos el impulso de alguno de los siete instintos egoístas, el nutritivo, el sexual, el maternal, el destructor, el constructor, el del orgullo, el de la vanidad; o lo recibimos de alguno de los tres altruístas, el apego, la veneración, la bondad.

Dado el prestigio que alcanza ahora el concepto de la lucha por la existencia, parece que tendiera a formarse una especie de moral del egoísmo. Pero a pesar de la profunda desorganización que eso revela, abrigamos la íntima persuasión de que la voz del positivismo llegará a ser oída. En el fondo de todas las naturalezas, por desvirtuadas que estén, reside el altruísmo, que puede al fin salvarlas. El triunfo de ese altruísmo, dentro y fuera de nosotros, es lo que constituye la verdadera felicidad individual y social. Mas este hecho, comprobado por la historia entera de nuestra especie, se halla hoy muy olvidado, no queriéndose aceptar la subordinación del espíritu al corazón, que no es, en verdad, sino el predominio de la moral. Hasta que no se convenga en ello con el positivismo, seguiremos en la anarquía que lo ha invadido todo. Como lo ha dicho Vauvenargues, *los grandes pensamientos nacen del corazón*. Y si el corazón los crea, sólo él los comprende. La verdadera ciencia es la que conduce al amor.

Jamás se podrá agradecer bastante a Augusto Comte el servicio inmenso que nos ha hecho estableciendo la supremacía del sentimiento. El materialismo no habría satisfecho nunca a las naturalezas ge-

nerosas; pues si lo han profesado a veces espíritus superiores, como aconteció en el siglo XVIII, ello ha sido sólo por la reacción contra doctrinas erróneas, y siempre con perjuicio de la moralidad. Pero Comte, guiado por su teoría positiva de la naturaleza humana, hizo del altruísmo el regulador de nuestra existencia, y fundó el dogma de la Humanidad, que puede llenar las más elevadas aspiraciones de nuestra alma.

XII

REGIMEN POSITIVO

La *Política* de Aristóteles ha sido el libro más fundamental referente al orden social hasta la aparición del *Sistema de Política Positiva* de Augusto Comte. El gran pensador griego establece en su obra el principio de la cooperación, en bien común del Estado, de las diversas familias distribuidas en ocupaciones distintas, lo que implicaba la separación de los oficios y la convergencia de los esfuerzos. Eso constituye la solidaridad. Pero el orden social es formado no sólo por la solidaridad, sino también por la continuidad. Augusto Comte es el primero que ha puesto en evidencia este segundo elemento del orden social, que es de mayor trascendencia que el primero. En efecto, la cooperación de las generaciones sucesivas es muy superior a la cooperación de las familias contemporáneas. Y a medida que transcurre el tiempo, aquélla va sobreponiéndose a ésta y la domina de modo creciente. Este hecho ha sido formulado por Comte en su célebre axioma sociológico: "Los muertos gobiernan cada vez más a los vivos".

La cooperación de las familias contemporáneas es presidida por el poder temporal; la cooperación de las generaciones sucesivas por el poder espiritual. Esa doble cooperación necesita de ese doble poder. De ahí que no se encuentre sociedad sin gobierno y sin sacerdocio. Uno y otro han tenido caracteres muy diversos, sin que hayan dejado de existir jamás. La necesidad del gobierno es una verdad inconcusa, desde Aristóteles; la del sacerdocio, desde Augusto Comte. El gobierno regulariza la cooperación indispensable de los vivos; el sacerdocio, la cooperación más indispensable aún de los muertos. Al primero le corresponde la acción en el presente, al segundo la enseñanza que liga el porvenir con el pasado.

Apenas hay quien discuta la necesidad del gobierno, pero no sucede lo mismo con la del sacerdocio. Los que han salido de la teología sin haber llegado aún al positivismo, sostienen que el sacerdocio, lejos de ser necesario, es inútil cuando no dañoso. En su antipatía para con el sacerdocio teológico, no quieren reconocer que el poder espiritual es tan indispensable como el poder temporal. Subsiste aún en las épocas de mayor anarquía, pero entonces cae naturalmente en manos que llevan las almas por falsos rumbos. Dada la necesidad del poder espiritual, es preciso, pues, empeñarse en que sea digno de llenar sus funciones normales: enseñar, consagrar, aconsejar y juzgar. Para ello se requiere que las personas que lo formen, junten a la superioridad intelectual la eleva-

ción moral y la energía del carácter. Esas condiciones sólo pueden hoy realizarse con un sacerdocio positivo. Por eso decía Augusto Comte que la primera necesidad de nuestro tiempo era la reorganización del poder espiritual.

La Edad Media había establecido empíricamente la separación de los dos poderes, que el positivismo viene a fundar ahora científicamente. El carácter teológico de la doctrina en que se apoyaba el poder espiritual de entonces, hizo imposible su conciliación estable con el poder temporal. Para cada uno de esos dos poderes era diverso el destino del hombre; según el poder temporal, terrestre; según el espiritual, extra-terrestre. Así es que no podían llegar a una verdadera armonía. No sucede eso con el positivismo; pues el destino del hombre es el mismo, bajo esta doctrina, para el poder temporal y para el poder espiritual, si bien el primero vela por sus intereses materiales y el segundo por sus intereses morales. Esas dos clases de intereses se mezclan en todos los momentos, sirviendo los materiales de base a los morales y éstos de regla a aquéllos. Semejante coexistencia de los intereses materiales con los morales dentro del positivismo, permite la constitución del más elevado poder espiritual que se haya conocido jamás.

La misión del sacerdocio positivo consiste en hacer predominar esos intereses por medio de la enseñanza, del consejo y, muy especialmente, por medio del

ejemplo. Ese sacerdocio ha de ser, pues, el modelo vivo del triunfo del altruismo sobre el egoísmo. Conduciéndose de esa manera, encontrará un auxiliar irresistible en la opinión pública. Nadie podrá sustraerse entonces a la acción moral del poder espiritual positivo.

Siguiendo el individualismo teológico, la metafísica estableció la teoría de los derechos y nó la de los deberes. Al positivismo le ha tocado crear la verdadera noción de la moralidad. Según esta doctrina, los sentimientos altruistas son inherentes a la naturaleza humana. Y de ellos deriva, en realidad, el deber. Así se han formado todas nuestras relaciones morales positivas, con la Familia, la Patria y la Humanidad. Pero como además de los sentimientos altruistas, tenemos los sentimientos egoístas, incesantemente se traba la lucha entre unos y otros. Los primeros tienden a hacer predominar la sociabilidad, los segundos, la personalidad. El deber consiste siempre en que triunfe el altruismo del egoísmo. Se sabe, pues, cumplir con él, cuando se antepone en toda ocasión la Humanidad a la Patria, la Patria a la Familia y la Familia al individuo. En la noción positiva del deber no hay, por consiguiente, mezcla alguna de preocupación egoísta.

Transcribiremos aquí este profundo trozo de Augusto Comte: "El positivismo no admite jamás sino deberes de todos para con todos. Desde su punto de vista siempre social no se concibe ninguna noción de

derecho, constantemente fundada sobre la individualidad. Nacemos cargados de obligaciones de toda especie, respecto de nuestros predecesores, de nuestros sucesores y de nuestros contemporáneos. Ellas se desenvuelven o se acumulan en seguida antes de que podamos prestar ningún servicio. ¿En qué fundamento humano podría, pues, basarse la idea de *derecho* que supondría razonablemente una eficacia previa? Cualesquiera que puedan ser nuestros esfuerzos, la más larga vida bien empleada no nos permitirá devolver nunca más que una porción imperceptible de lo que hemos recibido. Y sólo después de una restitución completa nos hallaríamos dignamente autorizados para reclamar la reciprocidad de los nuevos servicios. Todo derecho humano es, pues, tan absurdo como inmoral”.

En virtud de esa concepción social del positivismo, esta doctrina elimina así la aristocracia basada en los derechos de los gobernantes, como la democracia basada en los derechos de los gobernados, e instituye, en cambio, la sociocracia basada en los deberes de todos. Según este régimen, todos los individuos son funcionarios obligados y responsables, tanto los que ocupan los puestos más humildes como los más elevados. Cada hombre tiene, pues, en él su función respectiva. Los servicios que resultan de las diversas funciones son naturalmente gratuitos, de modo que el salario no los gratifica, sino que permite llenarlos. Tanto la riqueza material como la intelec-

tual son sociales en su origen y deben serlo en su destinación.

El poder temporal administra la riqueza material en las cuatro secciones que constituyen la industria humana: la agricultura, la manufactura, el comercio y el banco. Cada una de ellas funciona con el concurso del patriciado y del proletariado: aquél dirige, éste ejecuta. Las cuatro industrias están enlazadas entre sí y descansan la una en la otra, siendo la base de todas, la menos complicada, la agricultura, y el coronamiento, la más complicada, el banco. Los patricios que dirigen esta última se hallan en el punto de vista más general, a causa de la naturaleza de las operaciones del crédito. De entre ellos deben salir por consiguiente las personas que han de formar el gobierno propiamente dicho, que no es más que una fracción del verdadero poder temporal, socialmente considerado; pues la función real del gobierno consiste sólo en la vigilancia de la industria humana, para que no se rompa la armonía entre sus diversas partes.

El positivismo establece el único modo normal para la continuidad del poder, imponiendo a cada funcionario la obligación de designar a su sucesor. Con ello queda definitivamente excluido el modo teocrático que, subordinando la sociedad a la familia, hacía que los hijos desempeñaran las funciones de los padres, y el modo revolucionario basado en la elección, que transtornando el orden social convierte a los in-

feriores en jueces de los superiores. La designación por cada funcionario de su sucesor, es apreciada por el sacerdocio, verdadero órgano de la opinión pública.

A él le corresponde también la administración de la riqueza intelectual, mediante una enseñanza uniforme dada a todos los individuos, seguida del consejo y completada con el juicio de la conducta. El sacerdocio es ayudado en esa labor por la mujer, que, según el positivismo, debe ser enteramente ajena a la vida pública, concretándose a la vida doméstica. En el seno del hogar la mujer tiene en sus manos la educación de la infancia, que sólo ella sabe hacer; y, además de eso el perfeccionamiento continuo del esposo, del hermano, del hijo, y del padre mismo con su santo influjo. De ese modo ella prepara y favorece especialmente la obra sistemática del sacerdocio.

La comunión de los fieles que profesan la Religión de la Humanidad constituye la Iglesia Positiva. Esta Iglesia que abarcará toda la Tierra será representada por el sacerdocio universal, presidido por un Jefe Supremo. Además de las funciones que ya hemos indicado, tendrá a su cargo el sacerdocio los nueve sacramentos sociales y la celebración del culto público. Y a él le corresponderá, en fin, la misión altísima de mantener la armonía entre las diversas naciones en nombre de la Humanidad. Si llegare a tener lugar un conflicto, el Jefe Supremo de la Iglesia dic-

tará el fallo que será acatado donde quiera que exista el positivismo.

En el régimen normal todo individuo pertenece a la Familia, a la Patria y a la Iglesia. A la primera por el sentimiento, a la segunda por la actividad, a la tercera por la inteligencia. Como dadas las condiciones de nuestra existencia, estamos necesariamente llamados a la acción social, el positivista es ciudadano ante todo. Pero la Familia y la Iglesia en vez de hallarse en pugna con la Patria, no hacen sino vigorizarla. Una y otra educan al individuo a fin de que sea un digno ciudadano. Pero la Patria positiva ha de estar formada sólo por cada ciudad con sus campos respectivos; pues esa es la única manera de que el sentimiento de la cooperación social vibre eficazmente en todos los ciudadanos bajo el régimen pacífico. Cuando se hubiere difundido el positivismo por todo el planeta, se verificará la reorganización política de nuestra especie sobre la base de pequeñas nacionalidades, ligadas todas por la Iglesia Universal.

La mujer personifica la Familia, como el sacerdocio, la Iglesia. Según el positivismo, *el hombre debe alimentar a la mujer; y la clase activa debe alimentar a la clase contemplativa*. Ello es indispensable para que la mujer y el sacerdocio puedan llevar a cabo su enseñanza respectiva, doméstica, la primera, pública, el segundo. La Patria es personificada por el patriciado que, ayudado del proletariado, realiza

la labor práctica que nos sustenta a todos. El patriciado y el proletariado forman, en cierto modo, el cuerpo social, cuya alma es la mujer y el sacerdocio. Las relaciones entre el patriciado y el proletariado se reglan en el positivismo, conforme a esta admirable fórmula: *abnegación del fuerte por el débil, veneración del débil por el fuerte*. Así es que el patriciado estará lleno de bondad para con el proletariado, distribuyendo el salario de manera que cada obrero pueda vivir sin miseria con su familia; y el proletariado se sentirá penetrado, a su vez, de respeto para con el patriciado, que, lejos de trabajar en provecho propio, se consagra noblemente al bienestar común.

En la Religión de la Humanidad se pasa del culto y del dogma al régimen, lógicamente. El régimen viene a ser el resultado natural del culto y del dogma, que lo preparan y lo afianzan. Los tres atributos de la naturaleza humana, el sentimiento, la inteligencia y la actividad, dominios respectivos de la poesía, la filosofía y la política, se hallan perfectamente armonizados gracias al genio incomparable de Augusto Comte. El culto o la poesía, el dogma o la filosofía y el régimen o la política son, en la doctrina altruísta, tan reales como humanos. El culto idealiza lo que el dogma enseña y lo que el régimen ejecuta.

XIII

EDUCACION POSITIVA

Aunque se habla mucho respecto de la necesidad de la educación, casi nadie tiene nociones claras sobre el particular. Se observan, sin embargo, dos opiniones más o menos acentuadas, la de los católicos y la de los libres pensadores. Insisten los primeros en enseñar un dogma teológico; se empeñan los segundos en desarrollar la inteligencia por medio de una ciencia incompleta, menospreciando la cultura del corazón y excitando los sentimientos egoístas, especialmente el orgullo y la vanidad. Católicos y libres pensadores se denigran recíprocamente, tratándose de incapaces de dar una enseñanza sana, noble y enérgica. Pero la verdad es que ni unos ni otros saben formar como es debido el corazón, el espíritu y el carácter del hombre.

A pesar de la diferencia que hay entre los católicos y los libres pensadores, tienen, no obstante, un punto de contacto en que ambos niegan la existencia natural de los sentimientos benévolos, sosteniendo el grave error de que el hombre procede siempre mo-

vido por interés. La teoría positiva de la naturaleza humana debida a Augusto Comte, establece de una manera inconcusa que somos orgánicamente egoístas y orgánicamente altruístas. Todas las grandes y nobles cosas provienen siempre del altruísmo inherente al hombre. Quien no lo tenga vivo en su alma, sólo hará obras estériles o perniciosas. De ahí que lo esencial sea cultivar primero los generosos afectos en nosotros mismos, para realizar en seguida labores fecundas. El incomparable Homero, en la infancia de la civilización nos había dado ya el consejo, junto con el ejemplo. Y el mismo Aristófanes, a pesar de su cinismo, que refleja las costumbres de su época, nos dice que la misión de la poesía es formar noblemente el corazón del hombre. He aquí sus palabras: "El poeta debe ocultar lo que es infame y no sacarlo a luz ni representarlo en las tablas. El maestro instruye a la infancia, el poeta a la edad madura. No debemos mostrar sino el bien".

Desgraciadamente, en medio de la profunda anarquía actual, son muy pocos los que obedecen a los dictados del altruísmo. Acontece aún, que muchas almas sofocan en germen sus nobles aspiraciones, y se avergüenzan de ellas, considerándolas como una debilidad. Creen que para ser enérgico es preciso ser egoísta; y pudiendo hacer el bien, hacen el mal. Halagando las bajas pasiones de los demás, llegan a participar de éllas. ¡Qué de talentos no se pierden de ese modo! ¡Cuán penoso debe ser para esas almas,

llegadas al término de su carrera mortal, el examen de su propia vida! ¡Qué gran desconsuelo no experimentarán por no haber sabido llenar su misión humana! Separarse de los vivos sin dejarles el inolvidable recuerdo de las nobles acciones y de los santos consejos; no haber hecho nada por mejorar la suerte de nuestra especie y, en cambio, haber sembrado el vicio. ¡Qué angustioso momento para los que no han perdido del todo la conciencia!

Es triste ver ahora la multitud de espíritus que, por falta de dignas aspiraciones, equivocan el camino de la gloria. Quieren ser admirados a toda costa, y se empeñan en idealizar el vicio. Logran adquirir así reputaciones efímeras, sostenidas sólo por las malas pasiones que fomentan. Pero jamás serán honrados por las almas virtuosas, que condenan siempre el culpable empleo del talento. La única gloria que debemos ambicionar es la de ser útiles a nuestros semejantes, contribuyendo, en la medida de nuestras fuerzas, a hacerlos más morales, más inteligentes, más enérgicos. Esa es la gloria santa que nunca muere.

Tan desconocida es hoy la moral, que muchos escritores pretenden justificar sus funestas producciones, diciendo que ante todo hay que ser verdadero, y que siendo el vicio mayor que la virtud, debe aquél prevalecer en los libros. Se olvidan así de que la misión de la palabra humana es inducirnos al perfeccionamiento, mediante la pintura ideal de nuestra

existencia. Si son incapaces de hacerlo por falta de altruísmo, mejor sería que no escribieran. Nadie debería complacerse en trazar cuadros inmorales, como pasa ahora tan a menudo. Más todavía; a nuestro modo de ver, no conviene sacar a luz bajo ningún pretexto, ni las ridiculeces, ni las obscenidades, porque ellas empequeñecen el alma del que las escribe y del que las lee. Para llenar dignamente la tarea de escritor, no hay más que un verdadero camino: el de la virtud. Todo el que lo encuentre monótono y triste, debiera cambiar de criterio para no caer en el vicio y precipitar en él a los demás. La alegría sana es siempre honesta. Ella fortifica el cuerpo y el alma.

El remedio de la deplorable situación presente se halla en la educación positiva. Esta educación forma el sentimiento, cultivando sin cesar el amor a la Familia, a la Patria y a la Humanidad; forma la inteligencia, enseñando las siete ciencias fundamentales: matemática, astronomía, física, química, biología, sociología y moral; y forma el carácter, desarrollando el valor, la prudencia y la firmeza. Si los positivistas han de distinguirse por la alta cultura de los tres atributos fundamentales de nuestra naturaleza, uno de esos elementos debe sin embargo prevalecer, aunque sin ponerse en pugna con los otros, y es el sentimiento, pues en él se basa la existencia humana. De nuestras disposiciones morales depende, en efecto, toda nuestra conducta. La inteligencia y el carácter no hacen sino completar el corazón. Por eso

se observa a menudo en las épocas de anarquía, que grandes inteligencias y caracteres poderosos están al servicio de corazones extraviados.

En consecuencia, la educación positiva se resume en la moral que lo regla todo. Creado en nuestra alma el sentimiento del deber, el trabajo, tanto intelectual como material, se hace llevadero. Desaparece, además, el peligro de las desviaciones de la inteligencia y de la actividad que hoy son tan comunes. ¡Cuánto desperdicio de fuerza mental no importa la literatura malsana de nuestro tiempo, y cuánto de fuerza industrial el cultivo del tabaco, el opio y otras substancias nocivas! Bajo la disciplina de una vigorosa educación moral, como la que viene a establecer el positivismo, eso no sucederá. La literatura se verá entonces inspirada por el más puro y santo ideal, y la industria sólo se ocupará en mejorar la condición de los mortales. Nada de lo que el hombre haga debe quedar fuera de la moral.

A muchos les parece ahora eso una tiranía insostenible. Tan ofuscados están, que no se fijan en que patrocinan el vicio, defendiendo la independencia contra la moralidad. Como lo decía nuestro insigne Maestro, nadie tiene otro derecho que el de cumplir con su deber. El que lo viole, en sus palabras o en sus acciones, merece reprensión. Comprendemos que si obligáramos por la fuerza al cumplimiento del deber, se nos tachara de tiranos; mas no se trata de eso, sino de enseñarlo, de aconsejarlo primero para

juzgar, en seguida, ante la Humanidad a los infractores. El que no quiera someterse, se hace acreedor a la más severa censura. Pero serán muy raras las personas tan extraviadas, que se atrevan a resistir a la opinión en una sociedad altruista.

Cuesta hoy aceptar esas sanas ideas, porque la desorganización social es tan profunda, que ha desaparecido, en cierto modo, el sentido moral. Se puede decir que el interés material es casi el único móvil que agita actualmente al hombre, y que todos sus ideales descansan sobre esa base. La admiración que despiertan las especulaciones mercantiles más sin escrúpulos, revela toda la intensidad del mal. Es tan grave la situación actual, que individuos muy bien dotados se ven arrastrados por la corriente. Casi todos dudan de la virtud. Está muerta la fe en los nobles sentimientos. Nadie se entusiasma por las grandes cosas que enaltecen a la Humanidad. Muchos corazones generosos llegan a pervertirse a fuerza de avergonzarse de sus mejores impulsos. Les falta la energía que sabe triunfar de la indiferencia y de la burla para cumplir con el deber, en lo que consiste la verdadera gloria del hombre.

Sólo la educación positiva sistemáticamente aplicada podrá reconstituir la sociedad hoy tan decaída. Esa educación, además de intelectual, práctica y, sobre todo, moral, será eminentemente estética. El arte resume, en cierto modo, la vida humana idealizándola. Lo bello encierra lo verdadero y lo bueno.

Mediante el dibujo y el canto aprendidos por todos desde la infancia, se ha de formar el gusto acendrado, que llevará a la producción de nobles obras estéticas, y que hará gustar de ellas. La arquitectura, la escultura y la pintura parten del dibujo, como la música del canto. Y esas cuatro artes que se inspiran en la más completa de todas, la poesía, vienen después a darle a ella misma nuevo esplendor.

XIV

EL CAMINO DEL DEBER

Muy pocas naturalezas tienen hoy sentimientos honestos y pensamientos serios. De ahí que las conversaciones sean, en general, de una futilidad y de una inmoralidad asombrosas. Se va más lejos aún, pues en los escritos salen a luz los mismos extravíos. Es cierto que cada cual da lo que tiene. Por el hombre se conocen sus escritos y por sus escritos al hombre. Casi no se ve ahora la nobleza de alma que lleva a buscar la virtud y a practicarla, y abunda, en cambio, un espíritu de irreverencia que todo lo atropella por santo que sea.

Para comprender la gran doctrina de Augusto Comte, es menester reconstruir nuestra naturaleza moral profundamente viciada por la incredulidad. La salida del catolicismo nos ha habituado a negarlo todo y a no afirmar nada, situación tan funesta para el corazón como para el espíritu. Ni las nobles emociones, ni las grandes ideas tienen entonces cabida en el alma. Todo es mezquino y estrecho. Si se despliega actividad, si hay arranques de entusiasmo, ello

es sólo bajo el influjo de sentimientos odiosos. Nadie está contento si no ha contribuído a destruir algo. El deseo de edificar, que parte del altruísmo, es desconocido. La literatura contemporánea manifiesta hasta qué punto ha desaparecido la aspiración a lo verdadero, a lo bueno y a lo bello, que produce las grandes obras.

Podría dudarse sobre quienes sean menos excusables, los católicos o los incrédulos, contribuyendo unos y otros a agravar la anarquía actual. Si la irritación del proletariado es cada vez más violenta, a ellos hay que imputárselo sobre todo. Encerrados los católicos en su anacrónico dogma sobrenatural y los incrédulos en su estrecho individualismo, contemplan la situación sin comprender nada. En vano les dice el positivismo que estamos en presencia de una gran dolencia del cuerpo social que necesita de un gran remedio. Según la doctrina de Augusto Comte, es indispensable que la condición del proletariado sea mejorada por medio de una reorganización completa de las opiniones, que imponga deberes a ricos y pobres. Todos somos hijos de la Humanidad y hemos de ser sus servidores.

El escepticismo se ha apoderado hasta de algunos espíritus generosos que no vienen al positivismo porque temen ser tachados de fanáticos. Si se llama fanáticos a los que perseveran en nobles propósitos, los positivistas estamos en el deber de serlo. Nada podrá detenernos en el camino que nos traza la sublime

doctrina. Seríamos hijos indignos de la Humanidad si procediéramos de otro modo. Hemos de perseverar en nuestra labor, para concluir con la funesta dolencia moral de nuestra época y dar la paz al mundo.

Entre otros síntomas de esa grave situación se halla lo que pasa con el suicidio y el desafío. La persona que se suicida es hoy compadecida, pero no es juzgada. Se discute únicamente si ha ejecutado un acto de valor o cobardía, mas nó si el hecho es moral o inmoral. En medio de la anarquía actual en que la noción del deber está casi extinguida, cada hombre se cree dueño de su propia vida, y no vacila en disponer de ella en ciertos momentos desesperados. Para el positivismo el suicidio es un verdadero crimen social. Como, según esta doctrina, todos los hombres son hijos de la Humanidad, a quien deben su existencia física y moral, responden por consiguiente ante Ella de todos sus actos. Al atentar contra sí mismo, se cortan en un acceso de supremo egoísmo los lazos inviolables que nos ligan a nuestros semejantes, y se deja un funesto ejemplo. Casi siempre un suicidio es seguido de otros. Los que se encuentran en un estado de malestar análogo al del que lo ha cometido, se deciden a imitarlo, cuando ven que se deja impune un acto que debiera condenarse severamente en nombre de la Humanidad. La misma condena merece el desafío, que hasta personas sensatas creen indispensable en ciertas ocasiones. Se temería pasar por un cobarde si se le rehuyera entonces. Pero la moral

altruísta jamás permite el desafío, y el que sobreponiéndose a las preocupaciones del momento, no lo acepte en ningún caso, ese será un valiente, pues el verdadero valor consiste, como lo dijo el incomparable Aristóteles, en tornarse superior a todo temor para cumplir con el deber. Si la opinión anárquica del presente dejara impune la ofensa que se nos ha hecho, se perdonará por amor a la Humanidad, que ha de inspirar todos nuestros actos.

Tanto ha decaído la moralidad al presente, que hasta los que llegan a comprender la grandeza del positivismo no se creen obligados a seguirlo. Un conocido pensador alemán, dando cuenta en uno de sus libros de esta doctrina, la califica de sublime. Pero la encuentra demasiado perfecta para que pueda ser practicada por los hombres. De manera que pasa por la gran doctrina, comprendiendo su sublimidad, sin decidirse a profesarla y propagarla. Ha visto el ideal y no ha tenido fuerzas para elevarse a él. Sus talentos van a perderse por falta de aliento moral. No ha sabido sentir que el positivismo es demasiado perfecto, porque viene precisamente a perfeccionarnos excelsamente. Trabajar por esta doctrina, empeñarse en que sea opinión universal, es un deber sagrado de los que se interesen por la suerte de nuestra especie.

Si un espíritu de la talla de Goethe surgiera hoy en Alemania, reconocería indudablemente por Maestro a Augusto Comte. Bajo la dirección de este guía supremo, haría algo más moral y armonioso que lo que

hizo ese poeta egregio. Los defectos de la obra de Goethe vienen de que careció de una doctrina que coordinara y reglara sus sentimientos y sus pensamientos. El mismo percibía ese vacío, según consta de su correspondencia con Schiller, en que se desespera de no encontrar una síntesis que satisfaga su espíritu. Por otra parte, hombre del siglo XVIII, en que se derrumbó el cristianismo, participa del espíritu *antimoral* de la época. Así cuando el purísimo Klopstock le aconsejó, después de la aparición del Werther, que diera una destinación más elevada a su talento, se indispuso con él, y siguió su camino sin preocuparse de la misión moral del arte. Eso le ha hecho producir obras como el Fausto, que es una verdadera idealización del vicio. Sin embargo, los nobles sentimientos, que no podía menos de abrigar un espíritu tan eminente, se manifestaron en trabajos como el poema idílico Hermán y Dorotea, que era tan admirado por el ilustre Schiller, y su Wilhelm Meister, sobre todo en su segunda parte. Goethe trata de hacer ahí el cuadro ideal de una educación humana basada en la moral y en el arte. Había experimentado esa transformación completa, mediante el desenvolvimiento de su propia naturaleza en el curso de su larga vida; siendo la segunda parte del Wilhelm Meister, fruto de su ancianidad. Ciertos pasajes de esta meditada producción revelan claramente que Goethe deploraba haber escrito varias de sus obras.

Los grandes poetas llegan por sí mismos, a pesar

de las circunstancias desfavorables en que viven, a la concepción del bien. Entonces se empeñan en idealizarlo. Shakespeare, el discípulo del escéptico Montaigne, bajo cuya influencia hizo su *Hamlet*, ese cuadro tan terrible como profundo del crimen y la locura, escribió después, obedeciendo a sus propias inspiraciones, la *Tempestad*, en que se halla la pintura del más tierno y puro de los amores y donde resplandece la más sublime generosidad. Este drama nos revela la grandeza moral de Shakespeare. Si pudiera revivir, ¿qué no sería capaz de hacer ese poeta inmenso, guiado por la Religión de la Humanidad!

Algunos niegan la aptitud estética del positivismo, como otros niegan su aptitud moral y otros su aptitud política. Ello proviene de que no se le conoce suficientemente. La gran doctrina de Augusto Comte regla nuestros sentimientos, nuestros pensamientos y nuestros actos, haciéndonos cada vez más morales, más inteligentes y más enérgicos.

Su lema sagrado es: *el amor por principio, y el orden por base; el progreso por fin*. Este lema se puede descomponer en dos partes, que constituyen respectivamente el precepto moral y el precepto político del positivismo: "*vivir para los demás*", "*orden y progreso*".

El primero simboliza la moral completamente altruista de la gran doctrina. La antigua fórmula, *ama a tu prójimo como a ti mismo*, tiene el defecto de que antes que los demás está uno mismo. Eso le da

cierto carácter egoísta que es incompatible con la moralidad normal. Consistiendo la virtud, según la feliz definición de Duclos, en un esfuerzo hecho sobre sí mismo en favor de los demás, ha de serle inspirada al hombre prescribiéndole sólo el amor a la Familia, la Patria y la Humanidad. En cuanto a la conservación personal, se le ha de mirar como un medio para cumplir con nuestras funciones sociales. El que se aniquila físicamente, se hace inútil y aún gravoso para los demás. De ahí que los preceptos higiénicos sean dictados por el positivismo en nombre del amor al prójimo, recibiendo de ese modo una plena consagración moral. Nadie debe pues, amarse a sí mismo, lo que sería una aberración, pero es preciso conservarse para poder amar y servir a nuestros semejantes.

Tocante al precepto político *orden y progreso*, él deriva del profundo axioma sociológico de Augusto Comte, que el *progreso es el desarrollo del orden*. Los anarquistas de todos colores, no pueden aún apreciar esa gran concepción de nuestro Maestro, que le ha hecho deducir el porvenir de la Humanidad de su pasado, marcándonos el camino que debemos seguir eternamente.

En cuanto al punto de vista estético, como el verdadero arte consiste en la expresión de los sentimientos puros y generosos, dentro del positivismo es donde mejor puede ser cultivado. La gran doctrina, preconizando el triunfo del altruísmo sobre el egoísmo, nos

encamina al más alto ideal. Ella ha de sacar el arte de la falsa vía en que está empeñado al presente, vi- viendo en general de inmoralidad y nimiedades, y lo ha de llevar al cumplimiento de su santa misión, la de perfeccionar la naturaleza humana con la bella idealización del bien. El positivismo consagra de ese modo el arte haciéndolo servir al engrandecimiento moral del mundo. El arte debe conducir a la virtud y la virtud al arte, y ambos harán la felicidad del hombre.

Los que creen que el positivismo no es apropiado para la mujer, no conocen todavía el verdadero espíritu de esa gran doctrina. La religión altruísta hace del sexo femenino la providencia moral del mundo, consagrando la función de noble inspiradora y santa consejera que la mujer ha llenado siempre desde el seno del hogar. En todo lo que el hombre ha podido ejecutar de grande, se ve el influjo de la madre, de la esposa, de la hermana o de la hija. Por eso el positivismo afianza esa sublime misión que la mujer sólo puede realizar domésticamente, exenta de los trabajos teóricos o prácticos reservados al otro sexo. Traerla a la vida pública es desnaturalizarla, haciéndola rival del hombre, cuando debe vivir siempre amada, respetada y servida por él. Si la mujer se aleja de la vida privada, se destruye la familia. Y es ahí donde se forma el niño y se perfecciona el hombre. La mujer para el hogar, el hombre para la Patria, y ambos para la Humanidad, es la verdadera fórmula de nuestro destino.

Por lo demás, implica grave error el imaginarse que el sexo femenino permanece católico a causa de su apego a lo sobrenatural. Si no ha salido aún del catolicismo, es porque la ciencia carecía de la moral que debe santificar nuestra existencia. La mujer vive ante todo de sentimiento, de nobles afectos, como que es la personificación del bien. La pureza de su alma se revela en su misma adhesión al catolicismo, que tanto la ofende imputándole la degeneración del hombre, cuando es ella quien lo ha enaltecido. Pero la mujer le perdona eso y muchas otras cosas al catolicismo, en gracia de los servicios morales que nos ha hecho, y porque no conoce aún la doctrina que viene a reemplazarlo. Con padres y esposos incrédulos, que no saben más que burlarse del catolicismo, la mujer no abandonará nunca esa religión. Con padres y esposos positivistas, la mujer también lo será, porque la Religión de la Humanidad, al hermanar la ciencia y la moral, ha santificado aquélla y hecho positiva ésta, satisfaciendo de ese modo plenamente el espíritu y el corazón. Y la mujer ha de ser más positivista que el hombre, porque es más altruísta que él.

La Religión de la Humanidad exige de nosotros los más generosos esfuerzos. Para hacer triunfar la gran doctrina necesitamos, en verdad, de una benevolencia invencible, sin caer nunca en la irritación y el resentimiento por más que se nos deprima, se nos insulte y se nos calumnie. No podemos menospreciar

a nadie porque tenemos que convertirlos a todos. La fe altruísta no es para éstos o aquéllos hombres, para éste o aquél país, no viene a formar partido contra partido, ni secta contra secta, es para todo el género humano. Debemos tratar de ser modelos de virtud en nuestra vida privada y en nuestra vida pública. ¡Que nuestras madres, nuestras esposas y nuestras hijas se persuadan, por nuestra propia conducta, de la grandeza moral del positivismo!

Incurren en deplorable yerro los que creen que se puede mejorar al hombre por medio de la sátira. Ella seca el corazón del que la emplea y no enmienda el corazón de nadie. Cuando un escritor se sirve de la ironía y el sarcasmo en las cuestiones más serias, tiene sin duda enferma el alma. Nunca ha de buscarse el bien por ese camino. La dignidad de los nobles propósitos excluye todo espíritu de burla. Además, el anhelo sincero de moralizar a los hombres no es conciliable con esa irritación y amargura que poseen en general los satíricos. El que ama verdaderamente a sus semejantes nunca se complace en pintar sus vicios; se los censura con energía si se quiere, pero trata sobre todo de llamarlos a la virtud con palabras dictadas por el altruísmo. Son esos santos llamamientos los que han conseguido siempre purificar y engrandecer el corazón humano. Sólo el amor puede despertar el amor.

XV

MORAL POSITIVA

Son muy pocos los que habiendo llegado a cierta edad se resuelven a cambiar de ideas. Los más persistentes en ellas y temerían ser tachados de inconsecuentes si las abandonaran, aunque fuera para optar por la verdad. Se olvidan así, del cumplimiento del deber. Como seamos moralmente responsables de nuestras opiniones ante la Humanidad, nos incumbe aceptar siempre las que nos hagan servirla mejor.

Según el positivismo, la moral es hija de los sentimientos altruistas inherentes al hombre. La teoría católica de la naturaleza humana desconoce la existencia natural de los sentimientos generosos, comprobada ya no sólo en el estudio de nuestra especie, sino en el de las especies animales, que los poseen también aunque en menor grado. San Pablo había tratado de suplir tal vacío con su concepción de la gracia. Para ese insuperable apóstol, si el hombre abandonado a sí mismo sólo puede hacer el mal, merced a la gracia divina sabe hacer el bien. De manera que todos los nobles impulsos eran atribuidos a

la influencia directa de Dios. Esa doctrina de San Pablo ha servido largo tiempo para la dirección moral del mundo. Buscando la gracia se llegaba a la virtud por medio de las fuerzas afectuosas propias de la naturaleza humana, aunque se las supusiera extrañas. La gracia de que San Pablo se creía favorecido no era sino su mismo gran corazón enfervorizado.

La existencia natural de los sentimientos benévolos explica todo el orden moral. Ellos obraban espontáneamente en el curso del desenvolvimiento de nuestro linaje. Las diversas concepciones religiosas que nos han guiado por el camino del bien, derivan de esos mismos sentimientos. Es el altruísmo propio del hombre lo que le ha hecho interesarse por el destino de toda su especie. Mediante ese altruísmo ha salido gradualmente de la más grosera personalidad, para elevarse hasta la más noble sociabilidad. Cualesquiera que hayan sido las teorías que sirvieran de norma a nuestra vida, las que cambiaban con el desarrollo de la inteligencia, siempre está en nuestro altruísmo natural, la causa íntima de todos los progresos realizados en moral. Ese es el atributo supremo del hombre, que constituye su verdadera nobleza. Toda su ciencia sería vana si no estuviera vivificada por el amor. De él ha derivado la moral empírica que dirigiera hasta aquí a nuestra especie, y de él mismo deriva la moral positiva que ya empieza a establecerse. El precepto fundamental que la resume es: "*vivir*

para los demás". A manera de complemento le sigue este otro: "*vivir a las claras*". Esos dos preceptos forman el mejor criterio para apreciar las acciones humanas. El que se ajusta a ellos es moral, y el que nó, inmoral. *Vivir para los demás*, significa vivir para la Familia, la Patria y la Humanidad, que forman el conjunto de nuestras verdaderas relaciones.

Con ese objeto debemos velar por nuestro propio perfeccionamiento moral, intelectual y físico. Todo aquello que pudiera dañarnos, bajo cualquiera de esos tres aspectos, nos haría menos aptos para llenar nuestro destino social. Pero el perfeccionamiento físico y el intelectual deben subordinarse al perfeccionamiento moral, del cual depende sobre todo nuestra conducta. Mejoramos nuestro cuerpo y nuestro espíritu, para que sirvan mejor a nuestro corazón, que es el elemento primordial de nuestra existencia. Sin sentimientos generosos no se llegaría jamás a la virtud.

El positivismo prescribe el estudio de la ciencia y la observancia de la higiene, no por interés personal, sino a fin de poder cumplir con nuestros deberes sociales. El saber y la salud son indispensables para servir a los demás. Desatender el uno o la otra por desidia o por capricho, es un rasgo de egoísmo que rebaja nuestra dignidad de miembros del género humano. Sólo en noble servicio social puede darse a veces la salud y la vida. Ello constituye a los héroes del deber. Pero suicidarse violentamente, o por grandes

o pequeños vicios, es ser desertor de la moral. Tratemos, pues, de vivir el mayor tiempo posible para servir a la Familia, la Patria y la Humanidad.

A fin de practicar el deber es preciso ante todo cultivar directamente nuestro altruísmo. Este se compone de los sentimientos de apego, veneración y bondad, que son la fuente de nuestra moralidad. Cuanto más desarrollo tengan en nuestra alma esos tres sentimientos, tanto más fácil nos será subordinar a ellos los siete instintos que constituyen el egoísmo, a saber: nutritivo, sexual, maternal, destructor, constructor, orgullo y vanidad. La solución del problema del perfeccionamiento moral del individuo estriba en esa subordinación. No se trata de destruir los instintos egoístas, sino de comprimirlos solamente y de relacionarlos, sobre todo, con los altruístas.

Indiquemos aquí cómo se efectúa esa relación. El instinto nutritivo, que es el más poderoso y el más grosero, será ennoblecido siempre que se le satisfaga en cuanto importe al desarrollo físico, intelectual y moral del individuo. Fuera de eso es menester dominarlo; y el que acostumbre hacerlo vencerá con facilidad los impulsos de los otros instintos egoístas, que pudieran ser dañosos a la sociedad, y especialmente los del sexual. Este instinto, que es el más perturbador de todos, sólo debe ser satisfecho con la mira de la conservación de la especie y dentro del matrimonio indisoluble. Por lo que hace al instinto

maternal, éste asociándose con la bondad produce el amor de las verdaderas madres. En ciertas naturalezas privilegiadas, ese noble sentimiento adquiere tal desarrollo, que las hace vivir enteramente consagradas a sus hijos. Hasta el instinto destructor es susceptible de socializarse. El se ennoblece, por ejemplo, cuando nos indignamos contra el vicio en defensa de la virtud. En cuanto al instinto constructor, es muy fácil comprender su relación con el altruísmo. Lo mismo puede decirse del orgullo y la vanidad. El orgullo o necesidad de dominación se hace sentir sobre todo en el hombre de Estado. Sin su impulso nadie querría llegar al poder. Pero es preciso que lo acompañe la bondad para que se gobierne teniendo siempre en vista la felicidad social. La vanidad o necesidad de aprobación predomina particularmente en los directores espirituales. Ellos se preocupan de enseñar y aconsejar, para guiar al hombre por el camino del bien; pero desean naturalmente que se reciban con simpatía su enseñanza y sus consejos. Cuando sus contemporáneos los desoyen, no pierden la esperanza de que la posteridad los escuche; y por eso persisten en una tarea que creen útil para la especie humana. Esa vanidad, que se cifra en demostrar la verdad y en inspirar la virtud, está sancionada por todas las grandes cosas que se han hecho en el mundo. A pesar de este concurso social de los instintos egoístas, debemos esforzarnos por desprendernos de ellos, para que nuestra vida se acerque lo

más posible a la plenitud altruísta, que constituye la verdadera santidad.

Nótase al presente, por la falta de cultura altruísta, una excitación de los instintos egoístas que ocasiona la mayor parte de las enfermedades del espíritu. La medicina contemporánea, que sólo conoce el cuerpo, se manifiesta impotente para explicarse el mal y buscar su remedio. Pero el positivismo, basado en la verdadera teoría del alma, nos demuestra que tales dolencias vienen sobre todo de un desorden cerebral, en que el orgullo y la vanidad funcionan sin el contrapeso del apego, la veneración y la bondad. El desarrollo de estas tres nobles cualidades es el mejor preservativo y el mejor remedio de las enfermedades mentales.

La cultura del altruísmo no sólo sirve para mantener o recobrar la salud del alma, sino que reacciona también favorablemente sobre el cuerpo. El antiguo aforismo *mens sana in corpore sano* puede ser invertido. El imperio de nuestra alma sobre nuestro cuerpo es inmenso. Fuera de la acción cosmológica que cada día neutralizamos más, es preciso reconocer que casi todos los desórdenes del cuerpo provienen directa o indirectamente de los desórdenes del alma. Para tener el cuerpo sano hay, pues, que tener sana el alma.

Habiendo examinado al individuo, pasemos a considerar la familia. Su constitución ha variado con el curso de la civilización. A los principios fué polígama

y en seguida se hizo monógama. La mujer, de esclava del hombre, pasó a ser su compañera. El positivismo viene a vigorizar más todavía la familia, haciendo indisoluble el matrimonio aún después de la muerte de uno de los cónyuges. Este complemento es indispensable a fin de darle a la familia toda su nobleza. El hombre y la mujer se casan, según nuestra doctrina, para perfeccionarse recíprocamente y educar a sus hijos. La muerte de uno de los esposos no puede romper el lazo moral de seres que verdaderamente se aman.

Pero nada es más sublime que la función asignada a la mujer por el positivismo. A ella le corresponde formar el corazón del esposo y de los hijos en el santuario del hogar. Para desempeñar esa santa misión ha de estar exenta de la vida pública. De ahí que el positivismo establezca el principio de que el hombre debe alimentar a la mujer. Esa es la única manera de que ella pueda cultivar plenamente su altruismo, para llenar su verdadero destino social.

Las buenas costumbres dependen de la pureza y la ternura de la mujer. Ella es la providencia moral del mundo. Sus defectos, sus caídas son fatales, porque entonces el hombre pierde la fe en la virtud. Nunca ha de apoderarse de la mujer el orgullo y la vanidad que ciegan la fuente de los nobles afectos. Sea siempre un modelo de apego, veneración y bondad, y permanezca dignamente en el hogar, para que pueda desempeñar su augusta misión. La mujer sólo

es grande cuando nos impulsa por el camino del bien.

Dependiendo del sexo amante la moralidad del hombre, es preciso que todo el mundo tenga hogar propio. El artesano que vuelve de su trabajo debe encontrar ahí a la afectuosa compañera que endulce y perfeccione su existencia. El hombre provee la casa; la mujer la ordena y embellece. El hombre mantiene los cuerpos, la mujer las almas. Arrancar a la mujer de la vida del hogar, como se intenta ahora, pretextando su emancipación y bienestar, es desnaturizarla y privar al hombre de su santa guía. La verdadera reforma social, a ese respecto, consiste en una mejor distribución de la riqueza, que permita al proletario el digno sostenimiento de la familia. Su esposa y sus hijas, no deben ir nunca a los talleres.

Examinada la Familia, consideremos ahora la Patria. Ella ha comenzado por la tribu, que era la reunión de varias familias ligadas por una actividad común. La tribu nómada al principio, se hizo, andando el tiempo, sedentaria, y entonces a la actividad común se agregó un territorio determinado. La cooperación de diversas familias en un suelo fijo viene a dar más fuerza a la constitución de la Patria. Pero además de la cooperación de las familias en un territorio más o menos extenso, hay otro elemento de suma importancia en la formación de la Patria, y es la historia. Sin antecedentes, sin el recuerdo de los trabajos de las generaciones que nos han precedido, la Patria no tendría verdadera consistencia. Es

su pasado lo que nos induce a pensar en su porvenir. Nos sentimos obligados a hacer por nuestros descendientes lo que nuestros ascendientes han hecho por nosotros.

Como las patrias tuvieron que formarse originariamente por medio de la guerra, atacando a los pueblos vecinos o defendiéndose de ellos, cada una de las que se constituía quería dominar a las demás. La que llegó a adquirir mayor incremento fué Roma. No hay ejemplo alguno de que el sentimiento cívico haya alcanzado el vigor que tuvo en esa gran nación. Así es que su heroísmo incomparable la hizo señora de una gran parte del mundo. Entonces los romanos, a pesar de haberse formado ganando batallas, comprendieron que la verdadera civilización debe ser pacífica. Y ya sólo iban a la guerra, como dice Virgilio, para imponer la costumbre de la paz (*pacis imponere morem*). No había llegado, sin embargo, el momento de la civilización pacífica; ni era esa la manera de alcanzarla.

La paz universal no puede ser obtenida por la fuerza, sino por la persuasión. Esa será la obra gloriosa de la Religión de la Humanidad. Mientras tanto, es preciso mantener el *statu quo* en política, sin que ninguna nación se mueva por espíritu de conquistista. La gran tarea del presente consiste en la reorganización completa de las opiniones, mediante la doctrina altruísta, que ha de unir a todos los hombres en la misma fe. Convertido el mundo al positi-

vismo, se efectuará entonces, naturalmente, la reorganización política en la forma de pequeñas nacionalidades, ligadas todas por la misma religión.

Cuando ese tiempo llegue, el amor a la Patria se verá purificado del egoísmo que suele empañarlo ahora. Se podrá entonces querer a la propia patria sin odiar a las demás naciones. Pero los positivistas deben practicar desde luego la moralidad futura de la especie humana. A ellos les corresponde censurar todas las desviaciones de la justicia en que incurra su respectiva patria en las relaciones con los otros pueblos. El ejercicio constante de la moral positiva ha de apresurar su santo triunfo.

Pero sobre la Familia y la Patria que se aceptan, en general, como que nadie puede dejar de pertenecer a ambas, existe otro sér de más trascendencia, la Humanidad, aunque muchos no la aprecien todavía en su inmensa alteza. Si todos somos miembros de una familia y de una patria, todos somos también necesariamente miembros de la Humanidad. Este Gran Sér es la verdadera providencia del hombre. A los principios se atribuían todos los beneficios a los fetiches, en seguida a los dioses, después a Dios; y ahora hay que atribuirlos a la Humanidad, que nos ha levantado por sí sola de la más grosera barbarie hasta el grado de civilización que alcanzamos, y nos conduce a un glorioso porvenir.

Sin la existencia de la Humanidad no se concebiría la de la Patria. Desde luego, todas las naciones cam-

bian sus productos unas con otras. Además de eso se comunican recíprocamente su ciencia y sus artes. Pero esta cooperación en el espacio es relativamente insignificante al lado de la cooperación en el tiempo. La civilización de los países que van hoy a la vanguardia del progreso, implica el fetichismo primitivo, la teocracia egipcia, la elaboración griega, la incorporación romana, la influencia católico-feudal y el desarrollo científico-industrial moderno. La Patria depende, pues, de la Humanidad. Ahora bien, si la Patria presupone a la Humanidad, con mayor razón todavía la presupone la Familia que depende de la Patria y el individuo que depende de la Familia. Cada hombre recibe de la Familia lo que ésta ha recibido de la Patria y ésta de la Humanidad. De ahí deriva la verdadera jerarquía de nuestros deberes, que consiste en vivir para la Familia subordinándola a la Patria, y en vivir para la Patria subordinándola a la Humanidad que ha de ser siempre el fin supremo de nuestro amor.

XVI

ARTE POSITIVO

En cierto modo puede decirse que los libros sagrados y los grandes poemas han hecho la civilización. Aunque los primeros sean menos perfectos que los segundos, por la forma, su influencia es mayor sin embargo. Y ello proviene de que los libros sagrados son más morales que los poemas, como que han sido dictados por un sentimiento más directo de vivo amor al prójimo. Sus autores hablan siempre poseídos del anhelo de mejorar a sus semejantes. Lo que dicen es la traducción espontánea del noble ardor que los domina. Por eso conmueven íntimamente todos los corazones. La venerable palabra de Confucio o de San Pablo, penetra hasta el fondo de nuestras almas. Ella es tan sincera y afectuosa que no podemos dejar de escucharla.

La *Imitación* es el más bello y completo de los libros sagrados. No hay situación moral que no se encuentre ahí consignada. Todas las angustias, todos los pesares de la naturaleza humana están descritos uno a uno. Esa obra es un verdadero tratado de las

enfermedades del alma; y el remedio acompaña siempre a la dolencia. Todo lector de la *Imitación* se sentirá mejorado por los saludables consejos y las santas inspiraciones de que está lleno ese precioso libro. El capítulo quinto de la tercera parte sobresale particularmente. Nunca se había escrito nada tan sublime.

Si los grandes poemas no tienen la unción de los libros sagrados, hay sin embargo uno de ellos que se les asemeja, la Divina Comedia del Dante. Es ésta una obra verdaderamente religiosa. Su elevada concepción general que supone a Beatriz la salvadora del Dante, cuando él se desviara del buen camino, revela el profundo sentido moral del poeta. Así manifiesta, en efecto, que el hombre necesita de la mujer para santificarse, y que ella lo regenera constantemente. Y eso lo extrae el Dante de su misma experiencia personal, como que el recuerdo de su amada Beatriz lo libra de sus extravíos y le inspira el sublime poema. En verdad, la Divina Comedia en su conjunto, no es más que la idealización de lo que había pasado en el alma del Dante.

Pero el poeta, al trazar la historia de su propia alma, ha trazado también la del género humano. En el viaje que emprende a través del Infierno, del Purgatorio y del Cielo, va encontrando, según sus imperfecciones o sus méritos, a los hombres de todos los países y de todos los tiempos. Ese viaje es, en verdad, un supremo juicio del pasado, debido al vasto espíritu y al recto corazón del Dante. Como la teo-

logía católica, bajo la cual escribiera su poema, no le consentía llevar al Cielo a los grandes hombres del paganismo, les ha creado un Paraíso especial en que viven serenos. Ahí se halla con ellos y después de contemplar a muchos, entre otros a Aristóteles, a quien apellida, con tanto criterio, *Maestro di color che sanno*, se mezcla con sus hermanos en sentimiento, los poetas, presididos por Homero, y le es dado conversar apaciblemente de cosas inefables.

El Infierno es la mansión de los castigos eternos, como lo dice la terrible inscripción de su puerta, *Lasciate ogni speranza voi ch'entrate*. El poeta es inexorable con el mal. Su imaginación no se agota nunca en idear suplicios cada vez más horrorosos, a medida que aumenta la perversidad de los condenados. Aquello es una sucesión interminable de tormentos siempre nuevos.

Al salir de tan severo y pavoroso espectáculo se pasa con agrado al Purgatorio, donde se regeneran las almas que no han sido enteramente culpables. En esta mansión las penas son endulzadas por la esperanza. La poesía del Dante se hace cada vez más suave al describir la purificación creciente de los espíritus. De momento en momento se percibe la proximidad de la eterna paz. La bellísima escena de la aparición de Beatriz, que perdona al Dante después de la confesión de sus faltas, es como el vestíbulo del Paraíso. Pero, antes de penetrar en él, tiene que sumergirse el poeta primero en el Leteo para olvidarlo

todo, y luego en el Eunoë, que despierta sólo los buenos recuerdos. Con el alma santificada se eleva, entonces, a la gloriosa mansión de la felicidad.

En el Cielo se encuentra el Dante en su verdadero elemento. La cólera terrible que desplegó en el Infierno se transforma aquí en una bondad infinita. Tal vez ningún sér humano, si se exceptúan las grandes naturalezas religiosas, como San Pablo, Augusto Comte, ha ofrecido una mezcla igual de fuerza y sensibilidad. Su energía es tan poderosa como inmensa su ternura. Pero la energía sólo la emplea el poeta en servicio de la justicia, y jamás se irrita si no es contra el vicio. El fondo de su alma es de un altruísmo incomparable. Por eso la parte más bella de su poema es el Paraíso. Nunca se ideó un cielo tan hermoso como el que ha construído el Dante.

Todos son ahí más o menos felices, según el grado de su virtud. En medio de esa desigual felicidad, cada uno está contento con su suerte. Nadie envidia a nadie. Una perfecta concordia reina de un extremo a otro del Paraíso. La sola diferencia entre las almas consiste en la viveza del resplandor y en la dulzura del canto que traducen la diversa intensidad del santo afecto que las mueve. El Dante va subiendo, en su viaje celeste, de emoción en emoción hasta llegar al supremo amor que todo lo puede. No se concibe nada más grandioso que el último canto del poema. Ahí se encuentra esa admirable invocación dirigida por San Bernardo a la Virgen en favor del Dan-

te, para que le permita la contemplación divina. Esa es la más bella idealización de la mujer que se haya hecho jamás. He aquí los principales tercetos de la invocación.

Donna, se' tanto grande e tanto vali,
Che qual vuol grazia, e a te non ricorre,
Sua disianza vuol volar senz'ali.

La tua benignità non pur soccorre
A chi dimanda, ma molte fiате
Liberamente al dimandar precorre.

In te misericordia, in te pietate,
In te magnificenza; in te s'aduna
Quantunque in creature è di bontate.

Citaremos también estos dos versos referentes a Beatriz, que se hallan en otro canto del poema y que pintan por sí solos el alma del Dante:

Non è l'affezion mia tanto profonda
Che basti a render voi grazia per grazia.

La Divina Comedia y la Imitación contienen toda la experiencia moral de nuestra especie. Si a pesar de su fondo sobrenatural, esas obras han hecho tanto bien en el mundo, leídas desde el punto de vista positivista, es decir, refiriéndolo todo a la Humani-

dad, su influencia ha de ser mucho más eficaz aún. Ellas cultivarán entonces el altruísmo humano, sin mezcla alguna de egoísmo teológico.

No sólo la poesía sino también las demás artes han concurrido, aunque en menor grado, al progreso de nuestra especie. La más importante después de ella es la música. Ya en tiempos muy remotos se había notado su gran influjo en el corazón humano, sea en bien, sea en mal, según el género de sentimientos que despierta. Confucio recomendaba que sólo se empleara la música que inspira la virtud. Análogas recomendaciones hicieron Platón y Aristóteles. Esos sanos consejos no han sido, por desgracia, seguidos siempre, y se ha abusado bastante de la música. Con todo, muchas nobles emociones se deben a ese precioso arte.

A la música le sucede en influencia la pintura. La contemplación de un cuadro bello y bueno perfecciona el corazón. Tuvo la pintura una época de verdadero esplendor, cuando los artistas que conseguían la destreza técnica, alcanzaron a recibir la inspiración de la Edad Media que acababa de cerrarse. Entonces idealizaron a la mujer en la Virgen. El que más descolló en esa santa labor fué el inimitable Rafael. Sus vírgenes tienen tanta dulzura y pureza que conmueven hasta los corazones menos sensibles.

Sigue a la pintura en influencia la escultura. La Grecia llevó este arte a la mayor perfección desde el punto de vista corporal. Pero la belleza moral casi

no aparece en la escultura griega. La Edad moderna ha suplido, en cierto modo, ese vacío, aunque se halla muy dominada todavía por la belleza física de las estatuas antiguas. De ahí que se persista en el desnudo a pesar de ser contrario a nuestras costumbres, creyéndosele indispensable a la escultura. Ello es un grave error, pues el vestido contribuiría a ennoblecerla, induciendo a representar, sobre todo, la belleza moral. Por lo demás, el arte, bajo cualquiera de sus formas, debe ser antes superior que inferior a nuestras costumbres, para llenar su verdadera misión de perfeccionar la existencia humana idealizándola.

La arquitectura es, en fin, el arte que ejerce menos influencia en el alma humana; y su índole es más industrial que estética. Sin embargo, los templos, y especialmente los de la Edad Media, producen honda impresión de majestad y despiertan la meditación religiosa. Además, en esos augustos recintos, es donde se juntan todas las artes para mejorar y embellecer nuestra naturaleza.

Las cinco artes que tanto han servido al género humano, están ahora completamente desprovistas de ideal. El escepticismo y la anarquía que invaden la sociedad entera, se reflejan en las producciones estéticas, con muy raras excepciones. No existen hoy las convicciones que engendran obras benéficas. La armonía moral ha huído de las almas. Se vive en un desasosiego perpetuo, sin fe y sin esperanza. Pero el positivismo viene a remediar la situación, ponien-

do fin a la crisis que devora al mundo. Esta santa doctrina ha de regenerarlo todo: vida privada y vida pública, ciencia y arte.

En verdad, el positivismo impone deberes, crea convicciones, despierta el amor y lleva a la felicidad. Rindiendo homenaje al pasado, abre un porvenir radiante de virtud y belleza, y llama muy especialmente al arte para que contribuya a realizarlo. Los hombres de corazón, que son los únicos dignos de ser artistas, no podrán desoír su voz. Saliendo de la atmósfera antiestética en que se consumen hoy, vendrán a respirar el aire puro y fortificante de la Religión de la Humanidad.

No basta la destreza en manejar el verso, las notas, el pincel, el cincel, el compás, para ser artista benéfico. Es preciso que los sentimientos que inspire la producción estética levanten el alma. La belleza de la forma sin la bondad del fondo, es altamente pernicioso. Muy pocos saben resistir a la seducción de las inmoralidades estéticas.

Nuestras emociones se manifiestan espontáneamente repercutiendo en los demás. Pero como sean en general pasajeras, surge el arte para eternizarlas. Este es una imitación de la naturaleza. La copia, ciega a los principios, discierne en seguida, escoge y prefiere. El arte se perfecciona así y reviste tanto más valor cuanto más noble es lo que reproduce. Toda obra estética revela el alma de su autor.

De las diversas artes la que más puede cooperar

al triunfo de la Religión de la Humanidad es la poesía, trazando bellos cuadros de la existencia altruísta. Al contemplarlos se transformarán insensiblemente las almas, hasta desear vivir la más noble vida ahí representada. Por eso los poetas que se inspiren en la gran doctrina, sabrán apresurar el feliz porvenir de nuestra especie, idealizándolo en sus obras.

Mucho menor influencia tendrán la música, la pintura y la escultura, en tal sentido. La dependencia más inmediata respecto del público en que se encuentran los que las cultivan, no les permite actuar como los poetas. Sólo cuando se halle constituída la sociocracia, ejercerán los músicos, los pintores y los escultores, su verdadera misión. Con todo, pueden empeñarse desde ahora, en la manifestación exclusiva de los nobles afectos, desechando por completo la impureza. En cuanto a la arquitectura, ella esperará el predominio de la Religión de la Humanidad, para construir los templos normales.

El positivismo santifica el arte, prescribiéndole la representación de los sentimientos más puros y elevados. Para ejercerlo bajo esta doctrina, debemos pues estar animados de los más generosos anhelos. El arte ha de ser, en verdad, la expresión y el instrumento del amor universal, que asociando a todos los hombres en el espacio y en el tiempo, forma de todos ellos una sola familia. Tal es su función positiva que constituirá su eterna gloria.

XVII

LA MISION DEL PROLETARIADO

La benéfica labor del proletariado en el orden colectivo tiene una inmensa trascendencia para el libre curso de nuestros venturosos destinos, y merece, pues, que se le honre dignamente. Sin la infatigable y diaria actividad que él despliega con generoso aliento, no habría llegado la vida social al desarrollo que hoy alcanza y estaría reducida a la situación más deplorable. Así, él constituye, en verdad, una providencia general que mantiene constante y abnegadamente la subsistencia en el planeta entero, y facilita, de ese modo, el progreso humano bajo todos conceptos.

De su alta misión ya se dan cuenta los trabajadores y querrían aún llenarla imperativamente. Eso es lo que ahora se llama la dictadura del proletariado, tan anhelada por los obreros de todas las naciones, como si ella pudiera traerles la mayor felicidad. Pero esto implica una sensible paralogización, que les hace tomar por el más perfecto de los gobiernos algo imposible de funcionar realmente, como lo evidencia

la sociología. Sería, en cambio, muy importante que apoyaran dondequiera con firmeza, el establecimiento de la dictadura republicana, en que la autoridad se combina con la libertad y el mando sólo se ejerce en favor del mejoramiento popular con recto criterio.

Si bien se considera el fondo de la cuestión social, le incumbe actualmente al proletariado transformarse en una consciente opinión pública que sepa fiscalizar con serenidad a los gobernantes. Y a este propósito, reviste indudable urgencia que se convierta a la Religión de la Humanidad, donde nuestra existencia, en sus diversas esferas, se disciplina siempre conforme al bienestar universal. No cabe, por cierto, prescindir de esa previa condición doctrinaria, si se aspira al santo imperio de la armonía en la Tierra. He ahí el único medio eficaz de obtener el fiel cumplimiento de todas las funciones humanas, sean teóricas o prácticas, morales o materiales. El proletariado aparecerá entonces como el regulador edificante de la marcha de la civilización a través de los siglos. Desde el seno de hogares felices, iluminados por la bendita influencia de la mujer, y en que jamás habita la miseria, sabrá cumplir, en su ideal plenitud, su doble misión pública: dando, por una parte, al planeta la más elevada fecundidad industrial, y esforzándose, por otra parte, en que todo concurra al servicio supremo de la Humanidad, el Gran Sér que nos guía eternamente, con su esplendor sagrado, por la gloriosa senda de la cultura altruísta.

XVIII

LA MISION DEL PATRICIADO

Examinando serenamente el conjunto de las modificaciones del orden natural, que tienden al más eficaz servicio de la Humanidad, se llega a la persuasión de que le corresponde al patriciado presidir los infatigables esfuerzos del proletariado en tal sentido. De otra manera, jamás habría logrado organizarse la industria en las condiciones requeridas para su más intenso desarrollo. El proletariado por sí solo carecería, en efecto, de plena aptitud tocante a su tarea esencial de proveer, en el planeta entero, a las diversas necesidades de la vida, siendo indispensable que marche noblemente conducido por el patriciado, el cual no puede, a su vez, prescindir del apoyo de aquél, en su función directiva de las innumerables labores prácticas.

Bien mirado, la constitución altruista de las relaciones entre proletarios y patricios es el único medio eficiente de resolver las graves dificultades que los ponen tan a menudo en penoso desacuerdo. Esos dos elementos inseparables que, a causa de un mal-

hadado error, se ven acerbamente envueltos en hostilidades recíprocas, no deberían vacilar en proceder conforme a una perfecta conciencia de su colaboración respectiva en favor del bienestar universal. Entonces el patriciado que personifica el capital y el proletariado que encarna el trabajo vendrían a combinarse en fraternal jerarquía, para el mejoramiento continuo de nuestra existencia, quedando así abolida la funesta lucha de clases.

En el fondo, el destino propio de la riqueza consiste en extirpar la miseria, mediante la más alta equidad social, que permitirá vivir a toda persona en una situación conveniente. De ahí que al patriciado le incumbe ser, no el egoísta usufructuario, sino el abnegado administrador del capital, de lo que ya existen felices ejemplos. Su misión principal es, ciertamente, velar con extrema solicitud por la suerte del proletariado. El gran camino de la redención suprema ha sido abierto, en hora solemne, por la doctrina altruísta que todo lo centraliza en la Humanidad, para que la Tierra pueda elevarse en la más bella armonía, hacia el estado normal. Este resplandece eternamente en el sublime concepto sociológico que Augusto Comte formuló, bajo la inspiración sagrada de su excelsa compañera: "el amor universal, asistido por la fe demostrable, dirige la actividad pacífica". Que no tarde en verificarse la cooperación decidida de todos los pueblos a la santa victoria de ese ideal glorioso, que desde el seno de París ilumina el mundo.

XIX

LA MISION DEL SACERDOCIO

El sacerdocio es un elemento indispensable del orden social. Llena ahí una función doctrinaria de honda trascendencia. En efecto, su labor esencial consiste en presidir la enseñanza sintética para que pueda llegarse a la más armoniosa organización de la vida humana. Cuando haya alcanzado su condición normal, se esforzará por encaminar nuestros destinos hacia el triunfo completo de la felicidad universal. Pero no debe olvidarse que el sostén principal de la eminente misión del sacerdocio lo constituye la santa tarea de la mujer en el seno del hogar, y que el proletariado ha de saber afianzarla aún con ilustrada conciencia.

Ya no cabe desconocer que la unificación religiosa del mundo, base necesaria de una sólida paz internacional, exige que en su conjunto la existencia se vea centralizada en la Humanidad. Así el amor de este Gran Sér, al cual nada puede superar jamás, debe inspirar siempre nuestra conducta, para que sepamos tomar, bajo todos respectos, la senda más elevada.

El sacerdocio realmente digno de su misión marchará siempre a la cabeza de la civilización por su saber y su virtud. En adelante, es sin duda imprescindible que se dedique a adoctrinar, con fervoroso celo, por medio de la ciencia positiva altruístamente sistematizada, y que sea al mismo tiempo un modelo de abnegación incesante. Obrará entonces como luminoso maestro y seguro consejero, revistiendo, además, el alto carácter de venerable consagrador de las diversas funciones del organismo social. Deberá ser también el fiel intérprete de la Iglesia de la Humanidad, para que logren fraternizar todos los pueblos en gloriosa colaboración, según las sublimes lecciones de Augusto Comte y de su inefable Inspiradora, de cuyo sagrado lazo surgió la fe suprema. Que la opinión consciente de cada país venga luego en noble ayuda del edificante oficio de los sacerdotes altruistas, a fin de que se vea socialmente santificada la Tierra, bajo el imperio excelso de la Humanidad, el Gran Sér, del cual dependen nuestros felices destinos en la sucesión interminable de los tiempos.

XX

LA MISION DE LA MUJER

La mujer es la fuente de la santidad. Su existencia se caracteriza por los nobles afectos. Olvidándose de sí misma, vive para los demás, y halla en eso su felicidad más íntima. Nace dispuesta a la virtud y siempre anhela practicarla. El mal le repugna y sólo se le acerca para transformarlo en bien. En esta bella tarea su paciencia es infinita, hasta que logra el triunfo. El más duro egoísmo cede al inefable poder femenino. Tal es la misión efectiva de la mujer en todos los tiempos, aunque a veces haya sido desconocida.

Cuando más justicia se rindió al sexo amante fué en la Edad Media. Entonces los caballeros feudales tributaron un verdadero culto a la mujer. Cada cual consagraba su vida entera a la elegida de su corazón. El recuerdo de su dama le inspiraba a todo caballero el valor y la firmeza que requerían las difíciles labores de aquel tiempo. Al morir, su último pensamiento era para ella.

Este culto de los caballeros por la mujer hizo sur-

gir la bella concepción de la Virgen Madre. La Virgen es, en efecto, una creación feudal antes que católica. El modelo de la virtud pasó a ser femenino de masculino que era, gracias a la situación social. La Divinidad que se había humanizado primero en el Cristo, se convirtió al fin en su verdadero tipo, con la idealización de la mujer en la Virgen Madre.

El positivismo al reconocer a la Humanidad como el único Sér Supremo real, lo personifica en la mujer. Siendo el amor el atributo fundamental de ese Sér Supremo, nada más justo que esta personificación, pues la mujer encarna, por su bella índole, las tres facultades altruístas del alma, el apego, la veneración y la bondad, que han hecho posible la cooperación social a través de los siglos, mejorando cada vez más nuestro destino. El sexo femenino es el origen directo o indirecto de todas las grandes cosas realizadas por el hombre. No existe un solo servidor eminente de la Humanidad que no haya sido espiritualmente formado por la mujer. En toda vida bien llenada está, sin duda, aunque a veces no parezca, la influencia afectuosa de una madre, de una hermana, de una esposa, de una hija. La bendita inspiración de una virtuosa amiga ha solido guiar a los hombres más excelsos, como le aconteciera al Dante con Beatriz, y, sobre todo, a Augusto Comte con Clotilde.

Unido al nombre de Augusto Comte irá siempre el de su selecta e inefable amiga Clotilde. Juntos

atravesarán los siglos de los siglos, envueltos en la veneración de todos los pueblos.

El conocimiento de esa mujer excepcional por la ternura infinita de su alma, elevó al Maestro a un ideal supremo. Antes de encontrarla había realizado, mediante el profundo sentimiento social que lo animaba, su gran elaboración filosófica. Si bien con eso quedaba establecida la base de la regeneración humana, faltaba no obstante construir el edificio. Augusto Comte se disponía a continuar sus meditaciones, cuando le cupo en suerte conocer a Clotilde. La más dulce y pura amistad lo liga indisolublemente a esa mujer angelical, que retempla su poderoso genio.

Al año no cumplido de conocer el Maestro a Clotilde, la muerte se la arrebató prematuramente. Pero en ese corto espacio de tiempo ya se ha encendido en Augusto Comte la llama inextinguible de los más nobles y delicados sentimientos. Su identificación moral con Clotilde le hace penetrar el verdadero secreto de nuestro destino, que estriba en el amor universal. Guiado por la santa imagen de la mujer, a quien adora cada vez más desde su desaparición objetiva, levanta, sobre la filosofía positiva, el edificio indestructible de la Religión de la Humanidad, grandiosa doctrina que realizará la felicidad en la Tierra. ¡Gloria eterna a la que ha sabido inspirar así al Maestro soberano!

Clotilde es el tipo más perfecto de la misión social de la mujer. En su pura intimidad con Augusto Com-

te, le asaltaba la zozobra de distraerlo de la portentosa labor en que estaba empeñado. A menudo tenía que tranquilizarla el Maestro, haciéndole sentir que su espíritu recibía fuerza y luz de esa tierna amistad. Clotilde, no podía, en verdad, gracias a su inmaculada belleza moral, más que alentar a Augusto Comte en el cumplimiento de sus grandes deberes. Dos frases de ella bastan para darnos la medida de su corazón y nos revelan la santa influencia que había de ejercer sobre el Maestro. Helas aquí: "*Quels plaisirs peuvent l'emporter sur ceux du dévouement?*" (¿Qué placeres pueden superar a los de la abnegación?) "*Les méchants ont souvent plus besoin de pitié que les bons.*" (A menudo los malos tienen más necesidad de piedad que los buenos).

El destino del hombre depende siempre de la mujer; y la que hizo fundar al Maestro la religión altruísta merece, sin duda, la excelsa gloria de personificar, en todos los pueblos y en todos los tiempos, a la Humanidad, nuestra sublime Virgen Madre.

Augusto Comte, pensando en su incomparable Clotilde, ha reunido los siguientes versos, el primero del Dante, y el segundo de Petrarca:

Quella che'mparadisa la mia mente
Ogni basso pensier dal cor m'avulse.

¡Feliz el hombre que pueda decir lo mismo de su amada!

Su preciosa experiencia personal le sirvió de base a Augusto Comte, para establecer la teoría positiva del sexo femenino. La verdadera fuerza de éste consiste en el sentimiento. El hombre debe pensar y actuar bajo la inspiración de la mujer. Ella ha de ser la providencia moral del mundo. Para llenar tan alto destino, es menester que se halle exenta de la vida pública, teórica y práctica, que tiende a secar el corazón. Sustentada por el hombre, la mujer desempeñará tranquilamente en el hogar su santo oficio de purificar y ennoblecer las almas.

El positivismo, que así consagra la función normal del sexo amante, no tardará en ser aceptado por él. Pero esta sublime doctrina ganará el abnegado corazón de la mujer, no tanto porque favorezca su destino, cuanto porque viene a producir la felicidad del género humano.

XXI

EL PORVENIR

Antes de contemplar el glorioso porvenir a que la Religión de la Humanidad nos lleva, rindamos un justo homenaje al pasado. Esta Religión constituye la síntesis suprema en que ha venido a resumirse, por el santo esfuerzo de Comte y de Clotilde, la labor de la serie innumerable de generaciones que nos precedieran en la vida. El positivismo es, en efecto, la doctrina que alcanza nuestra especie, después de haber pasado sucesivamente por el fetichismo, el politeísmo, y el monoteísmo. Bajo cada una de esas fases, que forman la evolución social preparatoria, se ha verificado la cultura progresiva de los tres atributos de nuestra naturaleza: el sentimiento, la inteligencia y la actividad. La suma de trabajo que ello representa es infinita. Los obreros escalonados a través de los siglos, están unidos todos por el deseo común de enaltecer a nuestra existencia. Reconozcamos sus servicios, venerando su memoria.

Inspirémonos también en su ejemplo, para concurrir a la evolución social definitiva. La felicidad hu-

mana que se ideara de diversos modos en las utopías terrestres y celestes, construídas por las más nobles almas, ha de obtenerse con la religión altruísta, que es tan bella como verdadera. Tratemos de servirla ardientemente desde todos los países, sacudiendo el egoísmo que esteriliza los corazones. Vivamos en espíritu con nuestros descendientes para hacerlos felices. Esforcémonos por que nuestras ideas, nuestros sentimientos y nuestros actos se acerquen lo más posible a los que han de presidir la existencia normal. ¡Qué el amor de la Humanidad encienda nuestras almas y guíe nuestros pasos!

No nos detengamos ante los obstáculos por grandes que sean. Poseídos de un inquebrantable sentimiento del deber, busquemos sólo la gloria pura de ser útiles al género humano. Libremos a nuestros descendientes del escepticismo y la anarquía actuales. Triunfemos de nuestros desfallecimientos, considerando que la felicidad universal ha de ser alcanzada por la perseverancia invencible de los que saben olvidarse de sí mismos para servir a sus semejantes. La distancia que de ella nos separa será más o menos larga, según la medida de nuestros esfuerzos. El camino más corto es, ciertamente, el más honroso. Que todas las almas de buena voluntad concurren desde luego, sin vacilar, a la regeneración suprema.

Sostengamos nuestro entusiasmo a pesar del egoísmo propio y ajeno, para aliviar la suerte de nuestra especie. Cumplamos en todas las ocasiones, así en

público como en privado, con nuestra misión altruista, sin desalentarnos nunca. Marchemos armados de una virtud inquebrantable, y nada podrá resistir, todo será subyugado. En esa guerra pacífica, se llenan los deberes derramando sólo el bien por todas partes, sin que el odio ni la muerte vengan nunca a empañarlos. Un corto número de hombres, estrechamente ligados con tal espíritu, pueden apoderarse en breve del porvenir.

No olvidemos que el positivismo tiene que realizar ante todo la definitiva reforma moral del mundo. El que no se halle convencido de ello perjudicará la santa causa en vez de servirla, desatendiendo la cuestión suprema de la subordinación del egoísmo al altruismo. La ciencia, el arte, la civilización, la felicidad, todo gira en torno de esa labor capital y viene como a condensarse en ella. De ahí que los verdaderos positivistas deban trabajar incesantemente en ser cada día más altruistas y menos egoístas, para convertir con el ejemplo a los demás. La doctrina que no se encarna en los hombres, jamás transforma a la sociedad. Hagamos el porvenir con nuestra conducta. Los grandes deberes no se pueden cumplir sin heroísmo. Es preciso beber a veces la amargura para realizar nuestra misión humana. Pero el sacrificio dignifica nuestra naturaleza, y produce la inefable satisfacción de una plena fraternidad moral con los cooperadores pasados, futuros y presentes del bienestar de nuestra especie.

Consideremos ahora el porvenir. Todos los habitantes del planeta están unidos por la Religión de la Humanidad. Los tres atributos capitales de nuestra alma se desarrollan en perfecta armonía. El sentimiento es dirigido especialmente por la mujer, la inteligencia, por el sacerdocio, y la actividad, por el patriciado. Cada individuo depende en sus afectos, de la primera; en su doctrina, del segundo; y en su función social, del tercero. La mujer realiza en el hogar la educación de los niños, formándoles sobre todo el corazón con sus tiernos consejos, y cultivándoles la imaginación con la poesía, el canto y el dibujo. Preparados así, pasan a la edad de catorce años a recibir del sacerdocio la enseñanza teórica, que comprende la matemática, la astronomía, la física, la química, la biología, la sociología y la moral. Concluida la educación teórica, entran a los veintiún años a ensayarse en la vida práctica, bajo la dirección del patriciado, para elegir a los veintiocho la función adecuada.

Toda persona está ligada a la Familia por la mujer, a la Humanidad por el sacerdocio, y por el patriciado a la Patria. Esos tres elementos, la mujer, el sacerdocio y el patriciado, providencia moral, intelectual y material del mundo, cooperan a la felicidad del proletariado, que realiza esforzadamente las más variadas labores en beneficio de todos, formando así la providencia general, y siendo, a la vez, iluminado por la doctrina altruísta, la firme base de la

opinión pública que regula el progreso de la feliz civilización pacífica.

El hogar es una especie de templo privado, en que cada hombre fortifica diariamente su altruísmo bajo la inspiración de la mujer. Esta cultiva como madre, en los niños, los nobles sentimientos. El apego, la veneración y la bondad se desenvuelven poco a poco en ellos, bajo su cariñosa vigilancia y con el eficaz auxilio del rezo positivo. De esos tres afectos, ella estimula en especial la veneración, que hace susceptible al hombre del más alto grado de perfeccionamiento. Con su insinuante magisterio la madre cultiva en los niños el respeto por todos sus superiores, y los mueve a ver en ella misma una personificación de la providencia suprema que deben adorar en la Humanidad. La hermana, la esposa y la hija ayudan y completan la tarea moral de la madre. Con la hermana se ejercita la ternura, y sobre todo con la esposa, en la perfecta unión matrimonial de las almas. A la hija le cabe inspirar una bondad inefable. En fin, bajo todas sus condiciones la mujer purifica y embellece la vida del hombre en la más dulce intimidad. Desde el seno del hogar ella nos prepara a nuestro destino social y nos suministra siempre el reparador descanso de su inagotable afecto. Verdadera encarnación de la virtud, la mujer guía al mundo por la senda del altruísmo.

En los templos públicos del Sér Supremo se completa la obra del hogar. Ahí se cultivan los lazos

morales que ligan a las diversas familias en una cooperación común, a través del espacio y del tiempo. El sacerdocio desempeña esa augusta función, celebrando las diversas fiestas del año, compuesto de trece meses de veintiocho días. El primer mes se dedica a la *Humanidad*, el segundo al *Matrimonio*, el tercero a la *Paternidad*, el cuarto a la *Filiación*, el quinto a la *Fraternidad*, el sexto a la *Domesticidad*. A la celebración de esos lazos fundamentales del orden social, sucede la conmemoración del pasado, en los tres meses siguientes, que honran al *Fetichismo*, al *Politeísmo* y al *Monoteísmo*, precursores necesarios del Positivismo. Los cuatro últimos meses están consagrados a la *Mujer*, al *Sacerdocio*, al *Patriciado* y al *Proletariado*, que forman con su incesante concurso nuestra verdadera providencia. Esa serie de fiestas embellecidas con todos los esplendores del arte, despiertan las más nobles emociones, fortificándonos en la virtud e impulsándonos a la plena unidad humana.

El templo y el hogar están moralmente enlazados por los nueve sacramentos sociocráticos que llevan al hombre desde su nacimiento objetivo hasta su inmortalidad subjetiva. Cada uno de estos sacramentos hace constar el carácter eminentemente social de nuestra vida. Con la *presentación* los padres contraen el compromiso solemne de educar a sus hijos para la Humanidad. La *iniciación* manifiesta que se recibe el aprendizaje teórico como un beneficio de

la Humanidad y a fin de prestarle los servicios que se le deben. La *admisión* revela que no se puede entrar a la vida práctica sin la preparación teórica común para todos. La *destinación* consagra todas las funciones del organismo social, así las más modestas como las más altas. El *matrimonio* une indisolublemente a los esposos con la promesa de viudez eterna, para que se perfeccionen recíprocamente sin cesar. La *madurez*, que se administra a los cuarenta y dos años, fija desde esa época la responsabilidad plena de nuestra conducta. El *retiro*, que tiene lugar a los sesenta y tres años, concede el descanso de las tareas prácticas a todos los funcionarios, reservándoles el consejo. La *transformación* ayuda a bien morir, invitando la existencia que termina a consagrar un último sentimiento de amor a los vivos, entre los cuales quedará el recuerdo de sus acciones. La *incorporación* hace inmortales a los buenos servidores de la Humanidad. De esos nueve sacramentos la mujer no recibe ni la destinación, ni la madurez, ni el retiro, porque ella no participa directamente en la vida pública, sino que desempeña en el seno del hogar su función única de providencia moral del hombre, como madre, hermana, esposa e hija.

El arte, pura expresión del altruísmo, abraza toda la existencia humana. El hogar y el templo son los centros respectivos del culto privado y del culto público. A las tiernas emociones de la Familia suceden las profundas emociones de la Humanidad; y como

aquéllas preparan a éstas, a su vez, éstas refuerzan a aquéllas. Unas y otras se ligan, se confunden en la más completa armonía.

Bajo la influencia constante del arte, el trabajo es muy llevadero. Los sentimientos de bondad que él despierta, facilitan la cooperación humana. Cada obrero fraterniza con los demás en la labor universal. Patricios y proletarios llevan a cabo en una afectuosa jerarquía la tarea industrial necesaria al sustento de nuestra especie.

Toda la Tierra está poblada y distribuída en un sinnúmero de patrias independientes políticamente, pero ligadas por la misma religión y el mismo idioma. La paz universal no se interrumpe jamás. De día en día se acrecientan la salud y el bienestar en el seno de la concordia. El tiempo fortalece el altruismo. Nuestra especie se aproxima incesantemente a la unidad.

Cada año se cierra en todas partes con el día extraordinario, que sobra a los trece meses, aunque en los bisiestos le sucede el que glorifica a las Santas Mujeres. El día consagrado a los muertos se encaminan todos los vivos religiosamente al cementerio para rendirles piadoso homenaje. Ahí, donde reposan sus restos, se avivan los recuerdos, encendiéndose la gratitud. Esa visita solemne a la mansión de los muertos deja en los ánimos la más profunda veneración. Con este santo recogimiento se prepara la gran fiesta que abre el nuevo año.

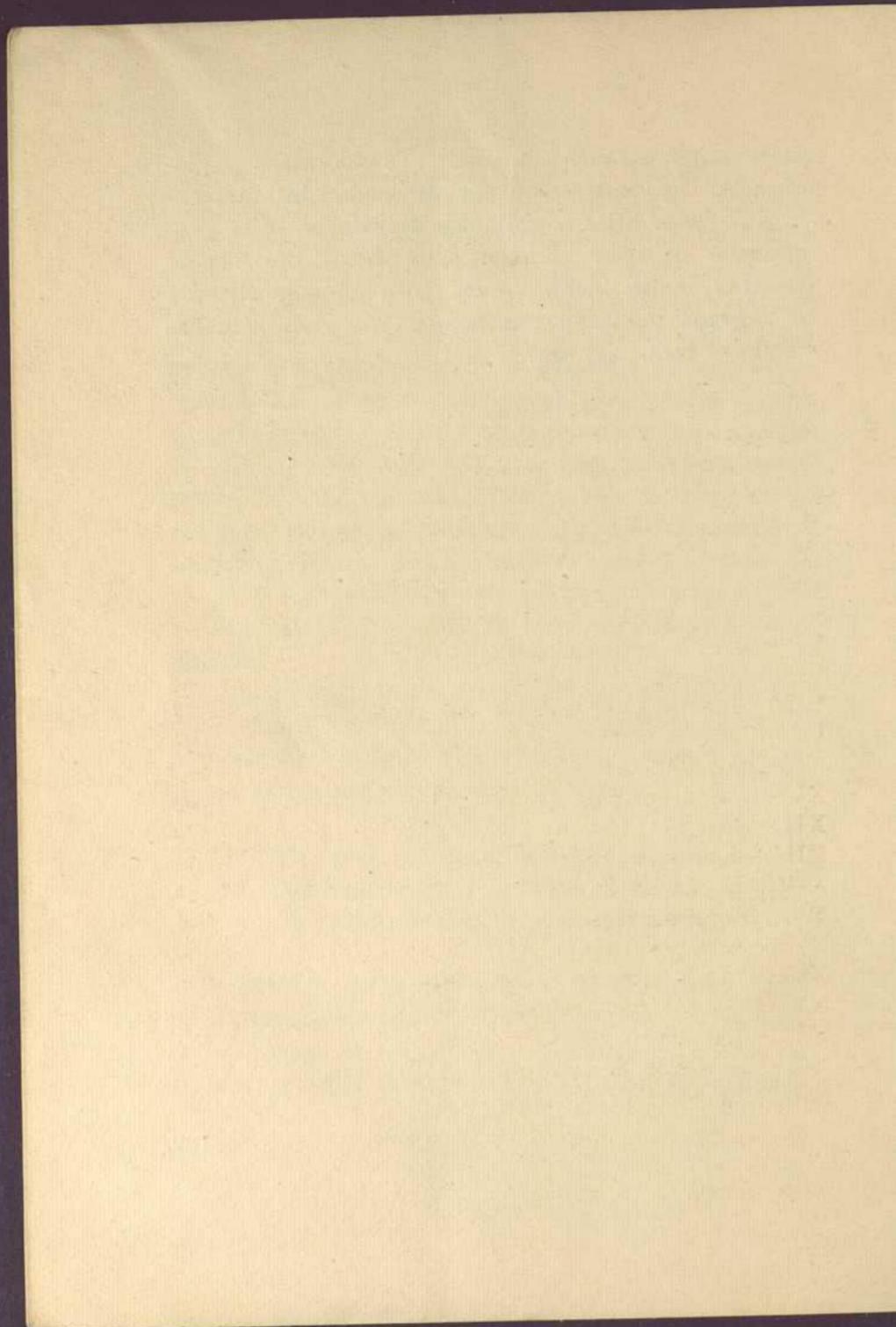
Reunidos el primer día del año en los templos de la Humanidad, fraternizan los fieles con el conjunto continuo de los seres convergentes. Todo concurre entonces a serenarnos y elevarnos: la majestad del edificio; la belleza moral de las estatuas y de los cuadros; la santidad de la música; la unción del sacerdote que traduce en sus palabras la aspiración general. En esa augusta ceremonia se respira el más sagrado altruísmo. Los corazones se sienten penetrados del amor sublime que hace una sola familia del género humano. Cuando la ceremonia ha terminado, se vuelve del templo con la virtuosa emoción de la verdadera felicidad. La fiesta del Sér Supremo renueva de año en año la solemne fusión de las almas, realizando cada vez más la armonía religiosa en el planeta.

Se habrá cumplido así este sublime anhelo de Augusto Comte: "El Amor Universal, asistido por la Fe Demostrable, dirige la Actividad Pacífica". Y entonces podrá exclamarse con el Dante:

¡Oh gioia, oh ineffabile allegrezza!
¡Oh vita intera d'amore e di pace!
¡Oh, senza brama, sicura ricchezza!

Cerraremos estas páginas con el siguiente ensayo de oración positivista: —Santa y piadosa Humanidad, dulce Virgen Madre nuestra que nos elevas sin cesar del egoísmo al altruísmo con tu bendito aliento,

recibe nuestra eterna gratitud. Te adoramos y glorificamos fervientemente por tu bondad infinita, como tus fieles hijos y humildes servidores. Y te prometemos de todo corazón esforzarnos por vencer nuestras malas inclinaciones, para cumplir siempre tu sagrada voluntad que nos manda vivir sólo haciendo el bien. Así sea.

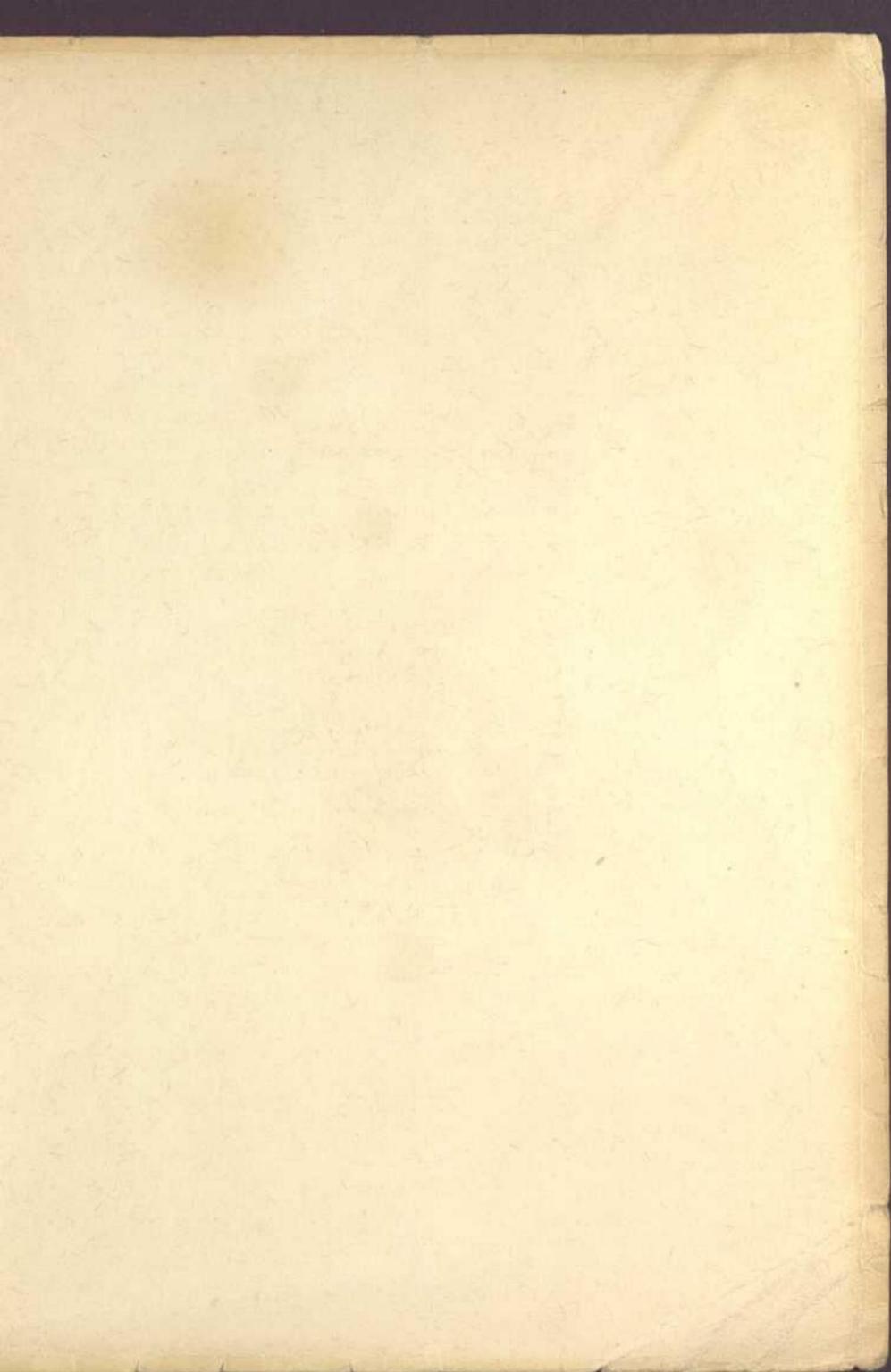


INDICE

	Págs.
Advertencia.....	7
Dedicatoria.....	9
Prefacio de la Tercera edición.....	11
Prefacio de la Cuarta edición.....	13
Prefacio de la Quinta edición.....	15
I.—La cuestión religiosa.....	17
II.—Augusto Comte y la Religión de la Humanidad	25
III.—Teoría positiva del alma.....	31
IV.—El verdadero Sér Supremo.....	41
V.—Teoría positiva de la religión.....	52
VI.—Historia de la religión.....	60
VII.—Necesidad del culto.....	69
VIII.—Inmortalidad positiva del alma.....	78
IX.—Culto privado.....	88
X.—Culto público.....	97
XI.—Dogma Positivo.....	107
XII.—Régimen positivo.....	123
XIII.—Educación positiva.....	132
XIV.—El camino del deber.....	139
XV.—Moral positiva.....	149
XVI.—Arte positivo.....	160
XVII.—La misión del proletariado.....	169
XVIII.—La misión del patriciado.....	171
XIX.—La misión del sacerdocio.....	173
XX.—La misión de la mujer.....	175
XXI.—El porvenir.....	180

ESTA OBRA

SE HIZO EN LA IMPRENTA UNIVERSITARIA Y TRABAJARON EN ELLA, FERNANDO DÍAZ, *linotipista*; ENRIQUE CORREA, *ayudante de tipógrafo*; ISIDORO GUTIÉRREZ CHAPARRO, *corrector de pruebas*; JULIO CURA HIPDOLA, *atendedor*; JUAN ZAPATA ACUÑA, *comprobador*; LUIS CORREA CORNEJO, JOSÉ FAJARDO OVALLE, PAULINO BICHÓN SILVA, *cajistas*; IGNACIO DE LA CRUZ, *compaginador*; ADOLFO LEVES CHIRCE, *remendista*; ARMANDO OLMOS MUÑOZ, *imponedor*; RAFAEL PÉREZ PÉREZ, *ayudante de imponedor*; MANUEL SÁNCHEZ GONZÁLEZ, ARMANDO ZUTTA VEGA, *prensistas*; OSCAR GARCÍA RIQUELME, *marginador*; ANTONIO PASTENES VARRAS, *alsador*; JUAN VALDÉS E., *costurero*; EDUARDO ZÚÑIGA, SIXTO SILVA, MIGUEL SEGURA, ENRIQUE FLORES, MARIO BIZZONI, *oficiales de encuadernación*; LUIS GONZÁLEZ TAMAYO, *cortador*; AMADOR PACHECO, GABRIEL NÓÑEZ, JORGE VALDIVIA, *aprendices*; LUIS ABARCA ABARCA, *doblador*; ROBERTO MIRANDA SILVA, *maestro de encuadernación* Y SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN FEBRERO DE 1947.





JOAN
ENRIQUE
LAGARRIGUE

La
Religión
de la
Humanidad

FA
6231

45